



MES DE MARIA

CONSAGRADO Á MARIA STMA.

POR SUS DEVOTOS.

OBRA ESCRITA EN ITALIANO POR UN
RELIGIOSO PASIONISTA Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR EL SR. D. JOSÉ ILLA, PBRD.

Con licencia.

227

LÉRIDA:

Imprenta mariana á cargo de F. Carruez.

1878.

C-VI
PNAR-1/0004



MES DE MARIA

CONSAGRADO Á MARIA SANTÍSIMA

POR SUS DEVOTOS.

OBRA ESCRITA EN ITALIANO POR UN
RELIGIOSO PASIONISTA Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR EL SR. D. JOSÉ ILLA, PBRO.

Con licencia.

LÉRIDA:

Imprenta mariana á cargo de F. Carruez
1878.



MES DE MARIA

CONSAGRADO A MARIA STIMA

POR SUS DEVOTOS.

OBRA ESCRITA EN ITALIANO POR UN
RELIGIOSO PASIONISTA Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR EL SR. D. JOSÉ ILLA, PBRO.

Con licencia.

LÉRIDA:

Imprenta mariana á cargo de F. Carruez
1878.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

No cabe duda, que la devocion á la Santísima Virgen es utilísima al pueblo cristiano. Maria, dice San Pedro Damiano, es aquella escala celestial por la cual bajó del cielo á la tierra el Hijo de Dios, á fin de que los hombres mereciesen subir por la misma al paraiso: scala cœlestis, quia per ipsam Deus descendit ad terram, ut per ipsam homines mererentur ascendere ad cœlum. Ella, segun el sentir de los Padres Doctores de la Iglesia, y en especial de S. Bernardo, ha sido constituida tesorera y dispensadora de todas las gracias, y ninguna se concede que no pase por sus manos: Nihil, dice el citado Santo Doctor, Deus habere nos voluit, quod per manus Mariæ non transiret. (Ser. 3 in vig. Nat.) ¿Y á quién distribuirá las gracias sino á sus devotos? Ella es verdad que á manera del sol, difunde sobre todos su benéfico influjo, á todos hace sentir los efectos de su amoroso corazon, á todos reparte gracias, favores y bendiciones; sin embargo dice S. Bernardo: agnoscit et diligit, (ser. sup. Sa. Reg.), sabe conocer muy bien y amar con afecto especial á los que la aman y le profesan una sincera devocion. Estos son sus

IV.

mas amados, sus predilectos, sus favorecidos, y sobre ellos derrama á manos llenas las gracias celestiales. De ahí es que viéndose ellos tan amados y protegidos de Maria, se sienten de dia en dia siempre mas estimulados á amarla y á darle nuevas pruebas de su devocion y amor.

Innumerables son las prácticas de piedad y los ejercicios devotos que han inventado para honrarla y manifestarle la estimacion y afecto que le profesan. Entre estos, uno de los principales es ciertamente el mes de Mayo, llamado mes de Maria, porque dedican al culto de la Virgen, ocupándolo en alabar y obsequiar á esta gran Señora, el mes mas bello y placentero del año.

Para facilitar esta práctica piadosa han salido á luz no pocos libros en donde se hallan consideraciones, súplicas y flores de virtudes en que ejercitarse los fieles todos los dias del mes, libros de mucha utilidad para los que practican esta tierna devocion.

Despues de la publicacion de tantos libros que contienen el mes de Maria, parecerá quizá á alguno superfluo publicar otro que trate del mismo asunto; pero á quien considere la guerra obstinada que hace á la Virgen el infierno, no creerá por cierto cosa superflua ó trabajo inútil el aumentar el número de los libros dirigidos á promover la devocion hácia esta gran Señora. El demonio odia con todas sus fuerzas á la Madre de Dios, que desde el primer instante de su Purisima Concepcion le aplastó gloriosamente la cabeza, y lo tiene confuso y rendido bajo su pié virginal. El no puede sufrir que sea amada y honrada de los fieles; y no pudiendo hacer otra cosa procura impedir el culto de Maria por me-

V.

dio de sus secuaces, es decir, por medio de los crédulos y de los malos cristianos. A estos ha inspirado su odio y rencor contra la Virgen, y los mueve ora á blasfemar de su nombre y de su pureza virginal, ora á echar por tierra sus estatuas y hacer mil insultos á sus imágenes: otras veces á poner en ridiculo las prácticas de piedad y los obsequios que se le tributan: los mueve por fin á poner todo su empeño en borrar, si les fuese posible, del corazon de los fieles toda devocion y todo afecto á Maria. Ningun buen católico, pues, si piensa en los esfuerzos que hace el infierno para impedir que sea honrada la Virgen Santisima, tendrá por cosa superflua ó trabajo inútil, el que despues de la publicacion de tantos libros salga otro con el mismo objeto de promover el amor y el culto de Maria.

Añádase á esto que los gustos de los hombres son diversos; por lo que puede muy bien suceder que á alguno le agrade el método y la lectura de esta obrita con algun provecho suyo y aumento de la gloria de Maria Santisima. Contiene treinta y dos pequeños discursos que tratan de las excelencias de la Virgen y especialmente de su bondad y benignidad hácia nosotros.

En esta obrita no se encontrarán cosas nuevas, sino únicamente lo que han dicho los Padres y Doctores de la Iglesia; pero dispuesto en otra forma segun mis cortos alcances.

El estilo es sencillo y llano, por haber sido mi fin principal ayudar á los encargados de las parroquias rurales que desean insinuar en el corazon de sus ovejas el amor y la devocion á Maria; pero que no pueden, y no tienen tiempo para componer discursos.

Ahora, caro lector, solo me falta exhortarte

vivamente á honrar á la Madre de Dios con esta devota práctica que ella estima mucho y recompensa con gracias muy importantes. Ella, dice Andrés Cretense, magnificentissima est, et solet maxima pro minimis reddere. El mas pequeño obsequio que se le haga, la mas pequeña honra que se le tribute, la recompensa con el ciento y con el mil doblado en esta y en la otra vida. Ella nos ama con un amor inmenso y desea ardientemente favorecernos; pero se considera como obligada á derramar sus beneficios sobre nosotros, cuando le damos algun motivo: y por lo mismo ¿cuánto mas se moverá á concedernos abundantes gracias si procuramos á honrarla con las prácticas devotas de un mes entero? Tributémosla, pues todos los años este obsequio, que le es tan agradable, si queremos interesarla en nuestro favor.

DIA I.

NECESIDAD DE LA DEVOCION Á MARIA SANTÍSIMA.

Cuando Santa Elisabet manifestaba su asombro al verse honrada con una visita de la Virgen, predijo esta que todas las generaciones la llamarían bienaventurada por causa de las cosas grandes y sublimes que habia obrado en ella el Todopoderoso; *beatam me dicent omnes generationes; quia fecit mihi magna qui potens est.* (Luc. 1, 48, 43.) Así se ha manifestado exactamente.

En efecto, ¿ha habido jamás algun tiempo en que no se hayan encomiado los méritos de Maria, no se hayan exaltado sus excelencias, no se haya admirado su dignidad y no se la haya llamado bienaventurada? En todos los tiempos, en todas las naciones, en todas las partes del mundo tiene y ha tenido siempre la Virgen una inmensa muchedumbre de admiradores, de panegiristas y de siervos fieles y devotos. ¿Qué no han hecho para honrar á esta gran Señora! Son innumerables las prácticas devotas que han inventado para atestiguarle su reverencia, su devocion y su amor.

Cuéntase entre estas el mes de Maria ó mes de Mayo, que por ser el mas bello y placentero del año, ha sido todo dedicado á su honor y culto. En él procuran honrarla con mayor empeño y fervor, y mostrarle su amor y devocion con el ejercicio de

varios actos de virtud. Y con razon los siervos de Maria se afanan por servirla y honrarla, porque saben que su devocion no es infructuosa, saben que Ella agradece sus servicios, y no es insensible á su amor ni ingrata á sus obsequios. Saben que Ella los ama con un amor incomparable, saben que los protege, y que los favorece en vida y en muerte con multitud de gracias: en suma, no ignoran que Ella los conducirá infaliblemente á gozar consigo de la eterna felicidad del paraíso; y por esto se esfuerzan con razon en servirla y honrarla con sincero y cordial afecto.

¿Y nosotros, mis amados, miraremos á la Virgen con indiferencia y frialdad? ¿No procuraremos entrar en el número de sus fieles siervos? Yo creeria hacerlos una grave injuria, si en mi entendimiento llegara á sospechar de que os precieis de ser devotos de Maria, cuando todos quereis servirla, todos quereis honrarla y amarla, y cabalmente, en el mes que vamos á comenzar, quereis darla pruebas especiales de vuestra devocion. ¡Bien para vosotros! Ella á su vez os mira con ojos complacidos; Ella de seguro os hará experimentar los afectos de su amoroso corazon, os concederá muchísimas gracias y os llevará por último á la gloria del cielo. Y para que crezca siempre en vosotros la devocion á esta soberana Señora, os hablaré todos los dias del mes de sus excelencias, conviene á saber, de su dignidad, santidad, humildad, pureza, de su amor, de su bondad, y de los acerbos dolores que por nosotros sufrió. En este primer dia os manifestaré cuan necesaria es para salvarnos la devocion á Maria, por lo que espero que no solo no disminuirá ni se entibiará en vosotros, sino que será cada dia mas ferviente y afectuosa.

Cuando por su desobediencia el primer hombre hubo perdido la justicia original, y caido de aquel estado feliz en que le habia puesto su Criador, el género humano vino á ser una raza condenada que precipitándose de pecado en pecado, se encaminaba á un eterno suplicio. Movido Dios á compasion de nuestra gran desgracia, manda á su divino Hijo que se vista de nuestra humanidad, cargue sobre sí nuestras iniquidades y satisfaga por ellas á la divina Justicia, paraque con el sacrificio de su vida redima al género humano de la dura esclavitud del infierno. Pero al modo que para la ruina del mundo concurren Adán y Eva, así quiso que á su reparacion concuriese la Virgen Santísima con su divino Hijo. Por esto la escogió entre todas las criaturas para ser madre de su Unigénito, á fin de que suministrando la sustancia para formar el cuerpo de Jesucristo que debia inmolarse y la sangre que debia derramarse para nuestro rescate, cooperase eficazmente á la redencion del mundo.

Elevada á la dignidad de Madre del Verbo Eterno, quiso la beatísima Trinidad, dice el melifluido doctor S. Bernardo, que fuese tambien la depositaria y guarda de todos los tesoros de la redencion del hombre; *redempturus humanum genus pretium universum contulit in Mariam*, (ser. de nativ. B. M. V.), y para honrarla mas y mas quiso que por medio de ella se nos dispensasen. Jesucristo nos preparó la medicina de nuestra salud; pero Maria debe aplicárnosla. Jesucristo nos mereció las gracias; pero no quieren que llegue hasta nosotros sino por el canal misericordioso de su divina Madre. En una palabra, la Virgen ha sido constituida depositaria y dispensadora de los tesoros y frutos copiosos de la redencion; siendo esta,

añade el expresado santo Doctor, la voluntad de aquel que quiere que todos los bienes nos vengan por el canal de Maria, su amada Madre: *Quia sic est voluntas ejus, qui totum nos habere voluit per Mariam.* (Idem ibid.)

Siendo esto así ¿quién no vé la necesidad que tenemos de recurrir á la Virgen y profesarla una sincera devocion? Las luces, los auxilios, las gracias divinas nos son sumamente necesarias para evitar el pecado, para cumplir nuestros deberes y practicar la virtud, sin lo cual no podemos salvarnos. Mas estos auxilios, estas gracias tan necesarias son frutos de la redencion de Jesus, de los cuales Maria es depositaria y dispensadora, y, segun el sentir de S. Bernardo y demás padres y doctores de la Iglesia, por sus manos deben venirnos y no podemos recibirlos de ningun otro: por esto el que no recurre á Maria, el que no procura honrarla y serle devoto, se verá privado de estos auxilios y gracias, á lo menos de aquellas gracias especiales y de aquellos auxilios eficaces sin los cuales jamás nos salvaremos, antes bien caeremos desgraciadamente en el abismo del infierno.

Y en realidad ¿quiénes son los que se salvan? ¿Quiénes son los destinados á gozar de la eterna felicidad del paraíso? Se salvarán y gozarán de la felicidad eterna solamente aquellos que son predestinados en Jesucristo (ad Ephes.) Él ha pagado las deudas que habiamos contraído con la divina Justicia. Él nos ha reconciliado con su divino Padre y nos ha merecido la felicidad del paraíso. El es, por último, el árbol de la vida que produce y lleva en sus ramos los frutos de una feliz eternidad, esto es, todos los predestinados. Mas él no podría ser el árbol de la vida, ni salvar á ningun hombre si no hubiese recibido de la Santísima Virgen su sacrati-

sima humanidad, sin la cual le habria sido imposible salvar el mundo á lo menos del modo con que le plugo salvarlo. Maria es quien le vistió de carne humana y le hizo capaz de padecer, de morir y de satisfacer la gran deuda contraída por los hombres con la divina Justicia: Maria es quien le hizo capaz de merecer la gracia y la gloria á todos los elegidos; Maria es finalmente quien le hizo capaz de ser el Salvador del mundo y el árbol de la vida que produce y lleva en sus ramos á todos los predestinados. Así es que Maria en su Hijo y por su Hijo obra la salvacion del mundo y cumple la predestinacion de los santos; de modo que los predestinados no serian tales, si Jesus no hubiese tomado de ella carne humana.

Y si esto es así ¿cómo podremos salvarnos, amados míos, si no tenemos un ardiente afecto á la Virgen que nos mueva á servirla, honrarla y amarla? Como podremos gozar de la felicidad de los predestinados, si no sentimos hácia ella mas que indiferencia y frialdad, y en vez de honrarla y servirla devotos, la ofendemos con nuestras malas costumbres. Y ¡ah! amados míos, sin Maria nunca alcanzaremos la felicidad eterna, jamás tendremos la suerte de los predestinados.

No, sin Maria jamás obtendremos esta suerte: porque aun cuando los frutos de un árbol tienen el ser del árbol que los ha producido, sin embargo los frutos no existirian ni serian lo que son, si una tierra fecunda no hubiese producido aquel árbol y nutrido sus raices: asi todos los predestinados son frutos del árbol de la vida, todos reciben su salvacion de este árbol, es decir de Jesus Redentor, y por él son lo que son; no obstante no hubiesen sido predestinados ni podrian salvarse, si Maria no hubiese producido al Redentor, si no le hubiese hecho

capaz de padecer, de morir, de merecer y de salvar á los hombres del modo en que quiso salvarlos. ¿Cómo podremos, pues, conseguir la gloria eterna, si no recurrimos á Maria, si no la amamos y no la profesamos una sincera devocion? ¡Ah! mis amados, el que no pertenece á la Madre, tampoco pertenece al Hijo, siendo imposible, segun el decreto por él establecido, que el Hijo salve á los hombres sin la Madre.

Se comprenderá mejor esta verdad, si se considera lo que dijo Dios á la serpiente cuando hubo seducido á nuestra madre Eva en el paraíso terrenal. *Inimicitias ponam inter te et mulierem.* Encenderé entre tí y la mujer una enemistad irreconciliable: *inter semen tuum et semen illius:* y entre tu descendencia y la descendencia de la mujer: *ipsa conteret caput tuum:* (Gen. 3.), y está misma mujer aplastará tu orgullosa cabeza. Con estas palabras, como se vé, Dios ha dividido el mundo moral en dos razas ó familias: la una de la serpiente maldita que comprende á todos los réprobos, y la otra de la mujer que aplasta la orgullosa cabeza de la serpiente infernal, esto es la raza de los predestinados que son todos los hijos de Maria. Pues bien, entre la una y la otra serpiente media una enemistad irreconciliable. La serpiente ó el demonio aborrece cuanto puede á la Virgen, querría impedir que fuese honrada, querría quitarle todo obsequio y todo culto, pero es en extremo débil y nada puede contra ella. Aplastada su cabeza por Maria, se vé obligada á sufrir, mal que le pese, una dura y afrentosa esclavitud. Igualmente que entre la serpiente y la mujer hay siempre entre los hijos de una y otra una grande enemistad, y el principio y la razon de ella es la mujer que aplastaba la cabeza orgullosa de la serpiente infernal. Aquellos,

animados del espíritu del demonio su padre vomitan contra la Virgen las mas horrendas blasfemias, hacen mil injurias á sus imágenes, derriban sus estátuas y hacen cuanto está de su parte para borrar, si les fuese posible, del corazón de los fieles todo rastro de devocion á Maria. Pero cuanto mas trabajan estos para impedir el culto y devocion á la Virgen, otro tanto se esfuerzan los hijos de esta divina Madre en honrarla, servirla y amarla, y oponerse de este modo á las blasfemias é impiedad de aquellos. Si deseamos, pues, pertenecer á la descendencia de la mujer y ser del número de los predestinados, dirijamos nuestro corazón á la Virgen, conságuemosla nuestros afectos, seamos diligentes en servirla y honrarla, profesémosla una sincera y cordial devocion, y alcanzaremos nuestro fin.

Y heos aqui, oyentes, cuan necesaria nos es la devocion á Maria. Necesaria; digo, no absolutamente, sino moralmente, en cuanto Dios ha establecido que todos los bienes nos vengan de sus manos; y por esto sin tal devocion nos veremos privados de los auxilios y gracias divinas, y por lo menos de aquellos auxilios oportunos y gracias eficaces sin las cuales no podriamos salvarnos: sin tal devocion no seremos fruto del árbol de la vida, ni perteneceremos á la descendencia de la mujer, es decir, no seremos contados entre los elegidos, sino en el número de los réprobos que forman la familia de la serpiente y con él sufriremos eternos y terribles suplicios. Tengamos, pues, muy arraigada en nuestro corazón la devocion á la Virgen, sirvámosla con fidelidad, amémosla con un afecto cordial y sincero, y Ella ciertamente nos salvará.

DIA II.

EN QUE CONSISTE LA DEVOCION Á MARIA.

La devocion á la gran Madre de Dios nos dispone á recibir las gracias y favores divinos, que se dispensan todos, segun dicen los Santos Padres, por las manos de Maria á quien quiere, como quiere y cuando quiere. La misma devocion nos hace pertenecer á la raza de la mujer que aplasta la cabeza del dragon infernal, y es una de las señales mas ciertas de predestinacion que podemos tener en esta vida, como dijimos en el discurso de ayer. La devocion, pues, á Maria Santísima, debe estar muy fija en nuestro corazon: debemos procurar con todo empeño adquirirla, si no la tenemos; y perseverar en ella y aumentarla cada dia, si ya la poseemos.

Mas asi como entre las monedas hay algunas que, si bien se parecen mucho á las verdaderas, sin embargo son falsas y nada valen; asi entre las devociones que se profesan á Maria hay una que parece buena y tiene mucha semejanza con la verdadera y sincera; y sin embargo es una devocion aparente, una devocion falsa y que no sirve sino para tener engañados á los que la profesan.

Por lo tanto á fin de que no os equivoqueis en una cosa de tanta importancia, os manifestaré esta

tarde en que consiste la verdadera devocion á Maria, á fin de que practicándola seais verdaderos devotos de esta Señora, y como tales podais recibir aquellas gracias que ella dispensa en abundancia á los que la profesan una verdadera y sincera devocion.

¿Qué cosa es pues la verdadera devocion que los siervos de Maria le profesan y es tan apreciable y tan necesaria á todos nosotros? Es una prontitud de voluntad para practicar todo lo que conocemos ser del grado de la Virgeu: *Devotio beatæ Virginis Mariæ est voluntas prompte tradendi se ad ea quæ pertinent ad ejus famulatum*. Asi que los devotos de Maria no caminau sino que corren, y si son muy devotos, vuelan cuando se trata de dar gusto á su Virgen: y por esto huyen con gran cuidado de la culpa mortal que es un peso que agobia la conciencia del que lo comete. Teniendo á esta en el alma, no solo no se corre, pero ni aun puede caminarse para honrar á Maria.

La verdadera devocion á Maria debe ser viva, ó bien fundada en la caridad, sin la cual la devocion es una apariencia, una ilusion, un engaño. Como una planta arrancada del suelo que, si bien conserva todavia una hermosa apariencia en las hojas, es no obstante muerta y no puede producir ningun fruto; asi es la devocion que no está fundada en la caridad. Es una devocion sin el fundamento único que puede darle vida, es una devocion muerta que jamás producirá fruto alguno; y aunque se presente adornada de algunos actos de piedad, son estas hojas que le dan alguna apariencia, pero que nada valen, y solo sirven para mantener engañado al que los practica.

De ahí es que los devotos de Maria son muy diligentes en huir no solo del pecado que los priva

de la caridad y de la verdadera devocion, sino tambien de las ocasiones de cometerlo, aunque sean menester privaciones y dolorosos sacrificios. Y si por efecto de la flaqueza humana caen en algun pecado grave, no sufren que este duerma en su corazon. se arrepienten luego, lo detestan de veras, y si pueden, corren sin tardanza al baño saludable de la penitencia para purificarse de tan fea mancha. Procuran además confesarse con frecuencia para fortalecerse mas contra los asaltos del enemigo con la gracia del Sacramento. y conservar siempre su corazon puro y limpio de toda culpa.

La verdadera devocion no solo debe ser viva, sino tambien fecunda en santas obras; y por esto los verdaderos siervos de Maria, á mas de absterse del pecado, son muy diligentes en observar los preceptos de la ley divina, los mandamientos de la Iglesia y las obligaciones del estado; ya que sin esta condicion la devocion no seria verdadera. Este es el principal cuidado que deben tener los que desean ser verdaderos devotos de Maria; estas las condiciones que exige de ellos; y el que no las cumple, aunque se derrita en lágrimas de ternura delante de sus imágenes, no es ni será jamás verdadero devoto suyo, ni de Maria será reconocido por tal. Estos son los fundamentos de la verdadera devocion; y sin ellos la devocion es solo una apariencia, una ilusion, un engaño.

Con todo ¡cuántos viven en este engaño! Cuántos viven habitualmente en pecado sin ninguna voluntad de enmendarse; pero porque todos los dias practican algun ejercicio de piedad en honor de Maria Santísima, piensan ser verdaderos devotos suyos, creen honrarla con sus obsequios, y empeñarla á su favor, y conseguir con su proteccion la

bienaventuranza eterna. Estos viven engañados y quedarán burladas sus esperanzas. ¿Y qué hombre de sano juicio podrá persuadirse jamás que la Virgen quiera proteger al que no quiere dejar de ofender á su divino Hijo, y con su proteccion fomentar la temeridad para mas ofenderlo? No, Maria no favorece ni protege á estos falsos devotos, ni acepta sus obsequios. Un sujeto de Avignon que vivia habitualmente en pecado, y no estaba dispuesto á enmendarse, tocado por la mano de Dios con una grave tribulacion recurrió á Maria para que le librase de ella, y le recordó sus largos servicios para moverla á socorrerle. Pero ¿qué respondió Maria? Yo no reconozco, respondió, yo no reconozco por devoto mio al que es esclavo del pecado. Una mujer mundana que tampoco tenia voluntad de enmendarse presentó una corona de plata para poner en la cabeza de la Virgen; pero esta no la aceptó y cuantas veces se la pusieron otras tantas se la vió caer en el suelo, como si Maria sacudiese la cabeza para no sostenerla. No, Maria no reconoce por devotos suyos á los que no quieren dejar el pecado, ni los protege, ni acepta sus obsequios, con los cuales en vez de honrarla la deshonoran y la ofenden.

Los verdaderos devotos de Maria primeramente se apartan con gran diligencia del pecado, cumplen con exactitud sus deberes, y procuran honrarla con actos de virtud y prácticas devotas; rezan el Rosario, visitan sus imágenes, practican mortificaciones y otros ejercicios de piedad en honor suyo; pero con todo el fervor de su espiritu, con toda la atencion de su mente y con todo el afecto de su corazon, y con estos ejercicios devotos se esfuerzan en manifestarle la buena voluntad que tienen en honrarla y darle gusto.

Yo sé, oyentes, que vosotros también practicáis varios ejercicios de piedad en honor de María Santísima; rezáis oraciones, visitáis sus imágenes, le haceis otros obsequios; pero ¿cómo los haceis? Tal vez los practicáis con frialdad, con negligencia, con el entendimiento distraído, del peor modo posible. Si así fuese, os diría con sentimiento que este no es el modo de honrar á la Madre de Dios y empeñarla en vuestro favor; sino que es ofenderla y provocar su indignación; como se ofendería un gran personaje á quien hablaseis con poca atención sin considerar lo que decís, ó lo sirviérais indebidamente.

Si queréis honrar á la Virgen y deseáis que le sean aceptos vuestros obsequios, sean estos cordiales, esto es, sean hechos con atención de entendimiento, con afecto del corazón y con fervor de espíritu, sean en fin tales que os acrediten de verdaderos siervos y sinceros devotos. Así aceptará ella vuestros obsequios, así la empeñareis en vuestro favor y experimentaréis siempre la eficacia de su protección.

No se limitan, sin embargo, los devotos de María á honrarla con oraciones y otros ejercicios de piedad, sino que son muy diligentes en imitar sus virtudes para hacerse en algún modo semejantes á su divina Madre. La verdadera devoción, dice San Agustín, consiste en imitar á aquel que es objeto de nuestros obsequios: *Vera devotio est imitari quem colimus*, y por esto los verdaderos devotos de María ponen sumo cuidado en copiar en sí mismos aquellas virtudes que brillan en ella, aunque esto les cueste grandes privaciones y sacrificios. De ahí es que combaten con valor contra su amor propio, mortifican sus pasiones, vencen las dificultades y repugnancias para poder imitar á su Reina y hacerse en alguna manera semejantes á ella.

Tal debe ser nuestra devoción á la Madre de Dios, si deseamos merecer el hermoso título de devotos suyos: debemos procurar imitar sus virtudes para asemejarnos á ella. ¿Y qué devoción sería la nuestra, hermanos míos, si contentos con rezar algunas oraciones, ó practicar algún otro obsequio en honra de María nouviésemos reparo en ser de costumbres opuestas á las suyas? Si siendo María humildísima, nosotros fuésemos vanos y soberbios, si siendo ella pacientísima, nosotros fuésemos impacientes y coléricos, si siendo ella mortificada, nosotros fuésemos amigos de nuestra conveniencia, y en suma, si siendo María modesta en mirar y hablar, nosotros fuésemos inmodestos, descompuestos y libres en nuestras acciones, ¿qué devoción sería la nuestra? Sería devoción de palabras, devoción de apariencia, sería una devoción que no nos daría el carácter de verdaderos devotos é hijos de María. Los verdaderos devotos de María son muy solícitos en imitar sus virtudes: *Fili Mariæ*, dice Ricardo de S. Lorenzo, *imitatores ejus in humilitate, in castitate, in patientia, et in cæteris virtutibus*, y el que no se cuida de imitar á esta buena Madre, viene á decir de hecho que no se cuida de ser hijo suyo: *Qui Genitricis non facit opera, negat genus*. (S. Pedro Crisólogo)

Finalmente el verdadero siervo de María es siempre fiel y constante en amarla, servirla y honrarla. Sabe que el objeto de su devoción es invariable, sabe que María Santísima es siempre amable, siempre amorosa, siempre generosa en repartir gracias y favores; y por esto es también constante en amarla, servirla y obsequiarla. Está siempre dispuesto á hacer cuanto sabe y cuanto puede para manifestarle su afecto y devoción. Por el contrario aquellos que son como torrentes, los cuales unas

veces rebosan y se derraman por los campos, otras son enteramente secos, quiero decir aquellos que se muestran muy fervorosos y solícitos en obsequiar á la Virgen, y algun tiempo despues caen en tal tibieza que les hace olvidar de la devocion á Maria, estos tales ni siquiera merecen el hermoso dictado de devotos suyos. Porque, en lugar de obsequiarla, la deshonran y ofenden, viniendo á decir con su inconstancia que no es digna de sus obsequios y que no les tiene cuenta el servirla; y por esto tales cristianos no merecen ser contados entre sus devotos ni gozar de su especial proteccion.

Por lo tanto, católicos, si deseamos tener el carácter nobilísimo de fieles devotos de Maria, huyamos con toda negligencia del pecado, cumplamos con exactitud nuestros deberes, seamos solícitos en imitar sus virtudes; y sobre todo seamos constantes en servirla y honrarla hasta la muerte con ejercicios de piedad, hechos con atencion y fervor. En esto consiste la verdadera devocion á Maria, así la empeñaremos á nuestro favor, y obtendremos por su mediacion las gracias que mas nos convengan.

DIA III.

MARIA MADRE DE DIOS.

Para amar á una persona, y apasionarse por ella, conviene ante todo conocerla, y considerar bien las prendas que la hacen amable y digna de nuestros obsequios. La voluntad es una potencia ciega que no se mueve á amar y obsequiar á hombre alguno, si primero el entendimiento no se lo

propone como amable y digno de ser honrado. De hecho Judit fué muy amada del pueblo de Betulia, fué muy alabada y honrada; pero solamente cuando supieron que se habia puesto en peligro de perder la vida para salvar á su pátria de la opresion de los Asirios, despues de haber visto en sus manos la cabeza ensangrentada del orgulloso Holofernes, y conocido las dotes eminentes de su grande alma; lo mismo debe decirse de muchísimos otros, hombres y mujeres, que no fueron apreciados, hasta que se conoció el mérito que tenian para ser amados y honrados.

Ahora bien, innumerables son las cualidades que brillan en Maria Santísima, cada una de las cuales la hace muy amable á nuestro corazon, y digna de toda nuestra devocion y obsequio. No os hablaré de todas, porque seria esta una empresa superior, no solo á mis fuerzas y á las de todos los hombres, sino tambien á las de los mismos ángeles. Así es que me limitaré á habiaros de algunas solamente, cada una de las cuales es mas que suficiente para excitar toda nuestra veneracion y amor hácia la gran Señora.

Esta tarde os hablaré de su divina maternidad, que es el fundamento y la base de las demás cualidades que la adornan; y veremos cuan digna es por este título de nuestra devocion y amor.

Es una verdad de fé, que no puede ponerse en duda, que la Virgen Maria es verdadera Madre de Dios: *de qua natus est Jesus*, dice el Evangelio, *qui vocatur Christus*. (Manth. 1, 16.). Esta verdad fué definida como artículo de fé contra el impío Nestorio en el Concilio de Efeso, y seria hereje é incurriria en los anatemas fulminados por la Iglesia el que se atreviese á negarla. Así pues la Virgen ha suministrado de su purísima sangre la sustancia pa-

ra formar aquel cuerpo que debía inmolarse para nuestra salvacion, y ha alimentado con su leche purísima á la víctima que debía salvar al mundo perdido. Maria es Madre de Dios! Por tanto ha encerrado en su seno inmaculado á Aquel que no tiene limite alguno en su ser, ni puede ser comprendido en la estension de los cielos y de todo el universo. ¡Maria es Madre de Dios! Por tanto Ella ha dado un ser al autor de todos los seres que existen en el mundo, y ¿qué cosa puede decirse que sea mas grande, mas sublime y gloriosa para la Santísima Virgen? ¡Ah! si la llamais Virgen sin mancha, amada de Dios mas que todas las otras criaturas, no la ensalzareis tanto como llamándola Madre de Dios. *Non assurgetis adhuc super indicibilem honorem, quo creditur, et prædicatur Dei Genitrix.* Si la llamais Reina del cielo y Señora de los ángeles y santos, no la honrareis tanto como con solo decirla Madre de Dios. *Non assurgetis adhuc super indicibilem honorem, quo creditur, et prædicatur Dei Genitrix.*

La divina maternidad une á Maria con Dios por medio de los vínculos mas fuertes, mas estrechos y mas íntimos de la naturaleza. La eleva sobre todas las puras criaturas, y mas que á ninguna de ellas la aproxima á los confines de la Divinidad y la hace parienta muy cercana de la Divinidad. *Fines Divinitatis propinquius attingit.* (D. Tom.) La levanta en suma á una dignidad que tiene algo de infinito por ser infinito aquel Dios, de quien es Madre: *habet*, dice el Doctor angélico, *quandam infinitatem ex bono infinito, quod est Deus.*

Por lo que puede decirse en alguna manera que Maria es el término de la omnipotencia divina y la medida de su infinito poder, pues que, por razon de su dignidad, es la obra mas grande, mas pre-

ciosa y mas perfecta que Dios puede criar. Es indudable que Dios pudo criar un cielo mas vasto, una tierra mas grande, un mundo mas perfecto; pero no pudo formar una madre mas digna, mas excelsa y admirable que su propia madre. Ella es el milagro de los milagros, que limita y circunscribe en su modo la omnipotencia de Dios. *Majorem mundum, dice S. Buenaventura, potest facere Deus, majus cælum, majorem terram; majorem vero matrem quam Matrem Dei facere non potest.* (In spec. B. M. V. ca. 8.) La Maternidad de Maria tiene por término á Dios, y para que hubiese una madre mas digna, mas excelsa y admirable que Maria, sería necesario que existiese un Dios mas grande y mas digno que su hijo Jesus, lo cual es imposible.

Considerad ahora, católicos, si merece la Virgen vuestra devocion y vuestros homenajes. Si en vez de ser madre de Jesus, lo hubiese sido de todos los apóstoles, de todos los patriarcas, de todos los profetas, de todos los mártires, confesores y vírgenes, en una palabra, de todos los santos que hay en el cielo, es cierto que la juzgariais digna de toda vuestra veneracion y amor, os esforzarias en manifestarla vuestra gratitud por haberos dado tantos protectores cuantos son los santos que hay en el cielo. Mas ¿qué son todos los santos del cielo comparados con Jesus? No hay duda que, habiendo correspondido libremente á la divina gracia, son estrellas resplandecientes de gloria en el Empireo, son príncipes de la corte celestial, son amigos y familiares de Dios; pero si no se les hubiese dado la gracia para obrar el bien, y antes de la gracia no hubiesen recibido el ser y la facultad de obrar, nada hubieran podido merecer. Por consiguiente, puede decirse con toda verdad que por si mismos son nada y verdadero nada; porque criados por la

mano bondadosa de Dios, caerian otra vez en el abismo de la nada de donde fueron sacados, si el divino Hacedor no les conservase el ser que de él han recibido. ¡Cuánto mas digna es, pues, de vuestra devocion y amor la Virgen Santísima, habiendo dado á luz al Santo de los santos, Jesucristo, Dios y hombre verdadero, en cuya comparacion todos los ángeles y santos del cielo son por si mismos nada y verdadero nada.

Los santos antes de llegar á serlo, nacieron en pecado como nosotros, y estuvieron bajo la dura esclavitud del demonio igualmente que nosotros; y no llegaron á ser santos, ni están en el paraíso, ni son bienaventurados, sino porque el Hijo de Maria quebrantó las cadenas de su esclavitud, pagó el precio de su rescate, les mereció la gracia para obrar el bien y conseguir la gloria de que ahora gozan; y por esto puede decirse con verdad que Maria, siendo madre de Jesus, lo es igualmente de todos los santos que hay en el cielo, porque no son santos sino por Jesus, y no serian bienaventurados, si Maria no nos hubiese dado el Divino Redentor.

Por este motivo en el libro de los Cantares el Espíritu Santo dice á la Virgen Maria: *Venter tuus sicut acervus tritici, vallatus liliis.* (Cant. 7, 2.) Pues que, como lo explica S. Ambrosio, aun cuando en las entrañas purísimas de Maria tuvo su morada el divino Redentor, que es figurado en el Evangelio en un grano de trigo, con todo se dice monton de trigo, porque en Jesucristo están comprendidos todos los elegidos: *Unum granum frumenti fuit in utero Virginis, Christus Dominus; et tamen acervus tritici dicitur, quia granum hoc virtute omnes electos continet.* (De Inst. Virg.); por lo que siendo Maria madre de Jesus, lo es tambien de todos los elegidos.

Cuan grande ha de ser, pues, nuestra reverencia, nuestra devocion y nuestro amor hácia esta admirable Señora! No temais, amados oyentes, no temais exceder los justos límites honrándola: mientras los honores que le tributeis no sean los debidos á solo Dios, no temais excederos. Ofrecedle vuestro corazon, servidla con todo el ardor de vuestra alma, consagradle todos vuestros afectos, y no temais desagradar con ello á Dios. No, Dios no se ofende por el amor que profesamos á su divina Madre, antes bien quiso y se complace en que la amemos y sirvamos con todo el fervor de nuestro corazon. Y cuanto mas la amemos y sirvamos, tanto mas satisfactorio será para él; porque quiere que su Madre sea honrada de nosotros, y recibe como propios las honras y obsequios que la tributamos. No temais, pues, excederos, amándola y obsequiándola mucho. Por mas que os esforcéis, por mas empeño que pongais en manifestarla vuestro afecto y devocion, no podreis nunca honrarla como merece ni corresponder dignamente á sus beneficios. ¿No es Ella la que nos ha dado un Dios Salvador, que ha roto con su poder nuestras cadenas, nos ha libertado de la dura esclavitud del infierno y nos ha abierto las puertas de la gloria? ¿No es Ella la que nos ha dado el pan de ángeles, el pan de la vida eterna, que hace de nuestra alma el templo de la Divinidad, que robustece nuestra debilidad, consueta nuestro espíritu y nos colma de divinos favores? ¿No es ella la que nos ha dado el Autor de la gracia que nos santifica, nos hace hijos de Dios y herederos del Paraíso? No, todos los ángeles y todos los santos juntos no hubieran podido hacernos tan gran beneficio; y por lo tanto, no solo por el mérito que Ella tiene, si que tambien por la deuda de gratitud, estamos obligados á hon-

rarla y amarla mas á Ella sola que á todos los ángeles y santos del cielo. No, jamás será excesiva nuestra gratitud por los inmensos favores que de su mano nos han venido.

Ahora bien: ¿cuál ha sido nuestra devoción hácia nuestra soberana Madre, y cuál el agradecimiento con que la hemos correspondido? ¡Ay! que no pasa dia alguno en que no la causemos pesares sobre pesares con las muchas faltas, defectos y pecados que cometemos; y si alguna cosa hacemos en su honor, se reduce á oraciones rezadas solo de boca, con la mente distraida, á visitas hechas á sus imágenes por curiosidad mas que por deseo de honrar á Maria, á algun otro pequeño obsequio hecho con la mayor frialdad y por costumbre: si, esto forma toda nuestra gratitud y toda la devoción que profesamos á la Virgen. Avergoncémonos, amados oyentes, de tanta negligencia y frialdad hácia Maria, y resolvamos de veras consagrarle todo nuestro corazon y servirla con fidelidad y amor.

Si un Dios de infinita Majestad se ha dignado hacerse Hijo de Maria y sujetarse á su voluntad maternal; si tiene Ella una dignidad casi infinita; si de Ella hemos recibido al divino Redentor que nos libertó de la dura esclavitud del infierno, y nos hizo hijos de Dios y herederos del paraíso, ¿dudaremos todavía servirla con fidelidad, venerarla con el mas profundo respeto y serla en una palabra verdaderos devotos? ¡Oh felices nosotros si lo fuésemos! Porque Ella nos mirará con un amor especial. nos favorecerá con un sin número de gracias y experimentaremos siempre la eficacia de su proteccion.

DIA IV.

HUMILDAD DE MARIA SANTÍSIMA.

Quando se quiere construir un edificio, dice San Agustin, se abren primero los fundamentos sobre los cuales debe levantarse, y deben ser tanto mas profundos cuanto mas alto ha de ser el edificio, para que tenga la conveniente solidez y estabilidad. Una cosa parecida debe hacer el que desea levantar en su corazon el edificio de la santidad. Debe fundarse ante todo y radicarse bien en la humildad; y cuanto mas desea señalarse por la santidad, tanto mas profunda debe ser su humildad; porque, como dice San Gregorio, las virtudes separadas de la humildad no son sino polvo que la furia de los vientos esparce en el aire.

Maria Santísima desde su Concepcion sin mancha conoció perfectamente á Dios, conoció el amor inmenso que la tenia y cuanto merecia ser amado de ella, y por esto resolvió ya entonces amarlo con todo el ardor de su corazon, servirle con todas sus fuerzas, en una palabra, honrarlo y glorificarlo con la mas eminente santidad. Mas sabiendo que sin la humildad no puede alcanzarse la santidad, echó primeramente en su corazon el fundamento de aquel altísimo edificio, esto es una profundísima humildad. Háganse, pues, esta tarde algunas reflexiones sobre la humildad de Maria, para movernos no solo á admirarla y honrarla sino tambien á imitarla.

Una de las virtudes mas difíciles de practicarse es ciertamente la santa humildad. El deseo de

la propia grandeza, y el anhelo de ser estimados y honrados de los demás, están en nosotros tan arraigados que casi sin advertirlo nos creemos tener algo de bueno, y buscamos ocasiones para hacer ostentacion de cualidades que pensamos poseer, para merecer la estimacion de los demás.

No así Maria Santisima que tuvo siempre de sí misma muy bajo concepto y se reputó indigna de alabanza; porque dotada de razon desde el primer instante de su Concepcion immaculada conoció perfectamente su propio nada. Conoció muy bien que de sí misma nada era, nada tenia, nada podia y de nada era merecedora: y se humillaba tanto mas, cuanto mayor era el conocimiento que tenia de Dios: al modo que una estremada pobreza jamás se conoce tan perfectamente como cuando se la compara con una extraordinaria riqueza. Maria tenia un conocimiento muy perfecto de Dios, de su grandeza, de sus atributos; y por esto conocia mas claramente el abismo profundo de su nada; y habiendo sido continuo su conocimiento actual de la divina grandeza, asimismo lo fué sin ninguna interrupcion el de su propia bajeza. *Brata Virgo*, dice San Bernardino de Sena, *continue habebat actualem relationem ad Divinam Majestatem, et ad sui nihilitatem*; y por esto fué humildisima.

Mas pensará quizás alguno de vosotros que Maria se creeria ser una ingrata, una pecadora que habia ofendido muchas veces á Dios. No, católicos, Maria no pensaba que hubiese ofendido á Dios ni una sola vez. La humildad es la verdad, dice Santa Teresa de Jesus; y por lo mismo no se tenia ni podia tenerse por pecadora. Ella sabia que no habia ofendido nunca á su Dios, y que le habia amado con toda la efusion de su corazón: sabia tambien que le era deudora de gracias inmensa-

mente superiores á las que habian recibido de él todas las criaturas. Pero este conocimiento, lejos de envanecerla, la humillaba mas y mas; como se humilla una pobre mujer adornada de ricos vestidos delante de aquel que se los dió, porque entonces recuerda mejor su pobreza y miseria: así Maria cuanto mas enriquecida se veia de gracias y dones incomparables, tanto mas se humillaba y confundia, no levantando jamás la vista de su propia miseria que de ninguna gracia era merecedora.

En efecto, un Arcángel la saluda de parte del Monarca supremo del universo, oye que la llama llena de gracia, es decir; llena de belleza, de santidad, de perfeccion; y que Dios prendado de las eminentes cualidades quiere bajar en su casto seno, quiere tomar de ella carne humana, la elige para ser su Madre, que es la dignidad mas excelsa y mas sublime á que Dios puede ensalzar á una pura criatura. Y Maria ¿que hace? ¿qué dice? Se sonroja, se turba, tiembla. Mas ¿por qué tal turbacion? ¿Acaso porque ve á un Arcángel, á un gran Príncipe de la corte celestial, y lo ve adornado de tal belleza, de tal majestad y resplandor que no hay hermosura en este mundo que con él pueda compararse? No; Maria no se turba por esto: no se turba por lo que ve; sino que se turba por lo que oye: *Turbata est in sermone ejus*. (Luc. 1, 29): las palabras la hacen temblar. Ella se cree la última y la mas indigna de todas las criaturas, y oyéndose saludar llena de gracia, y anunciándosele que concebiria en su seno al Verbo divino, que es el resplandor de la gloria de su Padre celestial, y que por esto seria elevada á la suprema dignidad de Madre de Dios, se turba y tiembla al pensar que debe ser elevada á tan sublime gloria. Así como nada hay que turbe y espante tanto á un gran

soberbio como una grande humillacion, así nada hay que espante tanto á una alma verdaderamente humilde como una grande elevacion, como una excelsa dignidad.

¡Ah! cuán distantes estamos nosotros de la verdadera humildad! Si somos elevados á algun puesto ó dignidad, ó tan solo si somos alabados por alguna persona respetable, luego concebimos en nuestro corazon una vana alegría y quedamos llenos de gozo por el honor que recibimos y que pensamos merecer. Y Maria viéndose exaltada á una dignidad tan excelsa, tan santa y divina, se turba, se espanta y tiembla, porque está intimamente persuadida de su indignidad. Aprendamos de Ella á conocer nuestra indignidad y á formar de nosotros el concepto que merecemos. Ella, aunque tan honrada y exaltada, no aparta la vista de su baja-za, de su nada; y por lo mismo al verse elegida para Madre de Dios, se declara esclava suya; al verse preferida á todas las criaturas, se cree la mas indigna de todas; y al verse exaltada á la dignidad mas grande á que Dios puede elevar á una pura criatura, se tiene por la última de la casa del Señor. ¡Oh incomparable humildad de Maria! Con mucha razon, dice San Bernardo, ha llegado á ser la primera entre todas, porque siendo, como era ya, la primera, se reputó la infima de todas: *merito facta est novissima prima, quæ cum prima esset, omnium se novissimam fecit.* (Serm. sup. sig. mag.)

La humildad hacia que ocultase los grandes favores que de Dios habia recibido. Un hombre vano y soberbio, si posee alguna cualidad excelente, nada desea tanto como que sea de todos conocida, para ganarse la consideracion de los demás. Los escribas y fariseos hacian largos y rigurosos ayunos,

por lo que se veian sus rostros pálidos y flacos; pero gustaban de parecer tales para que se les tuviese por hombres penitentes y mortificados: *exterminant enim, dice el sagrado Evangelio, facies suas, ut appareant hominibus jejunantes.* (Math. 6, 16.). Hacian largas oraciones, pero en presencia del pueblo: se dejaban ver en las sinagogas y en los ángulos de las plazas ocupados en la contemplacion, para que se les tuviese por hombres de oracion, por hombres santos. Hacian limosna, pero tocando la trompeta; es decir en las sinagogas y en las calles, á fin de que todos supiesen que eran hombres muy caritativos, y por lo mismo fuesen objeto de las alabanzas de todo el pueblo. De un modo semejante proceden los hombres vanos y soberbios. Hacen ostentacion de sus buenas acciones, de sus bellas cualidades, con el fin de ser por ellos honrados y estimados.

No lo hizo así la humildísima Virgen Maria. Habia sido exaltada á la suprema dignidad de Madre de Dios, llevaba en su purísimo seno al Verbo encarnado; pero ocultaba en el mas profundo silencio el gran misterio que en Ella se habia obrado, no lo manifestaba á nadie, ni siquiera á su purísimo esposo S. José, aunque tenia poderosos motivos para descubrirselo. El estaba triste y pensativo al verla embarazada, y no sabiendo el misterio que en Maria se habia obrado, ni pudiendo sospechar de su honestidad, se hallaba muy confuso y pensaba abandonarla retirándose de Ella ocultamente: *voluit occulte dimittere eam,* (Math. 1, 19.) y la habria abandonado efectivamente, si un ángel no se le hubiese revelado el gran misterio. Maria sabia todo esto; y sin embargo no le descubrió el prodigio que Dios habia obrado en Ella para no manifestar la excelsa dignidad de Madre de Dios á que ha-

bia sido exaltada. ¡Cuán arraigada tenia en su corazon el deseo de ocultar sus cualidades á los ojos de las criaturas, á fin de que solo Dios recibiese por ellas toda la gloria!

No, Maria jamás quiso la gloria que á solo Dios era debida; de aqui es que al oír las alabanzas que le daba Sta. Elisabet por las maravillas que Dios habia obrado en Ella, abismada en la consideracion de su nada, á Dios dirige las alabanzas, á Dios atribuye toda la honra y gloria: *magnificat anima mea Dominum*, (Luc. 1, 45.), responde inmediatamente, queriendo decir: Elisabet, tu haces de mí un elogio magnífico, tu ensalzas las prendas con que Dios me ha enriquecido; pero estas, en vista de mi nada, me hacen conocer mas claramente y estimar la infinita grandeza de mi Señor, á quien se le debe todo el honor y la gloria por lo que en mí ha obrado. Tu quedas admirada de que yo haya venido á visitarte; y yo admiro la infinita bondad de Dios que tanto me ha exaltado, y en el cual se llena de júbilo mi espíritu. Tu me alabas y me llamas bienaventurada, porque he creído; y yo alabo y bendigo de todo mi corazon á Dios que se ha dignado poner los ojos en mi humildad y bajeza, por lo que me llamarán bienaventurada todas las generaciones: *quia respexit humilitatem ancillæ suæ; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. (Ibid.)

Hé aquí lo que hace un alma verdaderamente humilde: no se complace en los dones recibidos de Dios como si los tuviese de sí misma, ó como si los hubiese merecido, ni busca con ocasion de ellos ser alabada; sino que recordando su nada, á Dios dirige todas las alabanzas, á Dios, de quien procede todo bien, la honra y la gloria.

Si causa admiracion á Elisabet, dice S. Bernar-

do, el verse visitada Je Maria, siendo ya Madre de Dios, mayor debe ser su admiracion al ver que la Virgen se movió á visitarla no para ser honrada, sino para ser servida; sino para hacer lo que es propio de una criada: *venisse Mariam*, dice el Santo Doctor, *mirabatur Elisabeth; sed magis miretur, quod ipsa non ministrari venerit, sed ministrare*. Y verdaderamente, ¿qué estupor no debia causarle el ver á la Madre del Monarca supremo del universo, á la Primogénita de Dios, á la Esposa del Espíritu Santo, tan pronta en ayudarla y servirla, tan solícita en desempeñar los quehaceres domésticos y los mas humildes oficios, como sino fuese mas que una pobre criada? Asi es como se porta el que no se olvida jamás de su bajeza y tiene formado de sí mismo muy humilde concepto.

Y nosotros, católicos, que no solo somos nada, sino infinitamente menos que nada por los muchos y graves pecados que hemos cometido, no sabemos abatir nuestro orgullo, y nos avergonzamos de humillarnos un poco con nuestro prójimo. Llenos de vana estimacion de nosotros mismos buscamos siempre ser conocidos y estimados. Fijemos las miradas en Maria que, exaltada sobre todas las criaturas á la dignidad de Reina del universo y Madre del Hombre Dios, con todo fué siempre humildísima y jamás reusó servir á su prójimo aun en los mas viles oficios; y aprendamos de Ella á ser humildes.

En efecto, cristianos, si deseamos gozar de su proteccion, si queremos que nos conozca por devotos suyos, imitémosla especialmente en su humildad. Ella llama á sí, no á los soberbios que son grandes en su concepto, no á aquellos que evitan toda accion humilde y desean ser conocidos y estimados; sino á aquellos que tienen formados de sí mismos bajo concepto, á aquellos que son humildes

y pequeños á sus ojos: *Si quis est parvulus, veniat ad me*, dice en los Proverbios. Estos son los que ella ama, los que protege, los que reconoce por devotos suyos; por donde si deseamos que nos reconozca por tales, imitémosla en su humildad, seamos pequeños á nuestros ojos, tengámonos por lo que somos, no dudemos abrazar las humilaciones, y obtendremos seguramente nuestro intento.

V.

VIRGINIDAD DE MARIA SANTÍSIMA.

La pureza virginal es un tesoro tan precioso, tan excelente que no hay cosa que lo iguale: *omnis ponderatio non est digna continentis animæ* (Ecel. 26. 20), de modo que, si por una parte se pusiesen todas las reinas del mundo con todos sus adornos y con todos sus tesoros; y por otra se pusiese una sola persona, virgen de alma y cuerpo, aquellas ni tendrían punto de comparación con esta. La virginidad hace á las personas semejantes á los ángeles, esposas de Jesucristo y santuario del Espíritu Santo que los colma de sus divinos favores.

Una virtud tan preciosa, tan excelente, no era estimada en la nación hebrea, antes bien era despreciada y aborrecida como una infamia y un oprobio. La hija de Jetté, debiendo ser sacrificada á Dios por mano de su propio padre y sufrir una muerte violenta y cruel, de ninguna otra cosa se lamentaba sino de morir en el estado de virginidad. No se quejaba por haber de abandonar el mundo en la edad juvenil, ni deploraba el tener que sufrir una muerte violenta y cruel; solo la afligía el deber morir en el estado de virgen, lo que Ella

reputaba un grande oprobio; de aquí es que para desahogar su dolor pidió y obtuvo de su padre la dilación de dos meses para poder llorar su desventura en la soledad de los montes. (Jud. 11, 37.) ¡Cuánta ceguedad reinaba en aquellos tiempos!

Maria supo conocer el precio de la virginidad, supo estimar cual se merecía á esta virtud: Ella fué la primera de las mujeres que la consagró á Dios del modo mas perfecto, es decir, con voto perpetuo: *prima omnium fœminarum*, dice S. Ildefonso, *Deo virginitatem obtulit*. (Ser. 3, de Ass. V.), Maria fué quien levantó á la virginidad del estado de desprecio en que se encontraba entre los hebreos, y la hizo tan apreciable y gloriosa, que, movidas de su ejemplo, un sin número de doncellas consagraron á Dios su virginidad, como lo habia anunciado el Real Profeta: *adducentur Regi virgines post eam*. (Psalm. 44, 13.) De esta hermosa cualidad de Maria os hablaré esta tarde, y veremos cuan admirable es la pureza virginal de Maria para excitarnos no solo á honrarla, sino tambien, cuanto nos sea posible, á imitarla.

La Iglesia santa dá á Maria el título de Virgen de las vírgenes: *Virgo virginum*, y la llama así no solo porque con su ejemplo movió á las demás á ofrecer su virginidad en sacrificio á Dios, sino tambien porque la virginidad de Maria es mucho mas pura y excelente que la de todas las demás. Nuestro divino Redentor se llama en el Apocalipsis Rey de reyes y Señor de señores: *Rex regum et Dominus dominantium*, (19, 6), porque es un Rey tan grande, tan excelso que los demás reyes comparados con El no son reyes sino simples vasallos. Es Señor de todos los señores, porque estos delante de El no son sino criados ó esclavos. Del mismo modo Maria se llama Virgen de las vírgenes, porque,

puestas en parangon con Ella las demás vírgenes, casi no pueden llamarse tales.

Con efecto, las otras vírgenes concebidas y nacidas en pecado, conservan siempre en su interior la concupiscencia que, no estinguida con el bautismo, se enciende con frecuencia y pone en peligro á la virginidad. Los objetos externos, las ocasiones, el demonio la hacen una guerra continua, por lo que muchas veces está en inminente peligro de ser manchada ó de perderse sin remedio: y si se mantiene pura, no está, sin embargo, siempre en paz. La sola virginidad de Maria se conservó siempre purísima, siempre segura, siempre pacífica, como si Maria hubiese carecido de cuerpo: porque habiendo sido exenta del pecado original, fué también libre de la concupiscencia que en todos los hijos de Adan despide siempre algunas centellas, aunque no produzcan siempre un incendio devastador.

Añádase á esto que la belleza corporal echa con frecuencia centellas de fuego impuro en los incautos que se detienen á mirarla: y por esto, dice Dionisio Cartujano, todas las otras vírgenes fueron espigas para sí mismas por la ley de los sentidos, que las es inseparable, ó bien para los otros que incautamente se detuvieron á mirarlas: *omnes alie virgines spinæ fuerunt vel sibi, vel aliis*: pero Maria, *nec sibi, nec aliis*. Ella era ciertamente hermosísima: *pulcherrima inter mulieres*, (cant. 17.), era un prodigio de hermosura; con todo jamás excitó en los que la miraron pensamiento alguno impuro, deseo alguno menos honesto: *quamtumvis pulchra in corpore*, dice Sto. Tomás, *a nullo tamen concupisci potuit*. (Sent. 4, dist 2, q. v. 1.) Antes su belleza era tal, dice el expresado Sto. Doctor, que en todos aquellos que la miraban, excitaba pensamientos pu-

ros, afectos santos y amor á la santidad: *pulchritudo Beatæ Virginis intuentes ad castitatem excitabat*.

En efecto, si el solo pensar en Maria, si la sola vista de sus imágenes ó la invocacion de su santo nombre basta para disipar los pensamientos impuros y apagar los ardores de la concupiscencia, como nos lo enseña la esperiencia, ¿qué haria la vista de su persona que era el santuario de la Divinidad? La gracia de la virginidad, dice S. Ambrosio, era tan abundante en Maria, que no solo la llenaba de belleza, de pureza y sanlidad; sino que conferia también el don de la castidad á todos los que tenían la dicha de mirarla. Con mucha razon, pues, la Sta. Iglesia dá á Maria el hermoso título de Virgen de las vírgenes, porque aun cuando sea grande la pureza y la castidad de las otras vírgenes, sin embargo, comparadas con Maria, desaparecen su pureza y su castidad, como desaparece y queda ofuscada la luz de las estrellas delante del sol.

Maria es llamada Virgen por excelencia, porque fué tanto su amor á la virginidad, que para conservar la estaba dispuesta á renunciar hasta la excelsa dignidad de Madre de Dios, como se desprende de las palabras que dijo el ángel cuando le notificó que sería Madre del Hijo de Dios: *malebat*, dice San Anselmo, *se esse Virginem, quam Matrem Dei*. ¡Oh admirable virginidad de Maria! ¿Quién podrá formar un concepto adecuado de tu excelencia? La dignidad de Madre de Dios tiene algo de infinito, la eleva sobre todos los coros de ángeles é importa un parentesco íntimo con Dios, y Maria, sin embargo, prefiere á aquella su virginidad. *Malebat se esse virginem quam Matrem Dei*. ¡Oh admirable virginidad de Maria capaz de llenar de estupor á todos los hombres y aun á los mismos ángeles! ¿Qué otra virginidad puede con esta compararse?

Poco es decir que Maria es la Virgen por excelencia, ó la Virgen de las vírgenes, puesto que á todas las ventaja incomparablemente en esta virtud; sino que debe decirse además que supera sin comparacion la pureza de los mismos ángeles.

Los ángeles son realmente todos vírgenes, mas lo son por naturaleza; Maria es vírgen por gracia, y por esto siendo sobrenatural su virginidad, es tanto mas excelente que la de los ángeles, cuanto el orden sobrenatural aventaja al orden natural. Los ángeles están exentos de la menor mancha de impureza, mas esta es una propiedad de su naturaleza, y por lo mismo sin ningun mérito; pero Maria habiendo hecho voto de virginidad, se halla en un estado mas puro todavía, voluntaria y libremente, y por lo mismo con un mérito extraordinario. Los ángeles no sienten la menor inclinacion á la impureza, porque son puros espíritus, y no es de extrañar que no tengan apetitos carnales, careciendo de cuerpo; pero Maria teniendo un cuerpo compuesto de carne humana, no sintió jamás, al igual que los ángeles, inclinacion alguna á los placeres impuros por un prodigio de la gracia que la tenia elevada sobre su condicion, y por lo mismo ¿quién no vé cuanto excede y aventaja á la de los ángeles la virginidad de Maria?

Mas ¿porqué comparamos la virginidad de Maria con la de las criaturas, siendo aquella una copia perfectísima de la del mismo Dios? El Padre eterno es virgen, y es en tal grado pura su virginidad, que es la misma pureza, y es de tal manera fecunda que produce una persona infinita, su divino Hijo, en todo igual y semejante al Padre. Maria es tambien virgen, y su virginidad es tan pura que la Iglesia santa la llama virgen por excelencia, y aun la dá un título mas hermoso llamándola la

misma virginidad: *Sancta et immaculata virginitas*; y es tan fecunda que ha engendrado á su divino Hijo, que es Dios y hombre verdadero. ¿Quién puede, pues, comprender el grado de pureza á que llegó la virginidad de Maria, siendo una copia excelente de la virginidad del Padre eterno? ¿Quién osará compararla con la de las criaturas, habiéndola hecho digna de engendrar al Verbo humanado que en cuanto Dios es la virginidad por esencia?

No obstante, aunque Maria fué tan pura, y su virginidad exenta de la rebelion de los sentidos y libre de la guerra que á la pureza hacen los otros enemigos del alma; con todo puso siempre para guardarla la mayor solicitud y diligencia, puesto que en tiempo de su vida ayunó siempre, dice San Gregorio de Tours: *Nulla tempore Maria non jejunavit*. Ella estaba siempre unida con Dios, su oracion era continua, y jamás apartaba de Dios la mente ni el corazon. Amaba el retiro, era modesta en el mirar, compuesta en el trato, circunspecta en las palabras y muy diligente en huir de las ocasiones peligrosas: era, en una palabra, sumamente solícita en guardar el tesoro de la virginidad.

Nosotros, católicos, demasiado por cierto experimentamos la rebelion de los sentidos, y el mundo, el demonio, nuestras pasiones nos hacen una guerra incesante para privarnos del tesoro precioso de la santa pureza; y, sin embargo, no cuidamos de imitar á Maria mortificando nuestra carne y teniéndola sujeta al espíritu. Somos tan frágiles que casi debiéramos llamarnos la misma debilidad; y por lo mismo debemos recurrir á Dios frecuentemente con humildes y fervorosas plegarias, á fin de que sostenga nuestra fragilidad para que no sucumbamos en la guerra que nos hacen los sentidos. Debemos tambien ser modestos en el mirar, en las palabras,

en el trato, y huir de las ocasiones peligrosas, como con su ejemplo nos lo ha enseñado María, de otra suerte serian inevitables las caídas, segun nos lo asegura el Espíritu Santo diciendo: *Qui amat periculum, in illo peribit.* (Eccle. 3, 27).

Si procuramos imitar á la Virgen Santísima, especialmente en la humildad y en la pureza, la interesaremos á favor nuestro, nos acogerá bajo el manto de su proteccion, nos asistirá en el tiempo de nuestra vida y en la hora de la muerte, y no nos dejará hasta conducirnos al paraiso de la gloria, donde gozaremos en su compañía de la eterna felicidad.

DIA VI.

SANTIDAD DE MARIA.

Una de las cualidades que hacen mas digna de amor y obsequio á la criatura racional, es sin duda la santidad, que la une intimamente con Dios que es el santo por esencia, y la hace amiga y familiar del Criador del Universo que en ella encuentra sus delicias. La santidad da asimismo al alma cierto esplendor que excita hácia ella la estimacion y la veneracion de los hombres, los cuales esperan por su intercesion obtener de Dios las gracias y auxilios convenientes. De aqui es que apenas se vé resplandecer en el hombre algun rayo de santidad, todos forman de él un concepto elevado, todos procuran honrarlo y darle pruebas sinceras de su devocion y amor.

Siendo esto asi, ¿quién, despues de Dios, es mas digno de nuestra estimacion, de nuestro amor y de nuestros obsequios que María que es mas

santa que todos los santos y un prodigio inefable de santidad? Ella desde el primer instante de su Concepcion immaculada tuvo un tesoro de gracia mayor que el de todos los ángeles y santos del cielo, obró siempre, si me es lícito espresarme así, con toda la intensidad del hábito de la caridad con que estaba adornada; porque amó siempre á Dios con todo su corazon y con todas sus fuerzas; y sin embargo á cada instante aumentaba el tesoro de gracia de que estaba enriquecida. ¿Quién puede, pues, comprender cuán gran prodigio de santidad es la Virgen Santísima? No, católicos, no es para nuestro entendimiento el comprender la grandeza de su santidad. Con todo os hablaré de ella esta tarde, y si no nos es dado entender toda su grandeza, conoceremos por lo menos que María es por su santidad muy digna de nuestra estimacion, amor y veneracion, y tendremos motivos poderosísimos para imitarla.

La santidad de María es un océano cuyos límites no ha descubierto jamás ni puede descubrir ninguna inteligencia humana ni angélica, siendo, como es, proporcionada á la excelsa dignidad de Madre de Dios. No cabe duda, dice el angélico Doctor Santo Tomás, que Dios da á cada uno la gracia á la dignidad y oficio á que lo destina. (3. p. q. 27. a. 5. ad. 1. Habiendo, pues, elegido á María para ser Madre de un Dios humanado, no hay duda que la adornó de gracia y santidad tal que fuese proporcionada á su augusta dignidad. *Virgo*, dice el Santo Doctor, *fuit electa, ut esset Mater Dei: idco dubitandum non est, quin Deus per suam gratiam ad hoc idoneam reddidit.* (3. p. q. 27. a. 4.) La dignidad de Madre de Dios es por lo tanto la medida adecuada, digámoslo así, de la santidad de María. Mas ¿quién es capaz de comprender la grandeza, la excelencia, la sublimidad

de aquella dignidad inefable que da á Maria un parentesco muy cercano con Dios, la une á Dios con los vínculos mas fuertes é íntimos de la naturaleza, la aproxima mas que á cualquier otra pura criatura á los confines de la divinidad, y pertenece en cierto modo al orden de la union hipostática. *Pertinet*, dijo Suarez, *pertinet quodammodo ad ordinem unionis hypostaticæ*. En fin, la dignidad de Madre de Dios es incomprendible no ménos á los hombres que á los ángeles. Por consiguiente su santidad no podrá ser jamás comprendida por ninguna pura criatura.

No obstante, para formaros de ella alguna idea, dirigid la mirada al cielo y á los ángeles y santos que hay en él, y observadlos con atencion á todos, comenzando desde el último de los santos hasta el mas encumbrado de los serafines. Considerad cuán ricos están de dones, cuán adornados de gracia y cuánto brillan por su santidad? ¿Quién puede fijar la vista en tan grande resplandor sin quedar deslumbrado? ¿Quién puede medir su santidad y formarse una idea ajustada de sus perfecciones? ¡Ah! no, no llega á tanto nuestro entendimiento: es demasiado limitado y pobre para levantarse á tanta altura.

Sin embargo Maria los aventaja sin comparacion en la gracia, en la santidad, en el mérito, los aventaja no solo considerado cada uno en particular, sino tambien considerados todos juntos. Sí, la santidad de Maria es superior sin comparacion á la de todos los ángeles y santos; porque la santidad de estos, por grande y excelente que sea, es santidad de siervos de Dios; pero no los hace idóneos para engendrar á una persona divina. Mas la santidad de Maria la hace apta para ser Madre del Hombre-Dios, la hace capaz de dar á Dios un sér

que no tiene en su Divinidad, y de hacer visible y mortal al que es por naturaleza inmortal é invisible. Y por esto es una santidad propia de la Madre de Dios, de la gran Reina de cielo y tierra; es una santidad de un orden superior, con la cual jamás podrá compararse la santidad de los bienaventurados del cielo.

Añádese á todo esto que Maria por su divina maternidad, dice Dionisio Cartujano, tuvo con Dios la union mas íntima, mas estrecha que pueda darse despues de la union hipostática (Lib. 11 de laud. Virg.); de suerte que, dice Alberto Magno, no pudo unirse mas íntimamente con Dios sin ser Ella misma otro Dios: *Magis Deo conjungi, nisi fieret Deus, non potuit*. Mas es indudable que, quien se aproxima mas á su principio, mas participa de sus perfecciones, como se puede observar en todas las cosas naturales. En efecto, el agua es mas pura cuanto mas cercana á la fuente, la luz es mas clara cuanto mas próxima al sol, y es mas vivo é intenso el calor cuanto mas se aproxima al fuego. Si, pues, Maria tiene con Dios, que es la fuente de toda santidad, una union suma, la union mas íntima que darse pueda despues de la union hipostática, es preciso confesar que su santidad es inefable; es decir una santidad incomparablemente superior á la de todos los ángeles y santos, porque ninguno de ellos en particular, ni todos juntos están tan unidos con Dios como la Santísima Virgen.

¿Qué mas os diré? Maria tiene con la divinidad una gran semejanza y es una imagen perfectísima de la divina esencia. ¿Qué es la divina esencia? La esencia divina, enseñan los teólogos, es un manantial abundante, un principio fecundo para producir ó engendrar á una persona divina: *fecunda radix producendi divinam personam*. Y ¿no es tambien la

Virgen Maria un principio fecundo que engendra á una persona divina que es el Hombre-Dios? Así, pues ¿qué semejanza mas perfecta, qué imagen mas viva puede darse de la divina esencia que la Virgen Santísima, si de una y otra se halla del mismo modo, y ambas se pintan con los mismos colores? Ahora, pues, si es el mayor el grado de union que tiene Maria con Dios, fuente de toda santidad, si es perfectísima la semejanza que tiene con la divina esencia, debe tambien ser proporcionada á una y otra su santidad; es decir que su santidad debe ser superior á todos los ángeles y santos del cielo, é incomprendible para todo entendimiento criado, tanto angélico como humano. Una santidad, en fin, que solo Dios puede plenamente conocer y apreciar en todo su valor: *Quæ soli Deo cognoscenda relinquatur.* (D. Bern. Sen. t. 2. serm. 5).

Una persona adornada de tanta gracia, rica de tantos méritos, admirable por su elevada santidad, y que tanto se aproxima al mismo Dios, no merecerá toda nuestra estimacion, nuestro amor y nuestros obsequios? Se han visto de vez en cuando en el mundo algunos personajes en los cuales resplandecía algun rayo de santidad: qué pruebas de estimacion y amor no les dieron los fieles? Todos se creían felices si podían fijar en ellos las miradas, si podían hospedarlos en su casa, decirles alguna palabra y manifestar de algun modo su respetuosa devocion. Pueblos enteros salían á encontrar á San Vicente Ferrer, cuando iba á predicar la divina palabra de unas ciudades á otras; otros iban á recibirle en devotas procesiones, y otros extendían sus vestidos en el camino por donde habia de pasar, como lo hacían con Jesucristo los judíos, para manifestarle su amor y profunda veneracion. Á otros santos se les hicieron tambien

iguales ó parecidas demostraciones de reverencia y afecto.

Mas, ¿qué tiene que ver la santidad de tales personajes comparada con la de Maria? Hemos visto cuanto dista de poder igualarla la de todos los ángeles y santos del paraíso. Considerad, pues, á cuanta distancia quedará la de aquellas personas que viven todavía en este valle de miserias. ¿Cómo no honrar por lo tanto á Maria que es un prodigio inefable de santidad? ¡Ah católicos! jamás la podremos honrar cual debemos; y por mas que procuremos manifestarla nuestra estimacion y afecto, haremos siempre mucho menos de lo que merece.

Pero si no podemos honrarla segun merece, procuremos al ménos hacerlo del mejor modo que sepamos. Sirvámosla con fidelidad, amémosla con ardor, honrémosla con prácticas devotas, y sobre todo con la imitacion de sus virtudes. Este es el obsequio que mas le agrada, y que de un modo especial exige de nosotros. *Imitatores mei estote*, decía el Apóstol á los Filipenses. (3. 17.) Seguid mis pisadas, Filipenses, copiad en vosotros lo que veis en mí. Lo mismo nos dice Maria: *Imitatores mei estote*. Vosotros que deseais ser verdaderos devotos míos, y que os reciba bajo mi especial proteccion, sed solícitos en seguir mis pisadas, esforzaos en imitar los ejemplos de virtud y santidad que os he dejado, procurad uniros mas y mas con vuestro Dios: *Imitatores mei estote*. Esta es la veneracion, este el obsequio que de un modo especial espera de nosotros la Virgen Santísima.

Felices nosotros, si procuramos manifestarle nuestra devocion imitando cuanto nos sea posible su santidad, esto es copiando en nosotros las virtudes que en Ella brillaron. Felices nosotros, repito, porque Maria nos mirará como á sus fieles siervos,

nos alcanzará las luces, auxilios y gracias convenientes para no cejar jamás en el camino de la virtud, y nos llevará, por último, al paraíso de la gloria eterna.

DIA VII.

MARIA SANTÍSIMA MODELO DE ORACION.

Uno de los principales ejercicios en que debe ocuparse el cristiano, es ciertamente la santa oracion. Dios, no hay que dudarlo, quiere darnos las gracias y auxilios oportunos para conseguir la salvacion eterna, pero con la condicion de que recurramos humildes al trono de su misericordia. *Petite et dabitur vobis*, nos dice el divino Redentor en el sagrado Evangelio (Math. 7. 7.) Rogad, haced oracion, y conseguireis las gracias que necesitais. Asi pues el que no ora, se verá privado de tales gracias, puesto que el medio ordinario de obtenerlas es precisamente la oracion: quedará abandonado á sí mismo, á su propia debilidad, y se condenará. De aqui es que nuestro Salvador nos exhorta á velar en la oracion, á fin de que las tentaciones no nos venzan y precipiten en el infierno: *Vigilate et orate*, nos dice, *ut non intretis in tentationem*. (Math. 26. 41.) Lo mismo nos inculca el Apóstol escribiendo á los Colosenses: *Orationi instate*, (ad Col. 4, 2.) perseverad constantes en la oracion.

Mas ¿cuál es el cuidado y empeño que ponemos en practicar tales avisos? cuál es nuestra solicitud por la oracion? Dichosos nosotros si apreciásemos mucho este santo ejercicio! Ciertamente nada po-

drian contra nosotros todos los enemigos de nuestra salvacion; pero como nos duele ocuparnos en este piadoso ejercicio, y lo descuidamos muchas veces, ó no la hacemos bien; por esto nos vencen con frecuencia las tentaciones y recibimos en nuestras almas heridas mas ó menos graves. Por tanto, á fin de excitarnos á esta piadosa práctica de orar del modo debido, os propondré esta tarde á la Virgen Santísima, nuestra madre, como modelo perfectísimo de oracion, á fin de que imitándola en esta virtud tan necesaria podamos vencer siempre todas las tentaciones, y triunfar de todos nuestros enemigos.

Maria Santísima nos ha dado los mas ilustres ejemplos asi de la virtud de la oracion como de todas las demás; y, despues de su hijo Santísimo nadie mejor que ella puede servirnos de modelo en este punto; porque no cesó jamás en este santo ejercicio sino que su oracion fué continua, sin interrumpirse ni aun por poco tiempo. Desde el principio de su vida mortal, dotada como estaba por singular privilegio del uso de razon, conoció á Dios, conoció su grandeza, su bondad, su amabilidad; conoció la obligacion que tiene el hombre de servirle, honrarlo y amarlo; y se lanzó luego hacia aquel sumo é infinito Bien, y de tal modo se unió á el con el entendimiento y con el corazon, que ninguna cosa la pudo impedir el contemplarle, amarle y dirigirle fervientes súplicas. Ella, es cierto, trabajaba, se ocupaba en los quehaceres domésticos y no descuidaba los officios de caridad con el prójimo, antes era en estos muy solícita, como se desprende de lo poco que de Ella nos dejaron escrito los Evangelistas; pero esto no la impedia el tener los ojos del entendimiento siempre fijos en Dios que era el centro de su corazon y de todos sus

afectos. Ni aun el sueño, que en los otros tiene presos los sentidos y hace al alma incapaz de entender y de usar de su libertad, ni aun el sueño pudo distraer á su alma de contemplar y amar á Dios: *Ego dormio*, podia decir con toda verdad como la esposa de los cantares, *ego dormio, et cor meum vigilat* (Cant. 5. 2.) De suerte que toda su vida fué, segun se expresa Ricardo de S. Victor, un perpétuo éxtasis, una no interrumpida contemplacion: *Tota vita Mariae extasis fuit et perpetua contemplatio* (serm. annun).

Pero dirá alguno acaso: si Maria estaba siempre en un éxtasis y contemplacion continuos ¿cómo podia obrar exteriormente? ¿Cómo podia cumplir los deberes de caridad con el prójimo, cómo podia trabajar y ocuparse en los que haceres domésticos? Respondo que, no obstante la contemplacion continua y el no interrumpido éxtasis, pudo, sin embargo, ocuparse, y de hecho se ocupaba en los oficios exteriores, y los cumplía con la mayor perfeccion. Si otras santas, estando en éxtasis y ocupadas en la contemplacion, pudieron obrar perfectamente en lo exterior ¿porqué no habrá podido hacer otro tanto la Santisima Virgen? Santa Maria Magdalena de Pazzis, que, como leemos en su vida, quedaba muchas veces enajenada de los sentidos y arrebatada en éxtasis, en el cual perseveraba á veces muchos dias y noches sin interrupcion, desempeñaba, sin embargo, cumplidamente en tal estado el cargo de maestra de novicias. Instruía á sus discipulas en la oracion, en la práctica de las virtudes y en todos sus deberes; pintaba asimismo muy bien, ejecutaba primorosamente labores de bordado que exigen mucha atencion; y lo que es mas admirable, hacia dichas labores con los ojos vendados y con la puerta y ventanas cerradas

Como lo experimentaron muchas veces santas compañeras de religion.

Si pudo, pues, esta sierva de Dios, estando ocupada en la contemplacion y arrebatada en éxtasis, obrar exteriormente y con tanta perfeccion, ¿no habrá podido obrar del mismo modo la Virgen Santisima en medio de su contemplacion y éxtasis continuos, mayormente habiendo aventajado, no solo en santidad, sino tambien en los privilegios á todos los santos y santas que hay en el cielo? Si, no hay duda; Maria estuvo siempre aplicada á la contemplacion, estuvo siempre en éxtasis, y obró, sin embargo, exteriormente, y obró con la mayor perfeccion.

Ya veis, católicos, que Maria fué un modelo de oracion, que deben imitar todos, eclesiásticos y regulares, y aun los mismos seglares, porque á todos nos impone nuestro Redentor Jesús el deber de hacer oracion. Mas como es posible, direis vosotros, cómo es posible que imitemos á la Virgen en su oracion, si esta fué continua, si fué altísima, si fué un éxtasis no interrumpido? Si no podemos imitarla en la sublimidad de su contemplacion y en sus éxtasis, podemos con todo imitarla en su continua oracion. Si, en esta podemos y debemos imitarla. El Apóstol nos inculca que roguemos sin interrupcion: *Sine intermissione orate*, nos dice en su 1.^a Carta á los fieles de Tesalónica (3. 17.) Jesucristo mismo nos manda no dejar de mano este santo ejercicio: *Oportet semper orare, et non deficere*. (Luc. 18. 1.) Jesucristo nos manda hacer siempre oracion, y es cierto que no nos manda cosas imposibles: nosotros, con el auxilio de su gracia, podemos y debemos rogar siempre. No creais, empero, que para esto sea necesario tener

siempre la mente fija en Dios; no, no es este necesario, ni siquiera posible sin una gracia muy especial, que á nadie ha sido prometida; bástanos una tendencia continua hacia Dios, si puedo expresarme así, tendencia que nos lleve á huir del pecado, á practicar la virtud y á tratar de vez en cuando con su D. M. por medio de oraciones jaculatorias. Esta tendencia continua hacia Dios nos es posible, diré mejor, podemos adquirirla fácilmente por poco que lo procuremos; y podemos conservarla en todo género de ocupaciones, hasta durmiendo, porque ninguna circunstancia puede impedir que tengamos el corazón habitualmente consagrado á Dios. Si no podemos, pues, imitar á la Virgen en la excelencia de su contemplación, y en sus éxtasis continuos, imitémosla por lo menos en su oración no interrumpida. Tratemos frecuentemente con Dios; así adquiriremos la costumbre de dirigirnos hacia El, lo que nos llevará á cumplir nuestros deberes, practicar la virtud y desahogar nuestro corazón, con tantas jaculatorias. De este modo rogaremos siempre, tendremos siempre oración, como nos exhorta á practicarle el divino Redentor.

Mas la oración de Maria no fué solamente continua, sino también atenta y recogida, de suerte que ninguna cosa pudo distraerla y apartar su mente de Dios: *Nulla numquam distractio*, dice Dionisio Cartujano, *mentem Virginis a contemplationis lumine revocavit*. (De laud. Virg. l. 2. a. 8). ¿Qué es lo que distrae nuestra mente cuando hacemos oración? En primer lugar, dice S. Bernardo, los pecados cometidos: éstos son como otras tantas opacas nubes que se interponen entre Dios y nosotros, é impiden que recibamos la pura luz de la divina comunicación, por lo que mientras nuestra mente se aplica á objetos impertinentes, el corazón

queda árido, frío y sin fruto. Pero Maria estuvo siempre exenta de toda sombra de pecado; fué siempre pura de toda mancha de culpa. No, ninguna culpa, ningún defecto, ninguna imperfección, ni aun la más pequeña, pudo jamás empañar su pureza y candor. Antes bien estuvo adornada de todas las virtudes que eran como las alas con que volaba hacia su Criador, y por esto mereció ser admitida en el más íntimo retrete del divino Esposo, y pasar allí todos los días de su vida. En segundo lugar, dice San Bernardo, distraen nuestra mente las pasiones no mortificadas, porque nos inclinan al mal, nos causan mil ansiedades, mil inquietudes y angustias, por lo que nuestro corazón no está dispuesto para tratar con Dios, y unirse con El por medio de la oración. Maria tuvo siempre tranquilidad y paz en su conciencia, porque las pasiones estaban enteramente sometidas al imperio de la razón, ni sintió jamás en sí rebelión alguna de la carne, porque habiendo sido preservada por especial privilegio de la culpa original, que es su causa, no podía experimentarla. La tercera causa de nuestras distracciones, continua diciendo el Santo Doctor, es el amor y afecto desordenado á las criaturas, los cuales nos quitan el gusto de las cosas espirituales, y especialmente de la oración, son causa de mil pensamientos impertinentes, distraen nuestra mente de Dios, y nos impiden hacer bien este piadoso ejercicio. La Virgen estuvo siempre libre de tan pernicioso apego, jamás su corazón consintió afecto alguno desordenado á las criaturas. Amaba, no hay duda, y amaba ardientemente á su prójimo; pero lo amaba en Dios y por Dios, así que este amor en lugar de ocasionarle distracciones al tratar con Dios, la hacía más dispuesta para hablarle, y de aquí resultaba más fervo-

rosa su oracion. Ni eran obstáculo para su trato con Dios las ocupaciones exteriores que en nosotros, segun el citado Doctor melifluo, nos ocasionan no pocas distracciones, y acaso nos hacen olvidar enteramente de esta santa práctica, porque tienen en nuestro corazon un lugar preferente; de suerte que casi no quedamos libres para elevar nuestro entendimiento á la consideracion de Dios y de las cosas espirituales. Pero Maria, como ya he dicho, obraba exteriormente, se ocupaba en los quehaceres domésticos, cumplía los deberes de caridad para con el prójimo; mas estas ocupaciones no impedían que su atencion estuviese fija en Dios, porque en ellas se portaba como los ángeles, en los ministerios que Dios les confia, cuya contemplacion no es impedida por el desempeño de tales ministerios. Ninguna cosa, pues, pudo estorbar que Maria tuviese su entendimiento ocupado en Dios, ninguna cosa pudo ocasionarle la menor distraccion; y por esto su oracion fué siempre no solamente continua, sí que tambien atenta y recogida.

En Maria, pues, tenemos, católicos, un modelo de oracion, modelo perfectísimo, modelo que debemos imitar con todo esmero, siendo ejemplo de nuestra Madre, y tratándose de una cosa tan necesaria para nuestra salvacion. Quitemos, pues, todas las causas que nos apartan de la oracion y nos impiden hacerla cual conviene. Quitemos el pecado detestándolo sinceramente, y procuremos y esforcémonos siempre por huir de él: mortifiquemos nuestras pasiones y tengámoslas sujetas á la razon, conservemos nuestro corazon libre de todo afecto desordenado á las criaturas, y ocupémonos en las cosas exteriores de tal suerte que nuestro corazon quede libre para tratar con Dios. Así las distracciones que nos ocasionarán los demonios no podrán

impedir que nuestra oracion sea conforme al modelo de la de Maria, y, en cuanto nos es posible, continua, atenta y recogida.

DIA VIII.

HERMOSURA DE MARIA.

La hermosura es una cualidad que hace amable al que la posee, de suerte que no necesita artificio alguno para arrebatarse los corazones, y hacerse amar. Basta que se muestre á la vista de los demás para atraerse las miradas, los corazones y el afecto de todos. Así vemos que Judit se presenta delante de Holofernes, y este, apenas la ha visto, *captus est in suis oculis* (Judith, 10.), quedó admirado y preso de su hermosura. Llegó Ester á la presencia de Asuero, y habiendo éste fijado la vista en la belleza de aquella jóven, *adamavit eam* (Est. 2. 17.), sintió su corazon abrasado de amor. Lo mismo podríamos decir de otras mujeres que, como refiere la sagrada Escritura, arrebatában con su hermosura el corazon y los afectos de los que fijaban en ellas sus miradas.

¿Quién aventajó jamás en hermosura y belleza á Maria, cuyas gracias arrebataron el corazon del mismo Dios? *Quam pulchra es*, exclama como admirado, *quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es!* (Cant. 3. 1). Ella fué no solo hermosísima en el alma, sino que tuvo tambien la mayor belleza corporal; de suerte que ninguna pura criatura ha llegado á igualar en hermosura á Maria. *Deipara*, dice Alberto Magno, *habuit summum in pulchritudine quod potest esse in corpore, natura operante.*

(Apud Bern. Bust.) Para moveros, pues, á amarla, os hablaré esta tarde de su admirable hermosura, confiando que así la consagraremos mas fácilmente nuestros afectos y corazones.

Para comprender que cosa es la belleza, conviene que levantemos nuestra vista, y fijemos nuestro entendimiento en Dios. En él descubrimos una belleza infinita cuya contemplacion arrebatada de tal modo al entendimiento del Padre Eterno, que forma una imágen perfecta, que es su Hijo unigénito á quien la Escritura llama *Esplendor de la gloria del Padre*. Esta es la belleza en su principio; pero, como infinita, es tambien incomprendible para nosotros. Porque ¿quién puede comprender lo infinito? Nuestro entendimiento llega á conocer que existe, y que no tiene imperfeccion alguna, ni límites; no puede empero conocer lo que es en sí mismo. Por lo tanto, ¿qué ha hecho Dios para que su belleza no nos sea del todo desconocida? Ha esparcido una infinidad de rayos de su hermosura en las criaturas, las cuales excitan así nuestra admiracion, y arrebatan y atraen nuestros corazones y afectos; y el que mas participa de esta infinita y esencial belleza, mas enamora nuestros corazones y atrae nuestros afectos.

Esto supuesto, ¿quién no ve que la Virgen Santísima es ella sola mas bella que todas las criaturas juntas? ¿A qué otra criatura se ha comunicado mas perfectamente que á Maria la infinita belleza de Dios, que es el Verbo encarnado? ¿Qué otra criatura ha sido favorecida como Maria con una estrecha é íntima union, y en qué otra ha grabado Dios tan profundamente los caracteres de su semejanza? No, á ninguna ni á todas juntas no se ha comunicado la infinita y eterna belleza tanto como á Maria. Ella fué preferida á todas por el Verbo Eterno, ella

fué elegida por él para ser su Madre, ella le llevó nueve meses en su purísimo seno y le alimentó con su purísima leche. ¿Quién puede, pues comprender de cuan gran belleza está adornada, habiendole arrebatado el corazon del mismo Unigénito de Dios que quiso ser su propio Hijo? Si no le comunicó la belleza esencial, que solo á Dios conviene, le comunicó la suficiente para ser Madre dignísima suya.

¿Y á quién amaremos, hermanos, sino amamos á este prodigio de hermosura? ¿Qué objeto hay mas digno de nuestro amor y de nuestros afectos, exceptuando á Dios, que la Virgen Santísima? ¡Ah! Cuán miserables somos si nos dejamos deslumbrar por una luz amortiguada, si ponemos nuestro corazon en alguna belleza caduca y perecedera, y despues de esto nos mostramos indiferentes hácia Maria, que despues de Dios es la mas graciosa y mas bella de todas las criaturas.

Mas no creais que la belleza de Maria se limitase á lo interior de su corazon y espíritu; no, hermanos, se extendia tambien al exterior ó al cuerpo. Á un alma tan bella se debia una habitacion proporcionada, y por lo mismo si bella era sobre toda ponderacion el alma de Maria, bellissimo era y sobre manera hermoso su cuerpo. La belleza corporal de las otras criaturas, por grande y perfecta que sea, vá siempre unida con muchos defectos, é imperfecciones naturales, por lo que si por una parte son amables, por otra son desagradables y repulsivas.

No es así, sin embargo, la belleza de la Virgen. Es perfectísima en su género, porque siempre fué libre y exenta de todo defecto é imperfeccion que pudiese en alguna manera hacerla menos amable. Maria no estuvo sujeta á calenturas, dolores corporales ni otras enfermedades; porque Dios dotó

de una complexion perfectísima al cuerpo de Maria del cual debia tomar carne Jesucristo y en cuyo seno debia habitar por espacio de nueve meses.

Además, no solo era conveniente que el cuerpo de Maria estuviese exento de todo defecto é imperfeccion, sino que convenia que tuviese la mayor belleza, como dice el Beato Alberto Magno. La belleza corporal, según S. Agustin, es una conveniencia de parte con una proporcionada suavidad de colores. Y ¿quién puede negar al cuerpo purísimo de Maria una admirable proporcion de partes, y un admirable conjunto de suavidad y dulzura, de majestad y modestia, de lo que resultaba una belleza mas que humana y casi divina? Dios cuya sabiduria es infinita, y que puede todo lo que quiere, al formar el cuerpo de Maria, se edificó una habitacion para sí: *Sapientia edificavit sibi domum*; la fabricó para habitarla él mismo, la fabricó para ser la habitacion de sus delicias, en la cual debia desposarse con la naturaleza humana. ¿Quién podrá, pues, poner en duda que la formó con bello orden, con admirable disposicion de partes y con los colores proporcionados al fin para que la formaba? Quien de esto dudase, vendria á dudar tambien de la infinita sabiduria, poder y bondad de Dios.

La Trinidad beatísima adornó el cuerpo santísimo de Maria con aquella belleza, aquella gracia y majestad que sabia eran convenientes á una digna madre del Verbo Eterno, es decir que hizo de él un prodigio inefable de hermosura. De ella el Espíritu Santo dió algunos símbolos al pueblo hebreo, á fin de que conociese por lo menos en figura cuan hermosa debia ser aquella que estaba destinada para madre del Redentor del mundo. La sagrada Escritura nos hace mencion de algunas mujeres hermosísimas que fueron figuras de Maria.

De Ester se dice que fué sobremanera agradecida, que era de una manera increíble y que era amable á los ojos de todos. (Est. 2, 13). De Rebeca nos dice el Espíritu Santo que era una doncella sumamente agradecida y hermosa. (Gen. 24, 16). De Judit, figura tambien de Maria, se lee que era de bellissimo rostro y que á los ojos de todos parecia de una gracia incomparable. (Jud. 10, 4.)

Ahora bien si tan hermosas eran las figuras ¿qué tal será aquella á quien figuraban? Si las imágenes fueron adornadas de tanta gracia y hermosura ¿quién es capaz de esperar la hermosura y gracia de Maria? Las Ester, las Judit y las Rebecas pueden llamarse feas mas bien que hermosas comparadas con la Virgen Santísima. Ella, sí, ella tiene todas las perfecciones y gracias de la belleza que la hacen amable al cielo y á la tierra, porque de su hermosa alma, santuario de la Divinidad y trono de la increada y eterna belleza; se difunden en todo su cuerpo tales rayos de belleza, tales resplandores de majestad y tanta gracia, suavidad y dulzura, que la hacen muy semejante con la belleza increada.

San Dionisio Areopagita que la vió cuando vivia en carne mortal, escribiendo al Apóstol, confiesa que era tanta la majestad de su rostro, tanto el resplandor de sus ojos, tanta la dulzura y gracia de todo su cuerpo, que á no saber por las sagradas escrituras, que Ella no era un Dios, la habria tenido por verdadero Dios, y como á Dios la habria adorado. *Testor Deum*, dice, *Testor Deum, qui aderat in Virgine*: Pongo por testigo á Dios que residia en el corazon de Maria como en su trono, que *nisi me divina docuissent eloquia, Hanc verum Deum credidi sem*. Si las divinas escrituras no me hubiesen enseñado otra cosa, yo la habria tenido

por el verdadero Dios, y como á tal la habria adorado: porque, continua diciendo, fué tanto el consuelo y felicidad que sentí con solo mirarla que jamás habria creído que en el cielo pudiese darse mayor felicidad que la que experimenté al fijar en Ella la vista: *quia nulla major videri posset gloria beatorum, quam felicitas illa, quam tunc degustavi.*

Despues de haber oido á un testigo de vista, y testigo tan autorizado como S. Dionisio, ¿quién podrá negar que Maria es una imágen de la belleza increada, y que no merecen el nombre de hermosas Ester, Rebeca, Judit ni mujer alguna de las celebradas por su hermosura en la sagrada Escritura, comparadas con la Virgen Santísima?

Ni los hombres ni los ángeles pueden expresar cuan grande es la belleza de Maria. Ella es la que despues de Dios y de su divino Hijo forma la mayor felicidad de los bienaventurados, Ella la que arrebató los corazones de toda la corte celestial. Belleza pura, belleza casta; belleza que atrae hácia sí los ojos, pero impone veneracion; deleita, pero excita el respeto y la reverencia; enciende en amor á Ella, pero al mismo tiempo enciende en amor de Dios; belleza que á todos inspira castidad, modestia y pureza, purifica la vista, ilustra el entendimiento y santifica el corazon. Toda imágen menos pura, todo pensamiento menos casto, al recuerdo de Maria, se desvanece como la niebla á los rayos del sol.

Heos, aquí, pues, católicos, un objeto digno, dignísimo de vuestro amor. En él podeis emplear los afectos de vuestro corazon sin temor de excederos: cuanto mas le amais, mas agradareis á Dios y mejorareis vuestras costumbres. Fijad, pues, con frecuencia vuestros pensamientos en Maria, considerad con atencion su belleza, dulzura y gracia; pero de un modo especial, cuando el demonio ó el

mundo quieren atraer vuestro corazon presentandoos bellezas profanas, entonces dirigid vuestros pensamientos á Maria, y tened por cierto que al recuerdo de su incomparable belleza, todas las bellezas criadas os parecerán abominable deformidad.

DIA IX.

MARIA ES LA CRIATURA MAS AMADA DE DIOS.

Los hombres se engañan con mucha frecuencia cuando aman. Asi como al juzgar de las cosas se regulan muchas veces mas por los sentidos que por la razon, asi tambien emplean muchas veces sus afectos en objetos dignos, no de amor, sino de desprecio y odio. No puede decirse lo mismo de nuestro Dios. Su infinita sabiduria se extiende á todo y conoce todas las cosas cuales son en realidad y así como no puede engañarse al juzgar y conocer, así tampoco puede engañarse al amar.

Si os probare, pues, esta tarde que Maria entre todas las criaturas es la mas amada de Dios, nos será preciso inferir que debe ser tambien la mas amada de nosotros. Esto es cabalmente lo que intentó probaros esta tarde. Maria entre todas las criaturas es la mas amada de Dios, y por lo mismo debe ser amada de nosotros mas que todas las otras.

El amor que Dios tiene á sus criaturas es muy diferente del nuestro. Nosotros no nos movemos á amar á las criaturas sino por alguna cualidad ó prerogativa, verdadera ó aparente que en ellas descubrimos. Dios, empero, no se mueve á amarlas por cualidades que en ellas descubra, sino, dice

Santo Tomas por el bien que en ellas produce: *Amor Dei*, dice el Santo Doctor, *est infundens et creans bonitatem in rebus*; de modo que á aquellas criaturas manifiesta mayor amor, y le son mas queridas á las que comunica mayores y mas excelentes bienes.

Ahora bien, suponed que todos los dones, prerogativas y gracias, que hay distribuidas entre todas las criaturas, Dios las ha conferido á una sola. Suponed así mismo que éstos dones y gracias se multiplican por ciento ó por mil, y que todas se hallan reunidas en esta sola criatura. ¡Oh cuán apreciable seria, cuán excelente, cuán admirable! Con todo no fuera todavía tan amada de Dios como la Virgen Santísima: y entre el amor que la profesa y el que profesaria á dicha criatura, mediaría una infinita distancia, porque todos los dones y gracias conferidos á esta última no serian comparables con la sola maternidad divina de Maria. Cualesquiera dones que se han conferido ó pueden conferirse por Dios á las criaturas, pueden recibir aumento y ser mas preciosos y perfectos: no cabe decirse lo mismo de la divina maternidad, porque ni el mismo Dios puede hacerla mas grande, ni mas perfecta, ni mas preciosa, como no puede darse un Dios mas grande, mas perfecto ni mas digno que el divino Redentor. Esta prerogativa es la que elevando á Maria sobre todos los seres criados *finis Divinitatis propinquius attingit*, la levanta en cierto modo al orden de la union hipostática por la íntima relacion que tiene en la divinidad: *Dignitas matris Dei*, dice Suarez, *pertinet quodam modo ad ordinem unionis hypostaticæ, illum enim intrinsece respicit*. Esta es, finalmente, dice S. Buenaventura, aquella prerogativa que en alguna manera limita la omnipotencia divina: *esse mater Dei*, dice el San-

to Doctor, *est gratia maxima puræ creaturæ conferibilis... ipsa est, qua majorem facere non potest Deus*, (in Spec. B. M. V. cap. 10.)

Si, pues, el amor que Dios tiene á las criaturas se manifiesta con los dones y gracias que les concede, ¿quién podrá negar que amó mas á la Virgen Santísima que á todos los ángeles y santos juntos? Las gracias y dones conferidos por la bondad divina á los ángeles y santos hacen á unos y otros siervos de Dios; pero la divina maternidad constituye á Maria verdadera madre de Dios. Aquellos son súbditos obedientes del monarca supremo del universo; pero Maria es, por voluntad de este mismo monarca, reina soberana de todo el universo. Así pues Dios ama á Maria tanto mas que á los ángeles y santos, cuanto que una madre es mas digna que los criados y una reina es superior en poder á sus vasallos.

A mas de esto en los santos se halló alguna vez algun defecto, alguna mancha por la cual no eran enteramente dignos de ser amados de Dios. En los mismos ángeles, espíritus purísimos y espejos clarísimos de la divinidad, *mundissima divinitatis specula*, como los llama S. Dionisio, halló algo digno de reprobacion la vista penetrante del Criador, *in angelis suis reperit pravitatem*. (Job. 4, 10.) Mas no puede afirmarse lo mismo de Maria. Ella amó siempre á Dios con toda la intensidad del hábito de la caridad, la amó con todas sus fuerzas, y con todo su corazon. Nunca fué afeada su alma con ninguna culpa, ni con el mas leve defecto; nunca descubrió Dios en ella la menor mancha que empañase su pureza, ó entibiase en algun modo el amor que la tenia: no, ni un átomo de aquel polvo de que nadie está exento se halló en aquella alma mas limpia y tersa que un cristal. Ella fué un sol brillantísimo

sin eclipses, y una luna hermosísima sin manchas: y por lo mismo ¿qué tiene de extraño que entre todas las puras criaturas sea el objeto predilecto de las divinas complacencias, y que Dios la ame mas que á todos los ángeles y santos juntos, como asegura el doctísimo P. Suarez? *Plus amat solam Virginem, quam reliquos sanctos omnes.*

Y no solo fué la Virgen Santísima mas amada de Dios porque fué siempre libre de toda mancha, sino tambien porque estuvo adornada de todas las virtudes que la hicieron amabilísima á los ojos de Dios; virtudes ejercitadas por Ella con solicitud constante, virtudes practicadas en toda circunstancia de lugar, tiempo y ocasion; virtudes, en fin, poseidas en sumo grado.

No cabe duda que los ángeles y santos fueron excelentes en la práctica de las virtudes; pero ninguno de ellos puede compararse con Maria, puesto que media entre el mérito de la Virgen y el de cualquiera de ellos una distancia casi infinita. La grandeza del mérito, dice el Doctor angélico, depende de la grandeza de la gracia y de la excelencia de la obra practicada: *Quantitas meriti ex duobus pensatur: uno modo ex radice charitatis, alio modo ex claritate operis.* Quanto mayor es la gracia de que está adornada el alma, tanto es mas grande el mérito que de ella se deriva; y quanto mas excelente es la obra que produce, tanto mayor y mas excelente es el mérito que de ella resulta.

Decid ahora, si de tanto sois capaces, la grandeza de una y otra en Maria. Ella es madre, y madre verdadera de Dios; por lo que, además de la gracia habitual que la hace idonea para tal dignidad, está adornada de la divina maternidad que es la gracia mayor y mas excelente que de Dios podía recibir, gracia que en cierto modo podía llamar-

se infinita. La obra que Ella ha producido es el Hombre-Dios, nuestro divino Redentor Jesus, ó sea una persona infinita y divina.

¡Considerad, pues, si el mérito de los ángeles y santos puede parangonarse con el de Maria! Con cuánta razon afirmó aquel gran devoto de Maria, S. Bernardino de Sena, que mereció mas la Virgen santa con solo el consentimiento dado á la divina maternidad que todos los ángeles y santos juntos en todo el curso de su vida: *Plus meruit, dice, Beata Virgo in uno consensu conceptionis Filii sui, quam omnes angeli et homines simul in cunctis suis actionibus et cogitationibus.*

¿Quién podrá, pues, poner en duda que Maria es la mas amada de Dios entre todas las criaturas? Ella ha recibido dones y gracias mas grandes y mas excelentes sin comparacion que las otras. Ella, á diferencia de las demas, fue siempre purísima de toda mancha que pudiese hacerla en alguna manera menos amable. Ella estuvo adornada de todas las virtudes que practicó en todas las oraciones y circunstancias de su vida. Ella está adornada de un mérito casi infinito. Quién puede dudar pues de que es la mas amada de Dios. Si, católicos, Ella es su hija predilecta, y el objeto principal de sus complacencias. *Una est columba mea, perfecta mea, una est,* dice el mismo Dios hablando de su Santísima Madre. No cabe duda que ama á todos los justos, á todos los santos, á todos los ángeles, cuyo número es casi infinito; pero mas que á todos ellos ama á la Santísima Virgen. Ella mas que todos ha herido su corazon; *adolescuntularum non est numerus,* dice él en la Sagrada Escritura; son innumerables las criaturas que me aman y á quienes yo temo; pero amo incomparablemente á una mas que á todas las otras, una es la distingui-

da de un modo especial por mi cariño: *adoleſcentularum non eſt numerus; una eſt columba mea, perfecta mea, una eſt.* (Cant. 6. 7. 8.) Si, pues, Maria es entre todas las criaturas la mas amada de Dios; si es el objeto mas querido de su corazon, nosotros debemos anteponerla tambien, despues de Dios, á todo otro objeto: á Ella, despues de Dios, debemos consagrar nuestros afectos. Dios es la regla de todo lo honesto y virtuoso; y todo lo que á esta regla no se conforma, es vicioso, es pecado. Si queremos, pues, que nuestro amor sea virtuoso y santo debemos procurar que sea conforme con el de Dios; y si él ama á Maria mas que á todas las criaturas, debemos tambien nosotros amarla mas que á todas ellas.

Amémosla, por lo tanto, católicos; amémosla porque Dios la juzga digna del mayor afecto; amémosla porque tiene todo lo que hace amable á una persona; pero amémosla con todas nuestras fuerzas, con un amor invariable y constante: y Ella aceptará benigna nuestro amor y corresponderá con un amor incomparablemente mas grande, como suele hacerlo con sus fieles siervos.

DIA X.

SIGUE EL MISMO ARGUMENTO.

Mucha importancia tiene para nosotros la verdad que os demostré en la plática de ayer; porque si Maria es mas amada de Dios que todas las criaturas, es indudable que con mayor facilidad que todos los ángeles y santos podrá obtenernos las gracias que necesitamos. Creo conveniente, por lo mismo, volver á tratar de dicho asunto, añadiendo

nuevas razones á las que ya tenemos expuestas. Os decia ayer que Maria, á diferencia de todas las criaturas, estuvo siempre exenta de toda mancha que pudiese afearla y hacerla menos agradable á los ojos purisimos de Dios: y que además estuvo adornada de todas las virtudes, y las poseyó en sumo grado, en cuanto es posible á una pura criatura. Os decia asimismo que recibió mas gracias de Dios que todos los ángeles y santos juntos; siendo la sola maternidad divina conferida á Maria una prerogativa que hace inmensa ventaja á todas las gracias concedidas á las otras criaturas.

Hoy, con el fin de presentar nuevos estímulos para amarla y al mismo tiempo nuevos motivos para confiar en su patrocinio, os hablaré de lo que ha hecho el Hijo de Dios para manifestarnos el amor singular que profesa á su Santísima Madre.

Ya en su infancia dió pruebas el divino Redentor del amor entrañable que profesaba á su Madre, la Virgen Santísima, porque parecia que no tenia ojos sino para mirarla, ni brazos sino para abrazarla, ni corazon sino para amarla. Observad en efecto al divino infante en el regazo de su madre, Maria. Mirad como la acaricia, y con que afecto y ternura la abraza y la besa. Decid si hijo alguno dió jamás á su madre pruebas de un amor mas grande, mas tierno y mas perfecto que el que manifiesta el divino infante á su madre. Y tales demostraciones no eran efecto de un instinto puramente natural, como acontecer suele en los otros niños, los cuales, incapaces todavía de usar de la razon, aman á sus madres por una inclinacion instintiva de la naturaleza. De aqui preceden aquellos tiernos abrazos, aquellos besos y aquellas sonrisas con que les muestran su afecto; pero éste poco se diferencia del que los animales tienen á sus ma-

dres. Sin embargo, Jesucristo era hombre y Dios, y sus operaciones eran divinas y humanas; él se regia en todo por su infinita sabiduría, y por lo mismo, las demostraciones de afecto que daba á su divina madre, no eran efecto de un instinto puramente natural como en los otros niños: la amaba, porque conocia cuan amable era; la amaba mas que á las otras criaturas, porque conocia que era sobre todas digna de su afecto.

Salido de la infancia, no aflojó un punto el amor que la tenia; antes puede decirse que de cada dia iba aumentándose y reforzándose. El Evangelista S. Lucas, habiéndonos contado en su Evangelio, que Maria y José, despues de encontrar al Niño Jesus que disputaba en medio de los doctores, volvieron á su retiro de Nazaret, añade que Jesus crecia en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres: *et Jesus proficiebat sapientia, et etate, et gratia apud Deum et homines.* (c. 2, 52.) Mas ¿cómo es posible que el divino Redentor creciese en sabiduría y gracia, si ya en el primer momento de su concepcion recibió la plenitud de una y otra? Jesucristo, dicen los expositores, crecia en sabiduría y gracia, de ninguna manera con respecto al hábito, sino con respecto á los actos; es decir que á medida que iba creciendo en edad, manifestaba mas y mas á los hombres aquella sabiduría y gracia cuya plenitud recibió en el primer instante de su concepcion. De un modo parecido, pues, podemos decir que, creciendo en edad, iba aumentando siempre el amor que tenia á su divina Madre, porque, al paso que aumentaban sus años, le daba pruebas cada vez mayores del afecto que le profesaba.

En efecto no puede negarse que Jesucristo vino al mundo para redimir á los hombres de la dura

esclavitud del demonio, reconciliarlos con su Eterno Padre y salvarlos: *Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere*, (ad. Trin. 1, 15.); sin embargo, antes de ocuparse en esta grande obra con su predicacion y milagros, quiso emplear treinta años continuos en servir, honrar y consolar á su santísima Madre. En toda esta serie de años estuvo siempre con ella, siempre dispuesto y pronto para obedecerla, siempre sumiso á su voluntad. A ella recurria en todo lo que necesitaba y á ella estaba sujeto, como el hijo mas obediente lo está á sus padres. En suma, despues del honor supremo que tributaba á su padre, todo, su cuidado era honrar á su divina madre. En esto, como he dicho, empleó no menos treinta años, y tres solos en predicar y hacer milagros para salvar al género humano. ¿Quién, pues, no vé que en su amor y en su solicitud la prefiere á todos los hombres? ¿Quién no conoce que la ama mas que á todo el género humano?

Contempladlo tambien al fin de su vida. Miradlo pendiente en la cruz, miradlo sumergido en un mar de penas y á punto de espirar. En tan penosa agonía no olvida á su divina Madre, sino que en aquellos últimos momentos manifiesta mas que nunca su afecto y solicitud por ella. El habia nombrado Vicario suyo al Apóstol San Pedro, le habia encomendado á todos los fieles y le habia confiado el cuidado de toda la Iglesia: pero ahora encarga á otro Apóstol que haga las veces de hijo, y manda que desempeñe los oficios de tal para con su Madre. Le ordena que la mire como á su querida madre, que la sirva, la honre y la consuele. Pedro es el primero en dignidad entre los apóstoles; y Juan el primero en las ternuras del corazón de Jesus. Pedro es el discípulo amante, Juan el discipu-

lo amado. Y por lo mismo, Jesucristo le confia el cuidado de la persona que mas ama en el mundo. ¿Quién podrá, pues, negar que Maria es entre todas las puras criaturas la mas amada del divino Redentor, habiendo recibido de él, ya desde su infancia, demostraciones de afecto que jamás dió á persona alguna, y no habiéndose entibiado nunca este amor, sino aumentado y crecido hasta el fin de su vida?

Los singulares privilegios concedidos á Maria y no á otra criatura alguna, fueron efecto del grande amor que Dios la profesaba. Á este amor debió el ser concebida sin mancha de pecado original, porque no convenia que hubiese sido esclava del demonio aquella que era destinada para Madre del divino Redentor, y elegida para aplastar la cabeza de la serpiente infernal. Desde el primer instante de su concepcion debia ser pura, inmaculada y santa; y por esto no fué purificada de la mancha original en el seno de su madre, como Jeremias y San Juan Bautista, sino que fué preservada y completamente exenta de ella, y de sus deplorables efectos. No hubo de ser justificada antes de ver la luz del mundo; sino que desde el primer instante fué santa y confirmada en la santidad. Privilegio el mas precioso que nos manifiesta á Maria verdadera hija de gracia y amor, y la mas favorecida entre todos los hijos de Adan.

En segundo lugar, Maria debió al amor con que la distinguió Dios entre todas las criaturas la eualidad de Corredentora del género humano. El amor divino la eligió para cooperar eficazmente á nuestra salvacion, como lo hizo prestando su consentimiento para ser Madre de Dios, vistiendo de carne humana á un Dios impassible, sufriendo los mas acerbos dolores en el Calvario, y por último,

ofreciendo innumerables veces su Hijo Unigénito á la divina justicia en satisfaccion de los pecados del mundo.

Finalmente, al amor especial que Dios le profesaba debia el ser esposa y madre con un privilegio muy singular. Fué esposa, fué Madre, pero siempre intacta, siempre incorrupta, siempre virgen sin mancha: por lo que pudo decir el amado de su corazon: *emissiones tuæ Paradisus malorum puniceorum* (Cant. 4. 13.), pues que asi como el granado produce el fruto sin perder la flor, y aun sirve esta de corona y adorno á aquel, asi Maria produjo su dulce fruto Cristo Jesus sin perder la hermosa flor de su inmaculada virginidad. Antes bien su divino parto la hizo mas bella y olorosa: *hic fructus*, dice Hugo Cardenal, *Matri florem non abstulit; sed conservavit ac venustavit*. Privilegios son estos singularísimos, privilegios derivados á Maria del amor particular que Dios la profesa; privilegios no concedidos jamás á otra criatura.

Si, pues, la Virgen es entre todas las criaturas la mas amada de Dios, si es el objeto mas querido de su corazon, ¿por qué nosotros no la amamos mas que á todas las otras criaturas? ¿Por qué no consagramos á Ella, despues de Dios, todos nuestros afectos? Dios, como he dicho otras veces, es la regla suprema de lo justo y de lo honesto, y con esta regla debemos conformar nuestros afectos si queremos amar bien. Por esto si Maria es entre todas las criaturas el objeto principal de su amor, si la juzga digna de su mayor afecto, nosotros debemos preferirla tambien á todas las criaturas, y amarla con el mayor afecto. Mas ¿cuán pobre es nuestro amor para con Maria! Amamos á criaturas viles y despreciables, amamos las comodidades, amamos los objetos que nos envilecen, y los ama-

mos con todo nuestro corazon; y á la Virgen Santísima, á la Madre de Dios, á nuestra buena Madre, no la amamos ó la amamos muy poco. ¿Qué hacemos para manifestarle nuestro amor? ¿Qué mortificaciones, qué sacrificios hacemos en su honor? ¿Qué servicios le prestamos? ¿Qué homenajes le tributamos? Me da vergüenza el decirlo: todo nuestro amor á la Virgen se reduce á rezar en su honor algunas oraciones con la mente distraida, ó á ofrecerle algun otro obsequio con negligencia y tibieza; y mientras vemos que los amadores del mundo se sujetan á los sacrificios mas dolorosos y repugnantes por los objetos que aman, nosotros no sabemos hacer un poco de violencia á nuestro amor propio, no sabemos vencer una pasion, ni imponernos el menor sacrificio en obsequio de Maria. Resolvámonos de una vez, católicos, á amar de veras á quien es dignísima de nuestro amor, y ya que es la mas amada de Dios, sea tambien la mas amada de nosotros. Amémosla con amor sincero, con amor fervoroso, en fin con un amor que manifieste con los hechos que despues de Dios es Ella el objeto mas amado de nuestro corazon.

DIA XI.

MARIA AMÓ Á DIOS MAS QUE NINGUNA OTRA CRIATURA.

No hay duda que muchas criaturas se han abrasado en el incendio de amor de Dios. San Pedro es llamado el discipulo amante por el amor grande que profesaba al divino Maestro. San Pablo escribe á los romanos que ninguna cosa podria separarlo del amor de Dios. La Magdalena, segun

el testimonio del mismo Jesucristo, *dilexit multum*, se abrasaba en el amor de Dios. Santa Teresa de Jesus, herido su corazon por un Serafin con un dardo de amor, suspiraba de continuo por su amado. Muchos santos por la fuerza de su amor eran levantados en alto, y algunos á tanta altura, que se perdian de vista, como se lee de San Francisco de Asis. Todos los cuales, y otros muchisimos que podrian citarse, si bien estaban encendidos en el amor de Dios, de ningun modo pueden compararse con la Virgen Santísima. A todos los aventaja inmensamente en el divino amor, de suerte que el incendio de amor en que se abrasaban en comparacion con el de Maria, puede decirse una pequenita centella respecto de un horno inmenso. Que sea esto así, vamos á explicarlo brevemente; y si deseamos ser verdaderos devotos suyos, procuremos imitarla en tan excelente y necesaria virtud.

La caridad que no es otra cosa que el amor de Dios corresponde á la gracia habitual que santifica al hombre, por lo cual la Sagrada Escritura atribuye muchas veces á una y otra los mismos efectos; de donde resulta que cuanto mas crece la una, tanto mas adelanta la otra, como aumenta á proporcion del fuego el calor que es su efecto. Ahora bien, es cierto, como he dicho otras veces, que Maria Santísima tuvo mas gracia que todos los ángeles y santos juntos, porque la gracia de estos, por grande y excelente que haya sido, fué gracia conveniente á santos, gracia que los hizo siervos, amigos y domésticos de Dios, mas no los hizo capaces de engendrar una persona divina; pero la gracia que recibió la Virgen Santísima la hizo digna de ser madre de Dios, y por esto es de un orden superior y aventaja incomparablemente á la de todos los otros. De donde resulta que su caridad que cor-

responde siempre á la gracia santificante, es superior sobre toda ponderacion á la de todas las criaturas, por manera que Ella sola amó mas á Dios que todos los ángeles y santos juntos.

Pero desarrollemos mas esta verdad. Tres especies de amor halláronse en Maria formando un solo amor, que podríamos llamar uno y trino. En primer lugar amó á su hijo, Dios y hombre verdadero, con un amor natural. Este es un amor comun á todas las madres, las cuales son inclinadas á amar á sus hijos, y los aman con tal ardor que ellas mismas no saben ni pueden expresarlo. Mas el amor de Maria para con su divino Hijo es de una naturaleza muy diversa. Las otras madres aman á sus hijos, pero como puros hombres. Maria ama á su Hijo, no como puro hombre, sino como Hombre-Dios, y por lo mismo podemos decir que su amor es muy semejante al del Eterno Padre, puesto que, segun nos enseña la fe, uno y otra tienen un solo y mismo hijo. ¿Quien puede, pues, comprender cuanto mas puro y elevado fue que el de todas las madres el amor de Maria á su divino Hijo?

Las otras madres no son la única causa en la produccion de sus hijos; porque los padres concurren tambien en su generacion; de aqui es que el amor hacia los hijos está dividido en dos principios, Pero Maria engendró á su Hijo sin concurso de varon. El Espíritu Santo quiso servirse de ella sola para formar el cuerpo de Jesucristo. Y si el amor de los padres y de las madres hacia sus hijos es tan ardiente por haber contribuido en algo á su generacion, ¿quién es capaz de comprender cuan vivo, encendido y ardiente es el amor de Maria á su Santísimo Hijo que ha engendrado Ella sola?

Muchos otros motivos concurrían para aumentar el amor de Maria á su hijo Jesucristo. La be-

lleza corporal de los hijos es un grande estímulo en las madres para amarlos. Donde quiera que se encuentre la belleza, atrae las miradas y arrebatada el afecto de todos, como os dije otro dia; pero atrae mucho mas las miradas y los afectos de las madres, si la descubren en sus hijos. Considerándolos ellas como partes de sí mismas, por el ser que les dieron, miran la belleza de sus hijos como si fuese propia suya, y de ello resulta un amor increíble hacia ellos. Pero ¿quién fué mas hermoso que Jesús que formado por obra del Espíritu Santo, era *speciosus formæ filii hominum?* (Ps. 44. 3.) ¿Cuan fuertemente inclinado no debía sentirse el corazon de Maria al amor de su Hijo, que era el mas hermoso entre los hijos de los hombres!

La belleza del espíritu hace al hombre aun mas amable que la del cuerpo. En efecto, un hombre humilde, prudente, sabio y santo es apreciado y amado de todos en preferencia de otro que, dotado de hermosura corporal, está faltó de las cualidades que embellecen y adornan al espíritu. Mas ¿que alma mas bella que la del Hijo de Maria que es la mas perfecta de cuantas ha criado Dios? Alma llena de toda virtud y santidad, que, unida á un cuerpo hermosísimo, arrebatada el afecto de Maria y encendía en su corazon la llama de un amor inefable.

El respeto y la obediencia de los hijos los hacen muy amables á sus padres; y ¿que hijo se ha visto jamas que haya mostrado un amor mas profundo y una obediencia mas exacta á sus padres que la de Jesús á su divina madre? Jesús era el hijo mas amable de todos los hijos. Era un hijo, Rey de reyes y Señor de señores, adorado de todos los ángeles y santos, temido de todo el infierno; y lo que es sobre todo esto, amado infinitamente de su divino Padre.

Medid ahora, si esto es posible, la grandeza y perfeccion del amor que Maria tenia á su Santisimo Hijo; y decidme si el amor de los Serafines puede llamarse mas que una pequeña centella comparado con el inmenso incendio del corazon de Maria.

No paró aqui, sin embargo, el amor de la Virgen, porque no amó á su divino Hijo solo con amor natural; sino que le amó con amor sobrenatural, ó para decirlo mejor elevó el amor natural á la clase de amor sobrenatural y asi de dos hizo un solo amor. El amor sobrenatural no es otra cosa que la caridad santa que Dios difunde por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Pero ¿qué otra criatura ha estado mas llena del Espíritu Santo que Maria? Cuando fué saludada del Arcángel S. Gabriel estaba ya llena de gracia, que nunca se da ni se conserva sin el divino Espíritu: *Ave gratia plena*, le dijo. Despues añadió que aunque estaba llena de gracia y del Espíritu Santo, no obstante este divino Espíritu descenderia sobre ella y que el poder del Altísimo la haria sombra con una gracia sin comparacion mas excelente, es decir, con la divina Maternidad, por la cual tendria un hijo que se llamaria Hijo del Altísimo. Gracia que Ella recibió mediante la persona del Espíritu Santo que con ella ha sido el principio del ser humano del Hombre-Dios.

¿En qué otra pura criatura, pues, ha habitado y obrado el divino Espíritu mas perfectamente que en la Virgen? ¿Qué otra pura criatura ha recibido el amor sobrenatural con mas abundancia que Maria, á la cual Dios Padre hizo madre de su mismo Hijo y le dió el Espíritu Santo para que los dos fuesen principio del ser humano del divino Verbo? Digamos, pues, sin temor de errar que Maria elevó el amor que tenia á su divino Hijo á un ser en-

teramente sobrenatural, y que amó mas á Dios que todas las criaturas juntas: porque la caridad que en su corazon difundió el divino Esposo es inmensamente superior á la de todos los ángeles y bienaventurados del cielo.

Añádase á esto el aumento que á cada instante recibia la caridad de la Virgen. Enseñan los teólogos que cuando una persona obra con toda la intensidad del hábito virtuoso, éste vá creciendo siempre. Es cierto que Maria amó siempre á Dios con toda la intensidad del hábito de la caridad que recibió en el primer instante de su inmaculada Concepcion. Si, desde entonces dotada de razon, ilustrada con las mayores luces de la divina sabiduria para conocer á Dios, su ser, sus perfecciones, su bondad, su amabilidad, y cuanto merecia ser amado de Ella, que conocia el inmenso amor que la profesaba: no siendo impedida por ningun afecto desordenado, movida de las gracias y auxilios mas eficaces; desde entonces se arrojó hácia Dios con todo el vigor de su corazon, desde entonces le amó con toda su alma y con todas sus fuerzas. Le amó, no con actos reiterados, como hacen los santos; sino con un acto continuo, no interrumpido: *gloriosissima Virgo*, dice Bernardino de Bustos, *de privilegio singulari continue et semper Deum amabat actualiter* (part. 2, serm. 4. De nat. Virg.); de modo que, dice S. Pedro Damiano, ni las acciones de la vida la impedian amar, ni el amor la impedia obrar. Asi que ni aun el sueño, dice S. Ambrosio, pudo interrumpir el ardor de su caridad, con el que amaba á Dios, puesto que *cum quiesceret corpus, vigilabat animus*. (Libr. 2, de Virg.)

Juzgad ahora, católicos, si todo el incendio de amor de los ángeles y santos puede llamarse una pequeña centella comparado con el ardor inmenso

del corazon de Maria. ¡Ah! que los mismos serafines, aunque sean todo amor para con Dios, dice Ricardo, podian bajar del cielo para aprender á amar á Dios: *Seraphim e caelo descendere poterant, ut amorem discerent in corde Virginis*, porque la caridad que recibió desde el principio aventajó incomparablemente á la de todas las demás criaturas, amó siempre á su Dios con toda la intensidad de aquel hábito y con un acto que no se interrumpió jamás en el curso de su vida mortal; y por lo mismo no es de admirar que el amor mismo que le daba vida se la quitase despues, porque no murió sino por un exceso de amor.

Y nosotros, católicos, ¿cómo amamos á Dios? Nosotros nos creemos ser verdaderos católicos, pensamos ser verdaderos siervos suyos: pero la verdadera devocion, como os dije desde el principio de este mes, consiste principalmente en imitarla en sus virtudes, en cuanto nos es posible: ¿cómo la imitamos en el amor de Dios? Podemos decir con verdad que la amamos de todo corazon, ó por lo menos nos esforzamos en amarle de todo corazon, ¿cómo nos manda el mismo Dios? ¿Cómo podemos hacernos esta ilusion, si nos dejamos arrastrar por el amor á las criaturas, si no nos causa horror el posponerlo á un vil interés, á una miserable criatura, á la satisfaccion de un apetito desordenado? Si á la primera ocasion quebrantamos en poco ó en mucho la ley de Dios, si descuidamos las obligaciones de nuestro estado? ¡Ah, católicos! no nos lijonjeemos de ser devotos de Maria, si no somos mas solícitos en imitarla, especialmente en su amor para con Dios. *Imitatores mei estote*; nos dice Maria: si deseais ser mis devotos, seguid mis pisadas, imitad mis ejemplos.

Procuremos, pues, reformar nuestra conducta:

seamos constantes en la observancia de la divina ley y en el cumplimiento de nuestros deberes. Entonces si que Maria nos mirará como verdaderos devotos suyos, y nos hará experimentar en el tiempo de nuestra vida y en la hora de nuestra muerte los efectos de su efficacísima proteccion, como la experimentaron tantos verdaderos devotos suyos.

DIA XII.

AMOR DE MARIA PARA CON NOSOTROS.

Uno de los motivos mas poderosos que deben estimularnos á amar á la Virgen y profesarle una sincera y cordial devocion, es ciertamente el afecto inmenso con que nos ama. Nada hay, dice S. Agustín, que nos mueva tanto á amar, como el amor que se anticipa al nuestro: *nulla major ad amorem invitatio, quam amantem amore praevenire*. El amor que se anticipa, nos enternece, estimula y como que nos fuerza á querer bien al que nos ama, como cada uno lo experimenta en sí mismo. En efecto, si conoceis que alguno os ama, sentis luego enternecerse vuestro corazon y moverse á corresponder al efecto que se os muestra. Hasta las mismas fieras, aunque irracionales, no suelen ser indiferentes é insensibles al amor que se les manifiesta, sino que pronto dan pruebas de amar al que las ama, como lo acredita la experiencia. Para movernos, pues, á amar á la Santísima Virgen y profesarle una sincera y cordial devocion, quiero haceros ver esta tarde el afecto inmenso con que nos ama; y confio que, despues de Dios, Maria será

para nosotros el objeto mas dulce y mas querido de nuestro corazon.

El amor al prójimo es un carácter tan esencial de la santidad, que sin él la santidad es una ilusion y un engaño. Nadie podrá jamás ser santo, si no ama al prójimo, como Dios se lo manda; y cuanto mas le amará, tanto mayor será su santidad. Asi es que para conocer cuanto nos ama la Virgen Maria, convendria saber cuan grande es su santidad. Pero ¿quién puede llegar á conocerla, siendo esta proporcionada á su dignidad, y habiéndola hecho digna de ser Madre de Dios? Recordad lo que os dije hablando de la santidad de Maria. La dignidad de Maria tiene algo de infinito, pertenece en cierto modo al órden de la union hipostática, une de tal modo á Maria con Dios, que no puede darse mayor union sin llegar á ser Dios. Es, finalmente, incomprensible para toda pura criatura; de lo que se debe inferir que su santidad es tambien incomprensible, y que no hay criatura que pueda conocer sus limites.

Siendo esto así, ¿quién podrá comprender cuan grande, cuan vivo y ardiente es el amor que nos profesa la santísima Virgen, siendo éste un carácter esencial de su santidad? Los mismos ángeles y hasta los mas elevados serafines son incapaces de comprenderlo y hablar de él dignamente. Asi, pues, mucho menos capaces de comprenderlo seremos nosotros, siendo tan inferiores á los ángeles.

Yo me alegro y regocijo dentro de mi corazon de que el amor de Maria hácia nosotros sea tan grande, tan inmenso, que ninguna criatura humana ni angélica pueda comprenderlo ni hablar de él de un modo digno. Sin embargo, para excitarnos á profesarla un tierno afecto, esforcémonos por conocer algun tanto la grandeza de su amor.

El Apóstol S. Juan nos suministra un principio del que podemos deducir cuan grande es el amor de Maria hácia nosotros. El amor de Dios, dice; y el amor del prójimo caen bajo un mismo precepto: *hoc manda tum habemus a Deo, ut qui diligit Deum, diligit et fratrem suum.* (1.^o 4, 21.) Y estos dos amores no son dos hábitos distintos, sino uno solo que tiene dos objetos, el uno subordinado al otro, es decir el amor del prójimo subordinado al amor de Dios. Son un solo árbol que tiene dos ramas, una de los cuales se levanta hácia Dios y la otra se extiende al prójimo, de manera que cuanto mas se levanta la una, mas se extiende la otra: *hoc mandatum habemus a Deo, ut qui diligit Deum, diligit et fratrem suum.*

Ahora bien: para conocer cuan vivo y encendido es el amor de Maria para con nosotros, convendria conocer cuan grande es el amor divino en que se abrasa su corazon; pero ¿quién puede llegar á comprenderlo? Dios es amor por esencia, es un incendio inmenso, infinito de amor, es el amor mismo: *Deus charitas est.* (Joan. 1.^o 4. 16). Si, pues, la union que tiene Maria con este amor por esencia, con este incendio amoroso, por razon de su divina maternidad es la mas estrecha, la mas íntima que pueda darse despues de la union hipostática; si no podia unirse mas con Dios sin llegar á ser Ella misma otro Dios, como dice Alberto Magno; si concibió y llevó en su purísimo seno por espacio de nueve meses á este incendio infinito de amor; si durante treinta y tres años estuvo siempre cerca de este fuego de caridad; vengán los santos del cielo, vengán los mas ardientes Serafines, y digánnos cuan grande es el amor de la Virgen á su Dios y Señor. Pero ¿que nos responden éstos? ¡Ah! Todos á una voz nos dicen que son incapaces de

satisfacer nuestros deseos; responden que seria necesario estar sumergido en aquel abismo de la Sabiduria increada, en aquella luz inaccesible en que lo está Maria, para comprender cuanto se abrasa en amor para con su Dios. Si los Serafines, pues, son insuficientes para comprender la grandeza de su amor, mucho mas lo seremos nosotros, siendo tan inferiores á ellos.

Digamos, pues, sin temor de errar que así como la Virgen aventaja sin comparacion en gracia y santidad á las criaturas todas del cielo y de la tierra; así las aventaja tambien sin comparacion en el amor de Dios. Digamos asimismo que si una Teresa de Jesus, una Catalina de Sena, un Felipe Neri, un Luis Gonzaga y muchos otros santos por un conocimiento privilegiado que tenian de Dios, de sus atributos, de su amabilidad se derritian y consumian en el incendio del divino amor; mucho mayores sin comparacion debian ser los transportes, los deliquios amorosos de Maria. Digamos, por fin, que su divino esposo, el Espíritu de amor, la encendió é inflamó de tal manera que no parecia sino una viva llama de amor: *Spiritus Sanctus totam eam decoxit, incanduit, ignivit; ita ut Spiritus Sancti flamma videretur.* (D. Ildel. serm. de ass.) Ahora pues si el que ama mas á Dios, como os decia, ama tambien mas al prógimo, ¿quién nos amará mas que Maria? ¿Quién estará mas empeñado que ella en nuestro favor? ¡Ah! Si se uniesen en uno solo el amor que todas las madres tienen á sus hijos, y el que todas las esposas tienen á sus esposos: si á estos se uniese tambien el que todos los ángeles y santos tienen á sus devotos; no, no podrian compararse aun con el amor que profesa Maria á uno solo de nosotros. Es demasiado grande la desproporcion para poderse parangonar el amor de aquellos con el de la Virgen.

Ella ve en nosotros la imágen de su Dios, la imágen del objeto de todo su amor, imágen, no muerta é insensible, esculpida en el metal ó en el mármol; sino imágen viva, imágen en la que está intrínsecamente delineada la misma Divinidad. Imágen que, afeada por la culpa y hecha esclava del demonio, fué redimida y restituida por su divino Hijo que bajó del cielo para darle aquella santidad, aquella belleza y gloria que habia perdido por la culpa. A este fin se sujetó Jesus á profundas humillaciones, á terribles ultrajes, derramó toda su sangre, sacrificó toda su vida. Si, pues, el amor de Maria á su Dios es ardentísimo é incomparablemente superior al de los mas abrasados serafines, ¿cómo es posible que nos mire con indiferencia? Mas aún ¿cómo puede no abrasarse en amor hácia nosotros? El amor al original y á su imágen no son dos amores, sino uno solo; puesto que no se ama á la imágen por ella misma, sino por lo que representa; ni se puede amar al uno y ser indiferente hácia la otra. Con el amor, pues, que tiene Maria á un infinito Bien, nos ama tambien á nosotros que somos una imágen del objeto de todo su amor; y si el amor que profesa á ese objeto infinito es incomprendible é inexplicable no solo para los hombres sino tambien para los ángeles; ¿quién puede comprender cuan viva y ardiente es su caridad, cuan piadoso y solícito el afecto que nos profesa?

Devotos de Maria, consolaos, que motivos poderosos tenéis para ello. Si, la Virgen Santísima nos ama á todos, pero de un modo especial á sus devotos, y los ama con un amor ardentísimo, con un amor incomparable; y los ama á pesar de sus defectos, viendo que, aun siendo pecadores, han sido tan amados de Dios. Si, Maria los ama, mientras detesten el pecado y estén resueltos á no cometerlo en adelante.

Pero si Maria nos ama tanto, si nos profesa un amor tan tierno y un afecto tan piadoso y solícito; nosotros debemos corresponder á su amor con un afecto filial y con una sincera y tierna devoción. Muy duro seria, dice S. Agustin, aquel corazon que, no queriendo amar, rehusase hasta el corresponder al amor: *nimis durus esset animus, qui si dilectionem nolebat impendere, nolit rependere.* ¿Qué corazon mas duro que aquel que es insensible á los estímulos del amor? Las mismas fieras, bien que irracionales no saben resistir al amor; sino que luego manifiestan amar á quien las ama. ¿Serémos nosotros de peor condicion que las fieras? ¡Ah! No seamos tan ingratos al bondadoso corazon de Maria. Correspondamos á su amor, y manifestémosle que nuestro corazon no es de hielo; sino que tenemos un corazon sensible, un corazon que no puede ni quiere ser indiferente á su ardiente caridad, y Ella no podrá menos de premiar nuestra devoción y nuestro afecto, y manifestar su agradecimiento con las gracias y beneficios que nos alcanzará de su divino Hijo.

DIA XIII.

CONTINUA EL MISMO ASUNTO.

La esposa de los Cantares, sintiendo derritirse en el amor de su amado, y no pudiendo manifestarle sus amorosos deliquios por razon de su ausencia, conjuraba á las hijas de Jerusalem, para que, si les fuese dado encontrarle, le hiciesen saber que Ella estaba enferma de amor por él: *adjuro vos, les decia, filice Hierusalem, si inveneritis Dilectum*

meum, ut nuntietis ei quia amore languo, (cant. 5, 8.) Mas, ¿porqué la sagrada Esposa deseaba con tanto ardor que su amado supiese el grande amor que la abrasaba? Porque sabia que uno de los motivos mas poderosos para ser correspondida, era el amor entrañable que profesaba á su esposo. Sabia muy bien que nadie resiste al atractivo del amor, como no sea un corazon de hielo ó de piedra, y por lo mismo ansiaba tanto que su amado conociese sus amorosos deliquios.

Mas la Virgen Santisima nos ama á todos con un amor ardentísimo, con un amor inefable; y desea vivamente que correspondamos á su amor, quiere que nosotros la amemos; y por esto desea tambien que conozcamos, en cuanto nos es posible, la grandeza de su amor hácia nosotros. Para secundar los deseos de nuestra soberana Reina os hablé ayer del amor incomparable que nos profesa, y del mismo os hablaré tambien esta tarde, á fin de que nos resolvamos de una vez á amarla con todo nuestro corazon.

El amor de Maria hácia nosotros es inmenso, incomparable, no solo porque amó á Dios mas que todas las criaturas juntas y porque vé en nosotros una viva imágen de Dios, como decíamos en el discurso de ayer, sino porque tambien es nuestra Madre: Madre, no carnal como las otras madres, sino espiritual, Madre de nuestras almas; á la manera que Jesucristo es padre de nuestras almas, asi Maria es nuestra madre: *Illa (Maria), dice S. Agustin, spiritu mater est membrorum Salvatoris, quia cooperata est charitate, ut fideles in Ecclesia nascerentur.* (De Virg. ca. 6, ex. Sig.) Todos los fieles, y de un modo especial sus devotos, á boca llena la llaman Madre; y no sin motivo le dan este título, porque habiendo dado su consentimiento pa-

ra la divina maternidad, vino á ser verdadera Madre de Jesús, que es nuestra cabeza, y por lo mismo verdadera Madre de nosotros que somos miembros de Jesucristo: *Mater Christi mater est membrorum Christi.*

Añádese á esto que ella nos engendró segunda vez, para la gracia, cuando con inmenso dolor de su corazon ofreció en el Calvario al Eterno Padre la vida de su Hijo Jesús, por nuestra salvacion. Entonces fué cuando oyó que el Hijo de Dios, pendiente de una cruz, entre las agonias de la muerte, la declaraba Madre de todos nosotros. Mujer, la dijo, he aqui al hombre, señalando á S. Juan: he aqui al hombre que, mediante el ofrecimiento que con tanto dolor haceis de mi vida por su salvacion, nace ahora á la vida de la gracia: *Mulier, ecce filius tuus.* Despues vuelto hácia el discípulo y señalando á Maria, Juan, le dijo, he aqui á tu Madre: *Deinde dicit discipulo: ecce mater tua.*

Es sentencia comun entre los Padres y Doctores de la Iglesia que en San Juan Jesucristo nos dejó á Maria por madre de todos nosotros. No entenderia demasiado si os citara aquí todas sus palabras. Basten por todos San Bernardino de Sena y el Cartujano. El primero nos dice que Jesucristo dejó á Maria por madre de todos los fieles en la persona del discípulo amado: *intelligimus in Joanne omnes animas electorum quorum per dilectionem Beata Virgo facta est mater.* (tom. 1. serm. 55. c. 3.) Y el segundo nos dice que en San Juan estábamos representados nosotros: *Discipulus iste electus designabat unum quemque fidelem:* de modo que el dar á Maria por madre á San Juan fué lo mismo que destinarla para madre de todos nosotros: *Cum Christus dixit Joanni: Ecce mater tua: unicuique christiano dedit Matrem suam in matrem.* (in Joan.)

¿Con que es Maria nuestra madre? Si, Ella es nuestra madre, habiéndonosla dado por tal Jesucristo mismo, cuando estaba pendiente moribundo en la cruz; y es la madre mas amorosa y mas tierna de todas las madres: de modo que si se juntasen en un solo corazon todo el amor que sienten por sus hijos todas las madres, no podria compararse con el amor que profesa Maria á uno solo de nosotros. Hemos visto ya que quien mas ama á Dios, ama mas tambien al prójimo. Tenemos asimismo comprendido que el amor de Maria hacia Dios aventaja al amor de todas las criaturas, incluso los Serafines juntos: añádase á este la cualidad de madre, que es cualidad toda de amor y ternura, y dígase despues si el amor de nuestra madre Maria á cada uno de nosotros aventaja sin comparacion al amor que profesan á sus hijos todas las madres juntas.

¡Cuán felices, pues, somos nosotros hermanos míos! ¡Somos hijos de Maria! ¡Maria es nuestra madre! La primogénita de Dios, la Esposa del Espíritu Santo, la Madre de Jesucristo es nuestra madre! ¡Y es la madre mas dulce, mas amorosa y mas tierna de todas las madres! Podremos, pues, temer por nuestra predestinacion? Podremos desconfiar de nuestra salvacion eterna y de ir á verla en el paraíso de la gloria? ¡Ah hermanos míos! esclamemos tambien nosotros con S. Anselmo; pero sobre todo cuando el demonio nos tienta y quiere afligirnos con desconfianzas de salvarnos: *O beata fiducia, digamos ó tutum refugium! Mater Dei est mater mea!* ¿De que temes, alma mia, de que dudas? No, la causa de tu salvacion no se perderá porque tienes por madre á la Madre misma de Jesús. En Ella está puesta tu confianza, en Ella está tu seguro refugio. Con que certeza, pues, debes

esperar salvarte, dependiendo tu salvacion de la voluntad de tu buen hermano, Jesucristo, y de tu buena madre, Maria? *Qua certitudine igitur debemus sperare, quoniam salus nostra de boni fratris, et pie matris pendet arbitrio?* (In dep. ad Virg.) ¿Podrás acaso dudar de tu buen hermano Jesus? No, porque para salvarte ha sacrificado hasta su propia vida y derramado su sangre en un infame patibulo. ¿Podrás acaso temer de tu buena Madre? Tampoco, porque desea tu salvacion con mas ardor que tú mismo. Es toda amor, cuidado y solitud para llevarte á la eterna gloria.

Dios eligió á Salomon para gobernar á su pueblo, dándole, segun dice la Sagrada Escritura, un corazon tan grande como la arena que está en las playas del mar: *dedit quoque Deus Salomoni latitudinem cordis, sicut arenam, quæ est in littore maris.* (3. Reg. 4. 29). Y podrá ponerse en duda que aquel Dios, que eligió á Maria para madre de todos los fieles, le ha dado un corazon tan amoroso, tan tierno, y tan grande que se extiende á todos, que es solícito por la salud de todos? Podrá dudarse de que le ha dado entrañas maternas, y que hace experimentar las ternuras de su amor á todos los que no rehusan sus favores, mejor que cualquier madre tierna y afectuosa á su único hijo? No; no puede ponerse en duda; porque para facilitarnos la adquisicion de la gloria eterna, la eligió Dios para ser nuestra madre. Asi pues, el que diese lugar en su corazon á esta duda ofenderia á Dios y á tan buena madre, la Virgen Maria.

Ella nos da pruebas de esto con sus obras; puesto que su amor no solo es afectivo, sino tambien eficaz. ¿No es Maria la que detiene el brazo de la divina Justicia, provocada por nuestros pecados, á fin de que no descargue sobre nosotros sus

golpes? ¿No es Maria la que, solicita por nuestra salvacion, se presenta delante de su divino Hijo, y con su autoridad de madre aplaca su indignacion, desarma su diestra de tal manera que, en lugar de castigarnos, lo mueve á compadecerse de nosotros? Antes que Maria hubiese venido al mundo, Dios que no gusta de castigar á los hombres por sus pecados, se quejaba de no encontrar quien se opusiese á su indignacion, y le quitase los azotes de las manos: *quæsiwi, decia, qui staret oppositus contra me pro terra, et non inveni.* (Ezech. 22. 31). Mas habiendo venido al mundo Maria, se ha encontrado, por fin, quien lo detiene, quien lo aplaca y le quita los azotes de las manos; y esta es Maria: *querebatur Dominus, dice Ricardo de San Lorenzo, ante Mariam: Non est qui consurgat, et teneat me, donec inventa est Maria quæ tenuit eum, donec emolliret.* (Lib. 2. de Laud. Vir.)

Maria nos defiende de nuestros enemigos, nos protege en los peligros, y nos conforta en los trabajos. Maria es en suma nuestra tierna y amorosa Madre que tiene siempre fijos los ojos y ocupado el corazon en nosotros para socorrernos en toda necesidad. *Et quis est, dice San Buenaventura, super quem non resplendat Mariæ misericordia?* (D. Bonav.) No, no hay uno siquiera que no participe de la misericordia de Maria, siendo Madre misericordiosa de todos. Ella es el precioso acueducto por el cual llegan hasta nosotros las aguas de las divinas bendiciones. Maria se hace todo para todos, á todos abre el seno de su misericordia, á fin de que todos se aprovechen de él: *Maria omnibus omnia facta est, omnibus misericordie sinum aperit: ut de plenitudine ejus accipiant universi.* Á fin de que el esclavo reciba el rescate, el enfermo la salud, el afligido consuelo, el peca-

dor perdon, el justo aumento en la gracia y la perseverancia final, y así no hay uno solo que no participe de la bondad y ternura de su amor maternal: *ut non sit qui se abscondat a calore ejus.* (D. Bern. in Sig. Mag.)

Y en verdad ¿qué significan tantas iglesias, tantos altares consagrados á Maria? ¿Qué nos dicen tantos votos como cuelgan de las paredes al rededor de sus imágenes? ¿No son pruebas incontestables no solo de la veneracion y culto que le tributan sus devotos hijos, sino tambien de las gracias y favores que con mano generosa les dispensa? Sí, estos votos, estas tablillas, estos corazones de plata nos hablan y nos predicán de una manera mas elocuente que toda cualquiera facundia que Maria oye las súplicas de todos, escucha nuestras oraciones, y está pronta para socorrernos en nuestras necesidades. Nos dicen que Ella es aquella luna benéfica que difunde sobre nosotros su saludable influjo; es aquel sol que resplandece para todos, y á todos comunica su luz y su calor. Nos dicen en una palabra que Ella es nuestra tierna y amorosísima Madre, y que es toda corazon, toda amor para nosotros.

No creais que Maria ame y favorezca solamente á los justos é inocentes; porque protege tambien á los pecadores que quieren enmendarse: *Ego sum mater peccatorum, se emendare volentium* (Birg. lib. 4. Reg.), y cuando ve á algun pecador que desea salir del fango de sus pecados y volver á Dios, y por lo mismo acude á Ella para obtener sus auxilios ¡oh con qué prontitud le alarga la mano y lo consuela! Lo compadece, y al verlo cubierto de asquerosas llagas y privado de la divina gracia, como madre cariñosa se aflige á su manera y llora al verlo en tan mísero estado; y se da prisa por

libertarlo de los pecados cometidos, y por desatarlo de los lazos de las pasiones y de los malos hábitos contraidos, para reconciliarlo con Dios.

¡Cuan grande es el cuidado, cuan grande la sollicitud de esta Madre amorosa para socorrer y consolar á los pecadores! *Undique*, dice San Buenaventura, *sollicita es de miseris, misericordia val-laris, solum misereri videris appatere.* (In Sab. Reg.) Parece que no está satisfecha, si no libra á los pecadores de su miserable estado, si no los consuela, si no los reconcilia con Dios y no los lleva consigo á la gloria del cielo.

¿Quién pues no amará á esta Madre cariñosa? ¿Quién no le consagrará de buen grado el corazon y los afectos? ¡Ah católicos! No seamos indiferentes hácia una Madre tan tierna, tan amorosa y tan empeñada en favorecernos. Ó somos justos ó pecadores; y en cualquiera de estos estados que nos encontremos, estemos ciertos de que Maria nos ama con un amor incomparable y de que tiene un empeño especial en favorecernos. Portémonos, pues, con Ella como buenos hijos, sirvámosla fielmente, profesémosla una sincera y cordial devocion, y experimentarémos siempre mas los efectos de su bondadoso corazon maternal.

DIA XIV.

CONTINUA EL MISMO ASUNTO.

Voy, católicos, á hablaros por tercera vez del amor de Maria para con nosotros. El cual es tan grande y tan ardiente que por mucho que de él se diga, nunca se dirá lo bastante; y por otra parte

es un asunto tan dulce y consolador para nosotros que no puedo tratar en las presentes circunstancias otro mas grato á nuestro corazon.

No lleveis á mal, pues, que os hable otra vez esta tarde del grande amor de Maria hácia el hombre esponiéndoo algo de lo que ha sufrido por el y asi tendremos nuevos y mas fuertes estímulos para corresponder á su inmenso amor.

El amor, dice S. Juan Crisóstomo, no se manifiesta tanto con los beneficios, como con los padecimientos y sacrificios que se hacen por la persona amada: *pænis*, dice este Santo Doctor, *examinatur dilectio, adversis probatur amor*. En efecto, Jonatás dió pruebas inequívocas de su mucho amor á David, cuando despojándose de sus armas y de sus vestidos, se los regaló; pero le manifestó un amor mucho mas vivo y ardiente, cuando por el no reparó incurrir en la indignacion de Saul su padre, y esponerse hasta el peligro de ser traspasado por su lanza.

Asi que, para conocer mejor el amor inmenso que Maria nos profesa, demos una mirada al sacrificio que con tanto dolor suyo ofreció á la divina Justicia por nuestra salvacion. El Apóstol S. Juan admira el exceso de amor que nos mostró el Eterno Padre al darnos á su Hijo Unigénito, que ama como á si mismo: *sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret*. (Joan 4. 16). Admira S. Juan este exceso de amor, porque no nos dió á su Hijo, á fin de que fuese solamente nuestro hermano, nuestro maestro y nuestro modelo; sino para que fuese tambien nuestro Redentor y nuestro Salvador; y por esto lo entregó á una muerte cruel; *Qui proprio Filio suo non pepercit; sed pro nobis omnibus tradidit illum* (ad Rom. 8, 32). Y este es verdaderamente un exceso de amor que debe ex-

citar en nosotros no solo la admiracion, sino que tambien la gratitud y el reconocimiento. ¡Un Dios de infinita majestad por nuestro amor llegó hasta el punto de sacrificar en infame patíbulo á su Hijo Unigénito! ¡Un Hijo que es en todo semejante é igual á El! ¡Un hijo en quien están todas sus complacencias! ¡Un Hijo, en fin, que ama como á si mismo! ¿Qué mayor exceso de amor puede concebirse?

Y Maria ¿qué ha hecho por nosotros? Qué es lo que nos ha dado? Que sacrificio ha ofrecido? Maria, perfectamente confirmada en todo con la voluntad del Padre y del Hijo, movida igualmente del inmenso amor con que nos quiere, entregó tambien á muerte cruel á su Hijo Unigénito por nuestra salvacion. Aquel hijo que la eligió por madre entre todas las criaturas! ¡Aquel Hijo que la emparentó con la Divinidad y la hizo Reina del cielo y de la tierra! ¡Aquel hijo que ama sin comparacion mas que á si misma! ¡Si, á este hijo entregó á los mas acerbos tormentos y á la muerte por nuestro amor!

Mirémosla en efecto en el templo cuando ofrece á su Hijo en holocausto al Eterno Padre: *tulerunt Jesum in Jerusalem.... ut darent hostiam*. (Luc. 3, 22, 24.) La ley que obligaba á las madres israelitas á la presentacion de sus hijos, les mandaba tambien rescatarlos; por lo que esta ceremonia no era otra cosa que un homenaje religioso que se tributaba al Dios de Israel, sin otra consecuencia. Mas la oblacion de Maria no es una simple ceremonia que se completa con la presentacion de su Hijo en el templo. Además, ofrece al Eterno Padre su divino Hijo por ser inmolado en el ara de la cruz. Instruida por las divinas escrituras, sabe muy bien cuan profundas humillaciones y horribles penas debe sufrir este su divino y amadísimo Hijo; y ahora oye repetir en breves palabras al

santo anciano Simeon la horrible tragedia que le está preparada; y por esto ¿quién es capaz de comprender el dolor y las congojas que está sufriendo?

El amor que tiene á Jesucristo es la medida adecuada de cuan costoso fué su sacrificio, porque todo dolor naçe del amor, y es á éste proporcionado. Mas ¿quién puede comprender cuan grande es este amor? Hemos visto ya que Ella ama á Jesucristo mas que todos los santos, ángeles y serafines juntos; le ama incomparablemente mas que á sí misma; de manera que el amor de sí comparado con el que profesa á su Hijo es como una centella comparada con una inmensa hoguera; Maria es una madre la mas amante y mas tierna de todas las madres: Jesus es un hijo el mas amante, el mas amable y el mejor de todos los hijos posibles. ¿Quién puede, pues, comprender la amarga congoja que causa al corazon de Maria la horrible serie de penas, tormentos y oprobios que ha de sufrir su amadisimo Hijo? Oido el triste vaticinio de Simeon, Ella queda como una cierva herida que lleva siempre la flecha clavada en lo mas vivo de su corazon. Recorre con el pensamiento el tiempo venidero; y ya le parece ver á su amado Hijo bajo una tempestad de azotes que sus carnes, descubren los huesos y hacen correr por todas partes rios de sangre. Ya se lo representa coronado de espinas, cargado con el instrumento de su suplicio, empujado violentamente y ultrajado por sus verdugos, cayendo falto de fuerzas bajo el peso de la cruz. Ora le parece mirar su cuerpo despedazado, tendido sobre la cruz, y que gruesos clavos talaran sus pies y manos; ora lo mira pendiente en una cruz, sumergido en un mar de dolor. Y Ella sufre en su corazon dolores, tormentos y congojas que bastarian para darle á cada instante, no una,

sino mil muertes, si la omnipotencia divina no le conservase la vida para mas largo y mas cruel martirio.

Entretanto, en medio de tan duras penas, Ella adora las disposiciones de Dios, y ofrece á la justicia divina con la vida de su amado Hijo su corazon traspasado de mil dolores por nuestro bien; oblacion que renueva con frecuencia allá al pié de la cruz, siendo su corazon como un espejo de Jesus llagado y moribundo, donde se reflejan todas las penas, todos los tormentos y toda la pasion de su amado Hijo: *clarissimum passionis Christi speculum*, dice S. Lorenzo Justiniano, *effectum est cor Virginis; in illo agnoscebantur sputa, convicia, vulnera*. Lo ve hecho el oprobio de los hombres, la abyeccion de la plebe, la maldicion de todos, abandonado por el cielo y la tierra á la atrocidad de sus tormentos y de su desolacion; lo ve por fin dar el último aliento debajo de sus mismos ojos.

Ante este espectáculo, horrorizado el cielo se oscurece, la tierra espantada tiembla, las piedras se rompen y despedazan: y Maria que ve á su amado Hijo espirando entre tantos tormentos y oprobios, y en tan grande desolacion ¿qué hace? ¿qué dice? No abre la boca para lamentarse, está inmóvil y tiene fijas la miradas en el cuerpo exánime de su amado Hijo. Sufre mortales congojas en su corazon, pero no muere. ¡Hé aquí hasta donde ha llegado el amor de Maria hácia nosotros! ¡Hasta entregar á muerte cruel á su Hijo unigénito! ¡Hasta verle espirar sumergido en un mar de tormentos, de ignominias y de oprobios!

¿Podremos, pues, dudar de que Maria nos ama? ¿Podremos dudar de que se interesa á nuestro favor? ¿Qué mayores pruebas podia darnos de su afecto? Si por nosotros hubiese derramado toda la

sangre de sus venas, si hubiese sacrificado su vida en infame patíbulo, si hubiese terminado sus dias con la mas cruel y la mas ignominiosa de las muertes; ¿podríamos dudar de su amor y de su afecto hácia nosotros? No: entonces estaríamos bien persuadidos de su incomparable amor: entonces diríamos que ha llegado hasta el exceso su amor y que ha traspasado todos los límites. ¿Y no ha hecho por nosotros, entregando á la muerte á su Hijo unigénito, incomparablemente mas que si hubiese derramado toda su sangre y sacrificado su vida en un infame patíbulo? ¿No ama á su Hijo inmensamente mas que á sí misma? ¡Oh! ¡cuán de buena gana, dice S. Bernardino de Sena, cuán de buena gana habria Ella sacrificado su vida y sufrido mil muertes, para librar, si hubiese sido posible, de las penas á su amado Hijo! *Hic erat amor, dice, in Virgine, ut infinites, si fieri potuisset, se morti pro filio tradidisset.* ¡Oh! Cuánto menos doloroso habria sido su martirio, si hubiese podido sufrir Ella misma todos los dolores, tormentos y oprobios en lugar de su amado Hijo Jesucristo. Mas era voluntad del Padre Eterno que Jesús sufriere todos los tormentos, y que los sufriere tambien Maria con su Hijo Jesús; y por lo mismo podemos decir con toda verdad que Maria no sufrió una sola muerte sino muchas muertes, habiendo ofrecido á su Hijo unigénito en la cruz por nuestro amor.

¿Qué pruebas pues podia darnos que nos manifestasen mejor su amor? Ella entrega por nosotros, por nuestra salvacion á la muerte, y muerte infame de cruz, á su divino Hijo que ama incomparablemente mas que á sí misma. *S'c Maria dilexit nos, ut filium suum unigenitum daret.* (D. Bonav.) ¿Podrémos pensar, pues, que no nos ama? No, porque nos ama con un amor incomparable, con un

amor increíble, pues que incomparable é increíble es el amor que profesa á su Hijo al cual por nuestro amor entregó con gran amargura de su corazon á una muerte afrentosa de cruz. Nos ama de tal manera que jamás llegaremos á comprender la grandeza del amor que nos profesa. Nos ama, aunque somos miserables pecadores, porque sabe cuanto costamos á su divino Hijo y á su corazon maternal.

Y ¡cuanto es su cuidado, cuanta su solicitud para librarnos de las garras del enemigo infernal, cuando hemos tenido la desgracia de caer bajo su tirania! Entonces se apresura á reconciliarnos con Dios, alumbrá nuestro entendimiento, mueve nuestro corazon á compungirse, aplaca la indignacion de su Hijo, nos reconcilia con él y obliga al demonio á retirarse de nuestro corazon contrito y humillado.

¿Quién no amará, pues, á una Madre tan amorosa para con nosotros, que, por libertarnos del infierno y conducirnos al paraíso, sacrifica en un infame patíbulo á su mismo divino hijo? Una Madre que, aun siendo miserables pecadores, no nos rechaza, sino que se compadece de nosotros, y es sumamente solícita para sacarnos del lodazal de la culpa, reconciliarnos con Dios y salvarnos? ¿Quién, repito, no amará á una Madre tan tierna y amorosa, y no pondrá en ella toda su confianza? ¡Ah! católicos, amemos á la Virgen que tanto nos ama, y nos ha dado pruebas tan grandes de su amor: confiemos en su proteccion, y no nos abandonará nunca; sino que nos llevará al paraíso de la gloria.

DIA XV.

PODER ILIMITADO DE MARIA.

Los motivos que deben estimularnos á amar á la Virgen Santísima son tantos, cuantas son las excelentes cualidades que la adornan; cada una de las cuales es mas que suficiente para arrebatarnos nuestros corazones y nuestros afectos, porque son proporcionadas á la augusta dignidad de Madre de Dios. Su bondad, su belleza, el amor incomparable que nos profesa, nos estimulan sin duda á amarla, como hemos visto; mas si á todo esto se añade su poder por el que podemos esperar de Ella todos los favores y gracias, nuestro corazón encuentra estímulos mas eficaces para honrarla, servirla y amarla. Ahora pues, detengámonos un poco esta tarde á reflexionar sobre el gran poder de Maria, y veremos que no solo es grande, sino tambien ilimitado; de suerte que Maria lo puede todo, y de Ella lo podemos esperar todo.

No hay duda que Maria está adornada con la cualidad de Reina. La Santa Iglesia la honra, y quiere que la honremos todos con este título: *Salve, Regina*, canta en el oficio divino; *Ave, Regina caelorum; Regina caeli, lætare*, etc. Y no sin razon le da este título, porque si el divino Redentor, dice San Atanasio, es Rey, con razon su Madre debe ser y debe llamarse Reina: *Si ipse Rex est, qui natus est de Virgine; Mater quæ eum genuit, Regina, et Domina proprie, ac vere censetur.* (ser. de Deip.) Para conocer, pues, hasta donde se extiende la autoridad y poder de Maria, conviene saber hasta

donde se extiende el reino de su divino Hijo. Pero ¿quién ignora que este abarca el cielo, la tierra, el infierno, y todo el universo? ¿Quién no sabe que todas las criaturas del mundo deben doblar la rodilla á su presencia? *In nomine Jesu*, dice el Apóstol, *omne genuflectatur caelestium, terrestrium et infernorum.* (ad Philip. 2. 10.) El es el Rey de los siglos, y manda á todas las criaturas visibles é invisibles. No hay una sola criatura que no esté bajo el dominio del divino Redentor.

No menos grande es el reino de Maria: se extiende á todo el universo; y cuantas criaturas hay en el cielo, en la tierra y en el infierno, todas están sujetas á su voluntad: *omnia*, dice San Bernardino de Sena, *quæ sunt divino imperio subjecta, gloriosæ Virgini sunt subjecta.* (tom. 2. c. 61.)

Entre los hombres se llama poderoso aquel monarca que tiene gran muchedumbre de aliados y de vasallos, ricos y valerosos. Asuero era poderoso, porque su imperio se extendía á ciento veinte y siete provincias. Poderoso era Alejandro, porque habiendo vencido á Dario, rey de los medos y de los persas, de tal manera estendió sus conquistas, que *sicut terra in conspectu ejus* (1. Mach. 1. 3.), pareció ser el dueño de toda la tierra. Poderosos eran los romanos, porque tenían muchas naciones aliadas, y dominaban en gran parte del mundo.

Pero ¿qué es todo el poder de los gobernantes de la tierra comparado con el de Maria? Es nada, ó por decir mejor, es una verdadera flaqueza, porque es un poder que domina solamente á algunos hombres, de los cuales muchas veces no puede hacerse temer ni obedecer. Es un poder que puede ser quitado por aquellos sobre quienes se ejerce. Es un poder que á cada instante puede ser vencido y destruido por la muerte. Es, por último, un poder que se confunde con la flaqueza misma. 7

Maria puede llamarse poderosa y muy poderosa, porque su reino no solo se extiende á todos los hombres, y los mismos monarcas deben doblar con reverencia las rodillas delante de Ella, sino que se extiende tambien á los demonios que en la naturaleza son tan superiores á los hombres: sí, hasta los demonios están sujetos al imperio de Maria; porque derrotados y vencidos por nuestra poderosísima Reina, temen y tiemblan con solo oír invocar su santo nombre. Así que el mismo soberbio Satanás que pretendió ser semejante á Dios, hollado y aplastado bajo el pié de Maria, sufre mal de su grado una miserable esclavitud: *sub Mariæ pedibus conculcatus et contritus miseram patitur servitatem* (D. Ber. in Sig. mag.); y así aquel que se gloria de dominar sobre los mortales, como vilísimo esclavo está encadenado bajo los piés de nuestra poderosísima Reina Maria.

Mas el poder de la Virgen Santísima no se limita á reinar sobre los hombres y sobre los espíritus infernales, sino que se extiende tambien á los escuadrones innumerables de espíritus celestiales, cada uno de los cuales es príncipe nobilísimo, bastante poderoso para vencer él solo á los ejércitos mas formidables, para derrocar tronos y destruir monarquías. El príncipe de la milicia celestial San Miguel, que arrojó del cielo al soberbio Lucifer, está siempre pronto con todos los escuadrones angélicos para ejecutar los deseos de nuestra soberana Reina. *Michael dux*, dice San Buenaventura, *Michael dux et princeps militiæ cælestis cum omnibus administratoris spiritibus suis, Virgo, paret præceptis*. (Spec. B. M. V. c. 3.)

Por lo tanto, si por el número y calidad de los súbditos se juzga del poder de los monarcas, ¿quién será mas poderoso que Maria, en cuyo servicio se

ocupa todo el ejército de los ángeles, príncipes nobilísimos y poderosísimos? ¡Cuán cierto es que el poder de los monarcas de la tierra comparado con el de Maria puede llamarse debilidad mas bien que poder por su limitacion y caducidad. Maria puede llamarse con verdad poderosa, porque su reino se extiende á todas las criaturas; sí, Ella reina sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles, sobre todos los demonios y sobre todas las criaturas irracionales, y hasta sobre las insensibles; y su poder jamás sufrirá menoscabo ni disminucion, siendo el poder mismo de Dios: *omnia quæ sunt divino imperio subjecta, gloriosæ Virgini sunt subjecta*.

¿Qué mas? Maria por su divina maternidad adquirió derechos naturales, y á su manera cierta autoridad sobre el mismo Hijo de Dios, de modo que El la obedecia como á su verdadera Madre: *Et erat subditus illi*. (Luc. 2. 51). Y esta obediencia filial á su Santísima Madre no se limitó al tiempo de su vida mortal; porque teniendo su origen en la union hipostática con la naturaleza humana, debe continuar sin sufrir alteracion despues de su resurreccion á una vida inmortal y gloriosa, porque la union hipostática del Verbo con la naturaleza humana es y será siempre iudisoluble; y por lo mismo así como Maria goza y gozará siempre en el cielo de los títulos y derechos de la autoridad maternal, que adquirió en este mundo, así tampoco sufrirá menoscabo el respeto reverencial y la filial sujecion del Hombre-Dios hácia su bendita Madre.

Esto supuesto, ¿qué fuerza no tendrán en el corazon de tal Hijo las súplicas de Maria? Dios ejecuta la voluntad de aquellos que le temen, y se complace en oír sus súplicas, como se lee en la sagrada Escritura: *Deus voluntatem timentium se faciet, et*

deprecationem eorum exaudiet. (Ps. 144. 19.): ¿y no escuchará las súplicas de una Madre, que no solo ha tenido siempre hacia el un santo temor, sino que lo ha amado con todas las fuerzas de su corazón, de una Madre que lo concibió en sus purísimas entrañas y lo alimentó con su leche virginal, de una Madre que tanto se desveló por su Hijo? Con razon afirmó San Bernardino de Sena que *imperio Virginis omnia famulantur, etiam Deus* (tom. 2. serm. 61), pues que el Verbo humanado, queriendo honrar á su divina Madre, oye sus súplicas como si fuesen preceptos. San Gregorio de Nicomedia dice á Maria: *Filius, quasi exsolvens debitum, implet petitiones tuas* (ser. de Exc. Virg.); por lo que Maria puede todo lo que quiere.

¿Cuan grande no debe ser, pues, nuestra confianza de obtener por intercecion de Maria todas las gracias y favores, si la honramos y la amamos, y la profesamos una sincera devocion? ¿Cual seria nuestra esperanza y confianza de obtener de Dios toda suerte de gracias, si supiésemos que todos los ángeles y todos los santos del cielo se interesan á nuestro favor y ruegan por nosotros? No, diriamos luego, no es posible que tales y tantos intercesores no obtengan todo lo que piden de aquel Dios que tanto les ama. No es posible que Dios se muestre sordo á las súplicas de tantos siervos suyos queridos. ¿Por qué, pues, no tenemos viva confianza en Maria? ¿Por qué no ponemos toda nuestra confianza en sus súplicas, valiendo mucho mas sin comparacion una sola palabra, un solo suspiro suyo, que todas las súplicas de todos los ángeles y santos juntos? ¿Quién ignora, hermanos míos, la gran distancia que media entre las súplicas de los siervos y las súplicas de una madre? Maria ruega como madre, y porque asi ruega, *impossibile est, eam non*

exaudiri. Los santos piden como siervos que son, y por este motivo pueden no ser oidas sus súplicas.

Además, si los santos son poderosos, si obtienen gracias á favor de sus devotos, toda su eficacia se funda en la bondad y misericordia divina: *oratio sanctorum*, dice San Antonino, *non innititur alienæ rei ex parte sui; sed tantum misericordie ex parte Dei.* Mas la eficacia de Maria no; no se funda solamente en la misericordia divina, sino que se funda tambien en cierto derecho de su parte: *oratio autem Virginis*, continua el citado Santo, *innititur gratiæ Dei, juri naturali, et justitiæ Evangelii.*

De aquí es que si todos los ángeles y todos los santos se empeñasen delante de Dios á favor nuestro, y solo la Virgen Santísima no nos mirase con ojos de misericordia, serian inútiles sus súplicas, seria vana su proteccion: *Frustra*, dice San Bernardo, *alios Sanctes oraret ille, quem ista (Maria) non adjuvaret.* Mejor diremos con San Anselmo, que si Maria no rogase y no intercediese por nosotros, tampoco intercedería ni rogaria por nosotros ningun santo: *Te tuente*, dice San Anselmo á Maria, *nullus juvabit, nullus osabit*; pero si vos rogais por nosotros: *Te, Domina, orante, omnes juvabunt; omnes orabunt.*

Así pues, católicos, si esperamos gracias, recurramos á Maria. Ella tiene un poder ilimitado, obtiene todo lo que quiere, nada se niega á sus peticiones. No, Ella no es como los miserables grandes del mundo que no siempre pueden lo que quieren. Ella lo puede todo, todo está en su mano, todo le es fácil; y por lo mismo amémosla, portémonos con Ella como buenos hijos, recurramos á Ella en todas las necesidades, y por medio de Ella obtendremos indudablemente lo que pidamos.

DIA XVI.

MARIA ABOGADA PODEROSA DE TODOS.

Aquel que teniendo pendiente un pleito de gran importancia, encuentra un abogado hábil, que por la sabiduría de que está adornado y por la experiencia que ha adquirido no pierde jamás uno, se cree dichoso porque tiene una esperanza fundada de que la causa se decidirá á favor suyo. Nosotros, católicos, tenemos pendiente en el tribunal de Dios una causa de la mayor importancia; pues que de ella depende nuestra eterna felicidad ó nuestra eterna desgracia. Nuestros adversarios son los demonios, adversarios astutos, solapados, malignos, y hartas razones tienen en que fundar sus pretensiones: porque en todo el decurso de nuestra vida están siempre espiando nuestra conducta, y por lo mismo conocen todas nuestras faltas, todos nuestros pecados, que no son pocos, ni de poca monta. Conocen también aquellas culpas que nosotros por ceguera voluntaria no conocemos; y que se nos imputarán por haberlas cometido con ignorancia culpable. Conocen igualmente nuestras inclinaciones perversas, los hábitos malos que hemos contraído, y las pasiones que nos dominan, pasiones que, antes de presentarnos al divino tribunal, sabrán excitar para hacernos caer en el precipicio del pecado, á fin de que merezcamos ser condenados por el Juez supremo de vivos y muertos.

¿Qué será, pues, de nosotros si no defiende nuestra causa un abogado experto? ¿Cómo nos será dado obtener una sentencia favorable, teniendo

contra nosotros adversarios tan astutos y malignos? Pero no desconfiéis. Si somos verdaderos devotos de Maria, nada tendremos que temer en el divino tribunal. Maria es una abogada poderosa que no ha perdido un solo pleito. Ella defenderá nuestra causa, y obtendremos indudablemente una sentencia favorable, á pesar de todos los esfuerzos que contra nosotros harán los demonios. Á fin, pues, de excitarnos á ser siempre devotos de esta gran Señora, y lograr así que interceda á nuestro favor, examinemos esta tarde cuan poderosa es para defender nuestra causa en el tribunal de Dios.

Todos los cristianos tienen por lo regular algun abogado en el cielo. Uno elige á San José, otro á San Francisco, otro á San Antonio, estos á un Santo, aquellos á otro; y hay quien procura tener muchos; sin embargo á los santos no les conviene en todo rigor el título de abogados sino el de intercesores. El intercesor ruega, suplica, recomienda, pide gracia y favor; pero el abogado demuestra, produce razones y derechos y pide justicia. Y ¿quién hay en el cielo que pueda alegar razones y derechos y pedir justicia por nosotros, si por nuestros pecados solo merecemos rigor y suplicios?

Es verdad que Jesucristo habiendo satisfecho plenamente á la divina justicia por nuestros pecados y merecido para nosotros todas las gracias, puede producir razones y derechos á nuestro favor: *filioli, nos, dice San Juan, si quis peccaverit advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum.... Ipse est propitiatio pro peccatis nostris.* (Ep. 1. 2. 1.) Pero Jesucristo ha sido gravemente ofendido por nosotros. Con nuestros pecados le hemos ultrajado, y, en cuanto ha estado de nuestra parte, le hemos clavado de nuevo en la cruz. El es nuestro juez y debe pronunciar sentencia en nues-

tra causa; y por lo mismo no puede ser que no experimentemos cierto temor; y es muy fácil que nos falte aquella confianza tan necesaria para obtener la proteccion de nuestro Abogado celestial.

¿Qué harémos por lo tanto? ¿A qué otro abogado nos dirigiremos que pueda trabajar con buen éxito en pro de nuestra causa? Católicos, este abogado es la Santísima Virgen. Si, Maria es una amorosa abogada que puede trabajar por nosotros con esperanzas de feliz éxito, puede presentar razones y derechos á nuestro favor y hacer que triunfe nuestra causa: porque siendo verdadera Madre de Jesus, tiene razones y derechos maternos sobre El, no habiéndose emancipado jamás de la autoridad de Maria; y por lo mismo tiene á su disposicion todas las penas y todos los tormentos que el Salvador sufrió, y toda la sangre que derramó en la cruz, de la cual una sola gota es mas que suficiente para satisfacer á la divina justicia por los pecados de todo el mundo y para merecernos todas las gracias. Con estos tesoros en la mano se presenta Maria delante de Dios y le dice: Señor, es verdad que los hombres no hacen otra cosa que ofenderos y no parece que los hayais criado sino para irritar y encender vuestra indignacion. Demasiado merecen, pues, ser castigados, privados de vuestras gracias y arrojados al profundo del infierno. Mas aquí teneis, Eterno Padre, una compensacion condigna, una compensacion sobreabundante por todas las injurias que os han inferido los hombres. Aquí os presento los dolores, los tormentos, la sangre de Jesus, que es tambien sangre mia. Aplaque esta sangre vuestra indignacion, muévaos á compadeceros de vuestras criaturas, muévaos á trocar su corazon, convertirlas y salvarlas. Y á estas palabras de Maria, á estas ra-

zones eficacisimas ¿podrá mostrarse inexorable el Padre Eterno?

Estaba inexorable el Rey Asuero cuando engañado por el pérfido Aman condenó á muerte al pueblo de Israel diseminado en las diversas provincias de su vasto imperio. Habíase prohibido con pena de muerte el presentarse para interceder por aquel pueblo á la vista del rey, á no ser por él llamado. Todos los israelitas estaban sumidos en la mayor consternacion; por todas partes se oían gritos desgarradores de desesperacion y llanto; pero ¿de qué servia todo esto? La sentencia estaba dada y la condenacion se habia publicado en todas las provincias; y á nadie era permitido presentarse al Rey para obtener la revocacion, por lo que aquellos desdichados veían la muerte sobre sus cabezas sin esperanza de remedio.

Hallóse por fortuna una Ester, la hermosa esposa de Asuero, la cual despreciando todos los peligros se presentó valerosa al trono del monarca; é intercediendo á favor de su pueblo, indujo al rey á revocar la sentencia, y á descargar sobre la cabeza de aquel malvado ministro el mal que contra todo un pueblo habia maquinado.

Ahora, pues, si Ester obtuvo de Asuero lo que se creia del todo imposible obtener, si con tanta facilidad aplacó su indignacion y libró á su pueblo de la sentencia que en su daño se habia fulminado, solo por ser esposa, y esposa muy querida de Asuero, ¿con cuanta mayor facilidad aplacará la Santísima Virgen la indignacion de un Dios justamente irritado contra nosotros, y nos restituirá á su gracia, y hará revocar la sentencia de muerte, muy merecida por nuestros pecados, si acudimos á Ella é imploramos su patrocinio? Ester obtuvo de Asuero lo que quiso, porque era muy amada de él por

su gracia y hermosura; pero ¿cuanto mas amada de Dios es la Virgen Santísima? Ella desde la eternidad agradó á Dios, el cual de tal manera se complugo en Maria que le dió siempre el primer lugar en sus eternos decretos: *Ego ex ore Altissimi prodivi primogenita ante omnem creaturam.* (Ecl. 24. 3.) Ella como hija predilecta jamás estuvo sujeta á culpa alguna: y mientras que la muchedumbre de los hijos de Adan es ya pecadora antes de haber nacido, Ella sola puede gloriarse de la prerogativa de ser inmaculada: *Tota pulchra es....* le dice Dios, *et macula non est in te;* Ella entre todas fué elegida para esposa del Espíritu Santo: *concepit de Spiritu Sancto.* Ella es Madre del Unigénito del Eterno Padre: *de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.* (Mat. 1. 16.) Ella, por lo tanto, es hija, madre y esposa de Dios. ¿Qué mas puede decirse para comprender que no hay amor comparable con el que Dios profesa á la Virgen Santísima? ¿Quién podrá, pues, espresar cuan de buena gana escucha Dios sus palabras, cuando defendiendo nuestra causa en el divino tribunal?

Si Maria no tuviese mayores méritos que los que tenia al ser declarada Madre de Dios, sería, sin embargo, poderosísima para hacer triunfar nuestra causa en el tribunal divino. Fijad por un momento la vista en las cercanías del monte Siná. Heos aquí congregado á todo el pueblo de Israel, libertado por Dios con los mas estupendos prodigios de la dura esclavitud de Faraon para conducirlo á la tierra prometida. Á la luz del relámpago y en medio de los estampidos del trueno recibe de Dios la ley que promete observar con toda exactitud: *Cuncta quae locutus est Deus, faciemus.* (Exod. 9. 8.) ¿Pero qué? Apenas habian trascurrido cuarenta dias, olvidado de Dios, que tanto le

habia distinguido entre todos los pueblos, y olvidado de su ley, le vuelve las espaldas, adora, cual si fuese Dios, á un idolo infame y le ofrece victimas y sacrificios. Dios, indignado contra un pueblo tan necio é ingrato, ha resuelto exterminarlo. Pero Moysés se opone á la indignacion de Dios, y ante el divino acatamiento llora, ruega, suplica á la divina Majestad, aplaca su indignacion y lo reconcilia con su pueblo: *Placatus est Dominus, ne faceret malum, quod locutus fuerat adversus populum suum.* (Exod. 33. 14.)

Si Moysés pudo oponerse al furor de Dios, si pudo aplacar su indignacion y reconciliar con El al ingrato y sacrilego pueblo de Israel, porque era fiel siervo suyo; ¿no podrá Maria aplacar la divina indignacion y reconciliar con Dios á los pecadores? ¿No podrá alejar de ellos los azotes y castigos que merecen? Aunque Maria no tuviese mayor gracia ni mayor mérito que el que tuvo antes de ser Madre de Dios, con todo su oracion seria mucho mas eficaz que la de Moysés, porque aun asi el mérito de Maria habria sido incomparablemente superior al de este esclarecido varon.

Empero no tiene solo un simple mérito superior, sino inmensamente superior; porque á cada instante aumentaba el mérito que adquiriera en un principio. Ella está además adornada de la gracia de la divina maternidad que tiene algo de infinito, y es Madre verdadera de Dios, y como á tal goza de una autoridad soberana, de la que ningun otro participa. La dignidad de madre le da un derecho legitimo para obtener de Dios cuanto quiere. ¿Cual entre todas las criaturas puede gloriarse de que Dios le sea deudor de alguna cosa? Preguntad á todos los escuadrones de los ángeles, preguntad á todos los santos y á todos los justos, preguntad,

por último, á todas las criaturas, y decidles: ¿podeis presentar algun derecho respecto de Dios? ¿Os podeis gloriar de que os sea deudor de alguna cosa? Y todos á una voz os responderán que Dios no es deudor á nadie, antes bien Él es el que difunde su bondad sobre todas las criaturas, Él es el que las da el sér, el movimiento, la vida y todas las cosas naturales y sobrenaturales: *non indigens aliquo; cum Ipse det omnibus vitam, inspirationem, et omnia.* (Act. 17 25.) ¿Ninguna criatura, ni en el cielo, ni en la tierra puede presentar crédito alguno para con Dios? ¿Ninguna criatura puede gloriarse de tenerlo deudor? Ninguna absolutamente.

Pero no puede decirse lo mismo de Maria; pues que por razon de su divina maternidad puede con muchísima razon gloriarse de tener á Dios por deudor: *Euge, la dice S. Metodio, euge, quæ debitorem illum habes, qui omnibus mutuatur.* ¡Cuán grande es vuestra gloria, Virgen Santísima, pues teneis por deudor á aquel á quien todos somos deudores! ¿Y en qué cosa es deudor Dios á Maria? Le es deudor de su sacratísima Humanidad. Ella le vistió de carne humana, Ella le dió el ser pasible, Ella le comunicó su poder que no habia recibido del Padre Eterno, es decir, el poder de padecer, de morir y de satisfacer á la divina justicia por los pecados del mundo.

¿Qué causa, pues, no hará triunfar en el divino tribunal, si tiene por deudor al mismo Dios? Ella, dice S. Pedro Damiano, se presenta en el altar de la reconciliacion humana no tanto para suplicar, como para mandar. Ella no se presenta como sierva, sino como Señora; no como súbdita, sino como Madre: *accedis, le dice, ad illud humanæ reconciliationis altare, non solum rogans, sed imperans; Domina, non ancilla.* y, por lo mismo, es imposible

que no obtenga todo cuanto quiere, porque su divino Hijo, como para satisfacer á la deuda contraida con su Madre, por haberle dado el ser de hombre, le concede con mucho gusto cuanto Ella quiere: *Filius, dice á la Virgen Gregorio de Nicomedia, quasi exolvens debitum, implet petitiones tuas.*

Así, pues, si deseamos que nuestra causa tenga un éxito feliz en el divino tribunal, pongámosla en las manos de Maria que es una abogada poderosísima. Ella nos alcanzará, antes de presentarnos en el tribunal divino, las luces y gracias necesarias, y la contricion de los pecados, y dispondrá las cosas de manera que logremos infaliblemente una sentencia favorable.

DIA XVII.

MARIA ABOGADA MISERICORDIOSA DE TODOS.

Abogada poderosa y muy poderosa para todos es Maria Santísima, como lo explicamos en el discurso de ayer: *grande privilegium Mariæ, dice San Buenaventura, quod apud Filium sit potenti-sima* (in spec. lect. 6, 7.); ya que alcanza de su Hijo lo que quiere: nada se niega en el cielo á sus súplicas. Mas ¿de qué nos serviría el gran poder de la Virgen, si no quisiese interceder por nosotros, si no cuidase de interponer su gran poder y valimiento? ¿De qué nos serviría, repito, todo su poder? De nada; seria para nosotros como si no existiese. Pero no; no dudemos, nos dice el referido santo Doctor, no dudemos de que Maria quiera interceder por nosotros: tengamos de ello una completa certeza, y demos siempre gracias á Dios y á su divina Madre,

porque así como es mas poderosa con Dios que todos los santos, así tambien es la abogada mas amorosa y mas solícita de nuestro bien. *Carissimi*, nos dice el citado Doctor, *sciamus indubitanter, et pro hoc gratias agamus incessanter Deo, quia sicut ipsa apud eum omnibus sanctis est potentior; ita pro nobis est omnibus sollicitior*. Acudamos, pues, con confianza á su patrocinio en nuestras necesidades, y obtendremos seguramente todo lo que pidamos: y para excitarnos á confiar en su proteccion, veamos esta tarde como Maria es una abogada misericordiosa para con nosotros.

Faraon Rey de Egipto, para honrar al patriarca José, hijo de Jacob, quiso que todos los pueblos sujetos á su poder recurriesen á él en sus necesidades, y que no se dispensase gracia alguna que no pasase por las manos de José: y con este objeto le comunicó toda su autoridad, le entregó todos sus tesoros y confió á su arbitrio el dispensar todas las gracias que debieran concederse; de suerte que cuantos acudian á Faraon para ser socorridos en sus necesidades, todos debian dirigirse á José para obtener lo que deseaban.

Una cosa igual ha hecho Dios con Maria Santísima. Quiere honrar á su amadísima Madre, y quiere que sea honrada tambien de nosotros; y por este motivo ha puesto en sus manos todo su poder, todos sus tesoros, todas sus gracias: y el que desea recibirlas, es necesario que acuda á Maria y se las pida con reverencia y confianza: *Intuemini*, nos dice S. Bernardo, *quanto devotionis affectu a nobis eam (Mariam) voluerit honorari, qui totius boni plenitudinem posuit in Maria*. (Ser. de Nat. B. V. M.) Mirad, nos dice el Santo, con quanto afecto de devocion quiere que honremos á su Madre, habiendo puesto en sus manos la plenitud de todos los

bienes, á fin de que conozcamos que todos los que recibimos, nos vienen de sus manos: *ut si quid spei in nobis est, si quid gratiæ, si quid salutis, ab ea noverimus redundare*. (Idem. ibid.)

De aqui es que Dios no solo le comunicó toda su autoridad, le entregó todos sus tesoros y le confió la distribucion de sus dones y gracias; sino que la dotó tambien de tal bondad, de tal ternura y compasion hácia nosotros, que muchas veces antes de pedirselo corre á socorrernos y favorecernos: *Velocius occurit ejus pietas quam invocetur*. (Ric. de S. Vict. in cant. c. 23.) ¿Qué súplica le habia dirigido su prima Sta. Elisabet, cuando sin haberla invitado ni haberla dirigido una sola palabra, la vió entrar en su casa y ya desde luego se sintió llena del Espíritu Santo ella y el hijo que llevaba en su seno? ¿Qué súplica le habian dirigido los esposos del Caná, cuando la benignísima Señora, para librarlos de la vergüenza que iban á sufrir en el convite nupcial, les proveyó con un milagro de excelente vino? ¿Y quién puede decir cuantas otras veces ha hecho experimentar los efectos de su bondad sin ser rogada? Los evangelistas, lo propio que de Jesús, no dicen de Maria todo lo que hizo.

Por lo tanto, si Maria se muestra tan solícita para socorrer á los necesitados y distribuir gracias sin ser rogada, ¿cuánto mas solícita será para consolar á aquellos que acuden á Ella é imploran su auxilio? *Si tam prompta*, dice Novarino, *ad auxilium currit non quæsitæ, quid quæsitæ præstitura est*. (c. 10, ex, 27.) ¡Ah! Los que tienen la dicha de ser devotos de esta gran Señora saben muy bien cuan compasiva y benigna es, y cuan pronta para conceder gracias y bendiciones á todos los que acuden con confianza á su maternal piedad. ¿Quién ha recorrido á Maria y le ha pedido su auxi-

llo, pregunta Inocencio III, y no ha sido oído de Ella? *Quis invocavit eam, et non est exauditus ab Ipsa?* (ser. de Ass. B. M. V.) *Revera nullus unquam*, responde el Beato Eutiquiano. No, no se ha visto jamás este caso, ni se verá jamás. Faltarán antes el cielo y la tierra que Maria deje de oír al que pide devotamente su proteccion. *Cilius cælum et terra peribunt; quam Maria aliquem serio se implorantem, sua ope destituit.* (Blas. in spec. c. 12.)

Ni el haberla nosotros traspasado el corazon tantas veces cuantas hemos crucificado con nuestros pecados á su divino Hijo, es motivo suficiente para desalentarnos y hacernos desconfiar de su bondad, porque si es cierto que hemos traspasado su corazon tantas veces cuantas hemos pecado, no lo es menos tambien que Ella es reina y madre de misericordia. La Iglesia quiere que la saludemos con estos hermosos títulos: *Salve, Regina, mater misericordiæ.* ¿Y quiénes son los súbditos de la misericordia? ¿Acaso los justos? ¿los inocentes? ¿los santos? No tienen necesidad de médico, ni de medicina los que gozan de buena salud, sino los enfermos, los que sufren graves dolencias; y por lo mismo nos asegura el divino Redentor que no ha venido á llamar á los justos sino á los pecadores que tienen necesidad de la misericordia: *Non enim veni vocare justos, sed peccatores.* (Math. 2. 14.) Los pecadores son, pues, los súbditos de la misericordia: ellos son propiamente los miserables, ellos son verdaderamente los infelices que tienen necesidad suma de la misericordia: *qui sunt, dice San Bernardo, subditi misericordiæ, nisi miseri?* (in Sal. Reg.) El reinado de la misericordia no se funda sino en la miseria de los otros, y no habria necesidad de misericordia sino hubiese miserias que

socorrer ó pecados que perdonar: y cuanto mas graves, mas enormes y mas monstruosos son estos, si se aborrecen y detestan de veras con dolor sincero de haberlos cometido y firme propósito de no cometerlos jamás, tanto mas exaltan y honran á la misericordia que los perdona.

Por consiguiente, si Maria es la Reina y la Madre de la Misericordia, ¿porque temeremos acudir á su patrocinio, ó dudaremos de que quiera interceder á favor nuestro, por graves y enormes que sean nuestros pecados? Mientras que los detestemos de todo corazon, y estemos resueltos á enmendarnos, no dudemos acudir con confianza á esta nuestra benignísima abogada. La encontraremos siempre dispuesta y pronta para ayudarnos y protegernos cerca de su divino Hijo: *Invenimus eam*, afirma Ricardo de S. Lorenzo, *invenimus eam semper paratam auxiliari.*

Y ¡con qué amor! ¡con qué solicitud intercede por los pecadores, cuando quieren salir de la heidiondez de sus pecados, y á este fin se dirigen á Ella y piden su patrocinio! Ella les alarga inmediatamente las manos; los consuela, da compuncion á su corazon, intercede cerca de su Hijo, les obtiene el perdón, y no cesa hasta haberlos reconciliado con él. S. Agustin, considerando la solicitud de Maria á favor nuestro, para obtenernos de Dios el perdón de los pecados cometidos, la asistencia de su gracia y la perseverancia en el bien, dirigiéndose á la Virgen Santísima, dice: *Unam ac te solam pro nobis in cæli fatemur esse sollicitam* (ex D. Bon. in spec. lect. 6.); y quiere decir con las citadas palabras: Señora, es verdad que tambien los demas santos desean nuestra salvacion, ruegan y se interesan por nosotros; pero el amor que vos manifestais, el cuidado y solicitud que por

nosotros os tomáis, es tal y tan grande que nos causa la mayor admiración, y casi nos hacen creer que Vos sola cuidáis de nuestro bien y de nuestra salvación eterna: *Unam ac te solam pro nobis falemur esse sollicitam*. Si, católicos, Maria nunca se cansa de interceder por nosotros cerca de Dios, para defendernos de su indignación, impetrarnos las gracias y salvarnos: *non est satiety defensionis ejus*. (D. Germ.)

¿Quién, pues, no acudirá á esta amorosísima abogada? ¿Quién no tendrá la mas segura confianza de obtener por su medio todas las gracias y favores? ¡Ah! católicos, demos gracias á Dios de todo corazón por habernos dado en Maria una abogada que, siendo la mas poderosa de todos los santos, es tambien la mas amorosa, mas tierna y mas solícita por nuestro bien; de suerte que el que pone en Ella su confianza, puede estar seguro de salvarse, aunque hubiese cometido las mas enormes maldades.

La Santa Iglesia la llama refugio de pecadores, no de algunos precisamente, sino de todos, aun de aquellos que están encenagados en los vicios mas enormes y mas monstruosos, si imploran su protección; porque á ninguno rechaza, á ninguno niega su patrocinio, á todos los acoge con benignidad y amor, los consuela, los protege y los reconcilia con su divino Hijo: *quos ut ad se ex corde clamare conspexerit, statim adjuvat, suscipit, et Judici reconciliat*.

En la ley antigua mandó Dios que su pueblo tuviese algunas ciudades de refugio en las cuales estuviese segura la vida de los delincuentes: y para facilitarles la entrada, queria que fuesen fáciles y llanos los caminos que á ellas conducian. Y si se encontraba alguna encrucijada, se ponía, dice un exposi-

tor, una columna que mostraba el verdadero camino para que no se desviasen los que lo seguian. Ahora no existen ciudades de refugio; pero hay una que es la Virgen Santísima, de la cual dijo el Real Profeta: *gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei*. (Ps. 86.) Hay, no obstante, gran diferencia entre esta y aquellas: en las ciudades de refugio señaladas al pueblo de Israel no encontraban asilo todos los delincuentes, ni para toda suerte de delitos; mas en Maria pueden refugiarse todos los pecadores, y aunque reos de toda suerte de maldades, hallarán asilo y seguridad en ella: *Ego civitas refugii*, así la hace hablar San Juan Damasceno, *ego civitas refugii omnium ad me confugientium* (or. 2. de dor. B. M. V.); y es tan fácil la entrada en esta ciudad que basta el quererlo. Basta que el pecador se dirija á Maria y le pida que lo acoja bajo su protección y tenga voluntad sincera de enmendarse para tener asegurada la salvación su alma.

Héos aquí cuan misericordiosa abogada es Maria. Ella no niega sus buenos oficios á nadie, ya sea justo, ya pecador, aunque esté enredado en los vicios y pecados mas enormes: si acude á Ella y le pide su protección con voluntad sincera de enmendarse, Maria acoge benignamente sus súplicas, intercede por él y le obtiene el perdón de sus iniquidades, lo reconcilia con Dios y lo conduce al paraíso.

Dirijámonos, pues, á esta gran Señora; pongamos toda nuestra confianza en esta abogada misericordiosa. Es poderosísima cerca de Dios, y su bondad y misericordia es igual á su poder. No nos desaliente el número de los pecados, por graves y enormes que sean, si tenemos verdadera voluntad de enmendarnos. Maria defenderá nuestra causa

delante de Dios, y procurará obtenernos el perdón y aquellas gracias y auxilios eficaces que hacen perseverar en el bien, y, por último, nos llevará consigo á la gloria, donde amaremos y alabaremos siempre en su compañía á la divina Bondad.

DIA XVIII.

MARIA SANTÍSIMA TESORERA DE TODAS LAS GRACIAS.

El reino de los cielos, dice el divino Redentor, es semejante á un tesoro escondido en un campo, que debe comprarse á cualquier precio, como lo hizo aquel hombre, de quien nos habla El mismo en su Evangelio (Math. 13. 44.), que vendió cuanto tenía para adquirir aquel campo en que habia descubierto un tesoro, *quem qui invenit homo..... vendit universa, que habet, et emit agrum illum.* Este tesoro, dice San Buenaventura, es el mismo Jesucristo que es el manantial de las divinas gracias; y el campo en que está escondido este tesoro no es otro que la Virgen Santísima: *Ager iste, dice el Santo Doctor, est Maria, in qua thesaurus Dei Patris absconditus est.* (Spec. 7.) Y las gracias que Jesus nos dispensa pasan todas por este campo en que quiso esconderse, que es su Santísima Madre. El que desea gracias, pues, debe dirigirse á este campo, esto es, debe recurrir á Maria y pedirselas con confianza y obtendrá infaliblemente cuanto necesite.

Por lo tanto, á fin de animarnos á recurrir con toda confianza á esta amorosa Madre, os probaré esta tarde que Ella ha sido constituida tesorera de todas las gracias.

El Verbo encarnado quiso ya desde el principio de su concepcion immaculada, llenar la casa toda de Elisabet, madre del Bautista, de favores celestiales. Mas ¿cuál fué el canal por donde corrieron aquellas gracias que debian hacer dichosa y afortunada aquella casa? No fué otro, ciertamente, que su bendita Madre. Por esto le inspiró que visitase á Elisabet y pasase en su compañía cerca de tres meses. Maria se pone sin demora en camino, corre, vuela: *abiit in montana cum festinatione* (Luc. 1. 39.); porque cuando se trata de hacer bien al prójimo, Maria no sabe diferirlo: entra en la casa de Zacarías, saluda á Elisabet, y al oír esta la salutacion, queda llena del Espiritu Santo. El infante que lleva en su seno da saltos de contento, porque purificado del pecado original es santificado antes de ver la luz del mundo. La lengua de su padre mudo, llena ahora tambien del Espiritu Santo, desátase algunos meses despues para profetizar y para cantar las divinas alabanzas. En suma, la presencia de Maria llena de favores celestiales toda la casa de Elisabet. Estas son las primeras gracias que sabemos hizo en la tierra el Verbo encarnado, gracias que no quiso dispensar sino por medio de su Madre; á fin de que entendiésemos que desde entonces la constituia tesorera y dispensadora de todas las gracias.

En efecto, si el Verbo divino no quiso encarnarse sin el consentimiento de Maria, si el Padre eterno no quiso darnos su Hijo unigénito sino por medio de Maria, como canta la Iglesia: *nobis datus, nobis natus ex intacta Virgine;* ¿quién podrá poner en duda que quiere tambien por sus manos dispensarnos las gracias? Faraon por medio de José suministraba trigo á los egipcios para que no muriesen de hambre? pero quiso que se les distribuyese por

medio de José. Y era muy justo que distribuyese los alimentos á los súbditos de aquel monarca el mismo por cuyo concepto se habian hecho los acopios. No de otra manera ha obrado el Padre eterno. Nos ha enviado un Redentor que pagase el precio de nuestro rescate, á fin de que no estuviésemos para siempre oprimidos bajo la dura esclavitud del demonio; pero nos lo envió por medio de Maria. Maria fué quien lo vistió de carne humana, Maria le hizo capaz de padecer y morir, Maria le hizo capaz de satisfacer, en el modo que Dios tenia dispuesto, el precio de nuestra redencion: por lo que es muy justo que por las manos de aquella de quien hemos recibido el Redentor, se nos dispensen los frutos de la redencion, que son las gracias y los favores divinos.

Del hecho de habernos dado Maria el Redentor Jesus deduce S. Bernardino de Sena, que no solo ha sido constituida depositaria de todas las gracias, para repartirlas á su voluntad, sino que tambien ha adquirido cierto derecho sobre todos los dones, virtudes y gracias que tienen origen en su divino Hijo: *A tempore, dice, quo Virgo Mater concepit in utero Verbum Dei, quamdam, ut ita dicam, jurisdictionem obtinuit in omni Spiritus Sancti processione temporali*, (Ser. 61, tract. 1, a. 8.); y por lo mismo dispensa las divinas gracias á quien quiere, cuando quiere, como quiere y en el grado y medida que quiere, como continua diciendo el citado Santo: *Ideo omnia dona, virtutes et gratia ipsius Spiritus Sancti quibus vult, quando vult, quomodo vult, et quanto vult per manus ipsius administrantur*. (Ibid.)

Esta verdad es confirmada por S. Bernardo, el cual dice que queriendo Dios redimir el linaje humano, puso en Maria todo el precio de la reden-

cion, y con él la plenitud de todos los bienes, á fin de que entendamos que todos los bienes que recibimos de Dios, nos vienen por las manos de Maria. La misma verdad enseña San Pedro Damiano, el cual, dirigiéndose á Maria, le dice: en vuestras manos Dios ha puesto todos los tesoros de su misericordia infinita: *In manibus tuis omnes thesauri miserationum Domini*. Lo mismo asegura aquel prelado tan devoto de Maria, S. Idefonso de Toledo, el cual, hablando con la Virgen, le dice: Todas las gracias que Dios ha determinado hacer á los hombres, todas ha querido que pasasen por vuestras manos, y por lo mismo ha puesto a vuestra disposicion y voluntad todos sus tesoros: *omnia bona quæ illis (hominibus) summa Majestas decrevit facere, tuis manibus decrevit commendare: commissi quippe tibi sunt thesauri et ornamenta gratiarum*, (in cor. 5. c. 15.). De modo que, añade S. German, ninguno recibe gracias sino por vuestras manos, ninguno se salva sino por medio de Vos: *Nemo, qui salvus fiat, nisi per te, nemo donum Dei suscipit, nisi per te*, (Ser. de dorm. Virg.) Lo mismo... pero ¿de qué sirve el aducir tantas autoridades? Tarea larga y enojosa seria el citaros todos los textos de los Padres y Doctores de la Iglesia que confirman esta verdad.

Si el Apóstol S. Pablo prueba que el Eterno Padre nos ha dado todos los bienes, fundado en el hecho de habernos dado su Hijo Unigénito: *¿quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* (ad Rom. 8. 32.), ¿porqué del hecho de haberse su Hijo dado todo á Maria, elegida por él para ser su Madre muy amada, no podremos nosotros deducir, que le dió tambien todos sus bienes y la hizo depositaria de sus méritos y tesorerera de sus gracias, para que las dispense á quienes, cuando y como

Ella quiera? Él sabe muy bien por una parte que Maria en todo se conforma á su voluntad y obra siempre segun sus deseos: y por otra quiere difundir en sus criaturas los frutos de su redencion; pero éstas reconociendo en El una majestad infinita, que han ofendido gravemente muchas veces, con mucha frecuencia no tienen toda aquella confianza que seria necesaria para poder participar de tales frutos: y por lo mismo ¿quién estrará que haya puesto todo el precio de la redencion en manos de Maria, y la haya constituido tesorera y dispensadora de aquellas gracias que nos mereció con su pasion y muerte? Maria, aunque elevada á la excelsa dignidad de Madre de Dios, es, sin embargo, una pura criatura, y es todo amor y ternura hácia nosotros, y por lo mismo muy inclinada á favorecernos y consolarnos; de aqui es que podemos recurrir á Ella con toda confianza y sin ningun temor.

Anádese á esto que habiéndole conferido el divino Redentor la autoridad maternal sobre sí mismo, y habiéndose portado siempre con Ella como hijo amoroso y reverente, no es creible que no le haya confiado tambien todos los tesoros de la redencion del hombre, haciéndola dispensadora absoluta de sus gracias, como lo afirman los Padres y Doctores de la Iglesia. Por lo mismo, si queremos gracias, si queremos auxilios, acudamos con toda confianza á esta tesorera amorosa.

Ella no solo es Madre de Jesús sino tambien Madre nuestra, y nos ama con un amor tiernísimo, con un amor incomparable. ¿Qué es, pues, lo que podemos temer? ¿Qué obstáculos pueden impedirnos el acudir á Ella con confianza? ¡Ah! no; su corazon de madre no le permite rechazarnos. Acudamos, pues, con entera confianza á esta Madre amorosa en todas nuestras necesidades espirituales y temporales, y alcanzaremos todo cuanto pidamos.

Ella, dice S. Buenaventura, habiendo tenido encerrada en su purísimo seno á una persona divina, ha venido á ser como un océano de la Divinidad, del cual se derivan los rios de las divinas gracias: *de cujus utero, quasi de quodam Oceano Divinitatis, flumina emanant omnium gratiarum.* (In spec. c. 3.) ¿Cuáles son las gracias que dimanán de este Océano? Todas, sin ninguna excepcion: *flumina emanant omnium gratiarum.* De este Océano nace la gracia de las gracias, es decir, Jesús Redentor: de él dimana la gracia santificante y la divina caridad, de él las gracias naturales que nos previenen, y nos hacen obrar el bien, de él dimanán los méritos de las buenas obras, y de los sufrimientos, de él dimanán la gloria del paraíso, de él, en una palabra, nos vienen todas las gracias: *flumina emanant omnium gratiarum.*

Ea, pues; sepamos aprovecharnos de los tesoros que hay en los manos de Maria. Hacemos el viage á la eternidad feliz; nos hallamos en un mundo lleno de lazos y peligros. Tenemos un gran número de enemigos terribles que nos tienen declarada guerra sin trégua, y están decididos á impedirnos á toda costa el paso, y precipitarnos en el infierno. Nosotros somos débiles é impotentes para escapar de tantos peligros, superar tantas dificultades y vencer enemigos tan poderosos y tan obstinados. En efecto. ¡Cuántos ceden á sus asaltos! ¡Cuántos sucumben á consecuencia de sus engaños y asechanzas! ¡Cuántos son precipitados en el infierno!

Así pues, si no queremos sucumbir á los asaltos de nuestros enemigos, si deseamos llegar al puerto de la eterna felicidad, acudamos á la tesorera y depositaria de todas las gracias. Recurramos con frecuencia á Maria; y Maria nos librará de

los peligros, fortalecerá nuestra debilidad, combatirá con nosotros y por nosotros, hará que obten-gamos una completa victoria y nos llevará infal-blemente á la gloria del cielo.

DIA XIX.

CONTINÚA EL MISMO ASUNTO.

Del linaje de Jesse, decia el profeta Isaías, na- cerá una vara, y esta producirá una flor sobre la cual reposará el espíritu del Señor: *egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascen- det, et requiescet super eum Spiritus Domini.* (Is. 11. 1.) Que la vara de Jesse era la Virgen Maria, y la flor que debia brotar de esta vara, era el divino Redentor, no hay nadie que lo ponga en duda: *Virgam*, dice S. Gerónimo, *Virgam de radi- ce Jesse Sanctam Mariam Virginem intelligimus... et florem Dominum Salvatorem.* Asi que sobre el divino Salvador reposa el Espíritu Santo, porque en él reside toda la plenitud de la Divinidad que es el origen de todas las gracias: *in ipso inhabitat om- nis plenitudo Divinitatis corporaliter.* (ad Col. 2, 9.) El que desea, pues, recibir gracias y favores, busque la flor de esta vara, y en ella encontrará el origen de todas las gracias.

Si, católicos; si queremos alcanzar gracias y favores, debemos acudir á Maria Santísima, y sin Ella jamás los obtendremos, porque, como dice San Antonino: *Qui petit sine ipsa, sine alis tentat volare:* el que pide gracias sin la intercesion de Maria, es como el que quiere volar sin alas. Por lo que, á fin de animarnos mas y mas á recurrir con toda con-

fianza á Maria, vuelvo al asunto de ayer, es decir, á probaros con nuevas razones, que Ella es la te- sorera de todas las gracias; y que á Ella debemos recurrir, si queremos recibirlas.

Cuando el Arcángel Gabriel anunció á la Vir- gen que habia de ser madre del Verbo la saludó llamándola llena de gracia: *Ave, gratia plena.* Ana- dió despues que el Espíritu Santo vendria sobre Ella: *Spiritus Sanctus superveniet in te.* Pero si Maria es- taba ya llena del Espíritu Santo y de gracia ¿á qué fin debia sobrevenir sobre Ella el Espíritu divino? A fin de que, dice S. Bernardo, teniendo gracias abundantes para sí, las tuviese sobreabundantes para nosotros, y desde Ella viniesen las aguas de la divina gracia á fecundar nuestras almas: *ut adve- niente, Spiritu, jam plena sibi, eodem superveniente, nobis quoque superplena, et superfluens fiat.* (Ser. 2. De Ass. B. M. V.)

De aqui es que S. Gerónimo compara á la Vir- gen con aquel rio que salia en el paraíso terrenal, y se dividia en otros cuatro rios que regaban toda la superficie de la tierra: y significan las cuatro fuen- tes de la gracia que salen del seno virginal de Ma- ria y se derraman sobre todos los fieles. Uno de los rios llámase Gehon, que significa *exitus pectoris*, salida del pecho, esto es efusion del corazon: con lo cual se nos indica al Hijo único de Dios que es la gracia de las gracias, el autor de toda gracia, el cual, engendrado por el Padre Eterno, quiso tam- bien nacer del seno virginal de Maria para hacerse semejante á nosotros, entregárenos á nosotros y manifestarnos el incendio de su ardiente caridad. Este rio se derrama por toda la superficie de la tierra para fecundarla y hacerla producir frutos de vida eterna.

Jesús va dando voces por todas partes: El que

tiene sed, venga á mí y beba: *si quis silit, veniat ad me, et bibat.* (Jo. 7, 37.) El que está sediento de los verdaderos bienes, de los bienes eternos, de aquellos bienes que satisfacen el corazón humano, venga á mí, y beba cuanto quiera, y hallará siempre en mí aguas de vida eterna.

Mas da voces inútilmente para muchos, que, sordos á su amoroso llamamiento, en vez de apagar su sed en este precioso río, van á beber en las cisternas disipadas, corren á las aguas cenagosas, que lejos de apagarla, la hacen mas y mas ardiente, y en lugar de satisfacerlos, los deja siempre mas pobres y miserables. Pero si da voces inútilmente para muchos, si muchos cierran los oídos á sus palabras, hay muchos tambien que aceptan con gratitud sus generosos ofrecimientos. ¿Qué otra cosa hacen los que se entretienen al pié de la cruz considerando el exceso de amor que nos ha manifestado el Hijo de Dios derramando toda su sangre y sacrificando su vida por nuestra salvacion? ¿Qué otra cosa hacen aquellos que con las debidas disposiciones se acercan á recibir los sacramentos y especialmente la sagrada Eucaristia? Se acercan al río Gehon para saciarse con sus aguas, que lo son de vida eterna. Aquí queda apagada su sed, aquí hallan consuelo en sus angustias, reposo en sus fatigas, socorro y fortaleza para seguir el camino de la virtud y del cielo, aquí, por último, se encuentran todos los bienes.

De dos fuentes nace este río precioso: del seno de su Eterno Padre y del seno de su purísima Madre; y nosotros nunca hubiéramos podido acercarnos á este río admirable, si solamente naciese del seno de su divino Padre. Maria es quien lo ha hecho visible para nosotros, Maria lo hace correr para regar toda la Iglesia, por Maria podemos acercar-

nos á él, por Maria, en fin, hemos recibido al autor de todas las gracias.

¿Qué seria de nosotros, hermanos míos, si Maria no fuese el manantial de este benéfico río? ¡Ah! Seríamos como un terreno árido y estéril que produce abrojos y espinas, buenas solo para el fuego. Sí, nosotros solo produciríamos espinas y abrojos de iniquidades y pecados, seríamos una raza condenada, destinada á los suplicios del infierno. Pero ¡gracias inmortales sean dadas á Maria! pues por Ella tenemos este río benéfico que riega y refresca nuestras almas, y las hace fecundas en virtudes y en frutos de vida eterna.

El otro río que tenia su origen en el que salia en medio del paraíso terrenal, se llamaba Phison, que quiere decir: *aurifer*, portador de oro; y se llamaba así, ó bien porque, pasando por alguna mina de oro, llevaba una gran cantidad de este precioso metal, ó porque, como parece mas probable, bañaba la tierra de Evilat, donde segun la Sagrada Escritura (Gen. 2. 11.) nace el oro, del cual son tan codiciosos los hombres, y por el cual cometen tantos pecados. Como quiera que fuese, este río se llamaba portador de oro, y con él se nos significa otro río que lleva un oro, el mas precioso de todos los metales; es decir, aquel oro de que la Escritura nos aconseja proveernos para no perecer en la pobreza y miseria: aquel oro que no es otra cosa que la santa caridad, el amor de Dios, la gracia santificante, que vienen á significar lo mismo.

¿Quién puede decir el valor y el precio de esta gracia? El Sabio nos exhorta á procurárnosla á cualquier precio; y cuando hubiésemos dado para poseer tan gran tesoro todo lo que tenemos ó podemos tener, quiere que estemos persuadidos de que es nada cuanto hemos dado.

En efecto, ¿qué es el hombre sin la gracia santificante? Es un objeto de abominacion delante de Dios y de los ángeles del cielo: está sin fuerzas, sin vida, es un informe cadáver que horroriza al cielo y á la tierra, está destinado á abrasarse en el infierno por toda la eternidad, es, en una palabra, un hijo rebelde y un enemigo de Dios. Si, por el contrario, está adornado de un solo grado de gracia, es ya por esto sólo hijo adoptivo de Dios, posee un bien que es el mas grande, noble y excelente de todos los criados, posee un don que aventaja en el precio á todo lo mas precioso que contienen el cielo y la tierra. Posee un bien que le hace amigo y doméstico de Dios, y aun hijo suyo adoptivo, un bien por el cual tiene cierta participacion de la naturaleza divina, un rayo de aquella eterna infinita belleza, por el que es objeto de las complacencias de Dios, de los ángeles y de los santos, y tiene derecho á cuantos bienes hay en el cielo, y aun á la posesion del mismo Dios.

Hé aquí lo que es la gracia santificante. Ya veis cuan grandes son su excelencia, su precio y su valor. Con mucha razon, pues, quiere el Sabio persuadirnos de que nada daremos, aunque diésemos todos los bienes de este mundo, para poseer una gracia tan excelente y preciosa, por la inmensa desproporcion que hay entre esta y aquellos.

Empero, este rio que lleva el oro, ó la caridad y gracia santificante, riega toda la tierra y se divide en tantos canales, cuantos son los Sacramentos y las prácticas de piedad, y nadie hay que no pueda beber de sus aguas y enriquecerse con su oro á su satisfaccion. Mas ¿dónde está el manantial de este riquísimo rio? En la Virgen Maria, porque este rio es el mismo Redentor Jesus que es el principio de todas las gracias, y sin él no nos es posi-

ble salvarnos, como nos lo enseña la fe católica: *Non est in aliquo alio salus.* (Act. 4. 12.) Así, pues, siendo Maria Madre del divino Redentor el manantial del rio Phison y el centro de donde sale el oro de la caridad y de la gracia santificante, nunca habríamos participado de las aguas de este rio, si no nos hubiese dado al divino Jesus.

A lo dicho hay que añadir que Maria, si bien nos ha dado este rio tan abundante y precioso, sin embargo nunca hubiéramos podido enriquecernos con su oro, si Ella con sus súplicas y mediacion no nos hiciese participar de sus aguas. Asi como, dice San Bernardo, no podemos acercarnos al Eterno Padre sino por medio de Jesus Redentor nuestro, como él mismo nos lo asegura: *nemo venit ad Patrem nisi per me* (Joan. 14. 6.); así tampoco podemos acercarnos á Jesus sino por medio de Maria: *per te*, dice el Santo Doctor dirigiéndose á la Virgen, *per te accessum habemus ad Filium, o inventrix gratiæ, mater salutis, ut per te nos suscipiat, qui per te datus est nobis.* Hé aquí la razon porque de Maria recibimos todas las gracias, y por su intercesion logramos la salvacion eterna: á fin de que, dice el Santo, por medio de Maria nos reciba el Salvador que por medio de Ella nos ha sido dado: *ut per te nos suscipiat, qui per te datus est nobis.*

Por lo tanto, si queremos acercarnos al rio Phison, ó á Jesucristo, si queremos enriquecernos con su oro, que no es otra cosa que la caridad y la gracia santificante, y alcanzar la eterna salvacion; dirijámonos con frecuencia á nuestra amorosa tesorera, que no solo es el manantial de aquel rio, sino que Ella es quien debe hacernos participantes de sus misteriosas aguas. Pidámosle, pues, que vuelva hácia nosotros sus ojos misericordiosos;

amémosla de todo corazón, sirvámosla con toda fidelidad y constancia, y serán satisfechos nuestros deseos.

DIA XX.

CONTINUA EL MISMO ASUNTO.

Los pobres oyen hablar con gusto de aquellos personajes que, siendo ricos y abundantes en bienes temporales, son generosos en distribuirlos á los necesitados. Con gusto oyen hablar de tales personajes, porque los miran como instrumentos de que se vale la divina providencia para librarlos de sus miserias, aliviarlos en su pobreza y socorrerlos en sus necesidades.

Nosotros, católicos, somos muy pobres de bienes espirituales, y nuestra pobreza es mucho mas deplorable que la que aflige al cuerpo. Estamos faltos de luces, por lo que no pocas veces no sabemos distinguir el bien del mal, y confundiendo el uno con el otro, llamamos mal al bien y bien al mal. Estamos faltos de fuerzas, por lo que cedemos fácilmente á los asaltos de nuestros enemigos. Somos pobres de virtudes y méritos; y ¿quién sabe con cuantos pecados estamos manchados?

No llevareis á mal, pues, amados oyentes, que os hable esta tarde de un personaje, riquísimo de todo bien, y que cuanto mas rico es, tanto mas fácil es en dispensar sus riquezas á quien las pide. Ya comprendéis quien es el personaje de cuyas cualidades me propongo hablaros. No es necesario que os diga que Maria Santísima es el personaje en cuyas manos Dios ha puesto todos los tesoros de las

divinas gracias, para que las dispense á quien las pida. Si, Maria ha sido constituida tesorera y depositaria de los favores divinos, como os lo manifesté en los dos últimos dias; y esta tarde volveré á tratar del mismo asunto, á fin de dar nuevos estímulos á vuestro corazón para confiar en su patrocinio, y recurrir sin temor á su bondad, y obtener de este modo las gracias que necesitáis.

De la Virgen Santísima, como os dije en el discurso de ayer, nació el divino Salvador que es la gracia de las gracias, el autor de toda la gracia, significado en el rio Gehon que quiere decir salida del pecho *exitus pectoris* ó efusion del corazón; y de la Virgen Maria nace tambien el oro de la caridad y oro santificante, figurado en el rio Phison, que significa: el que lleva oro, y éste, lo propio que el primero, tiene su origen en aquel rio que en otro tiempo veíase nacer en medio del paraíso terrenal, y que significa muy bien á la Virgen, como os he dicho otra vez, pues que, en medio de la Iglesia, hace correr para nuestro bien aquellos dos rios mencionados.

Pero Maria no solo nos ha dado el divino Jesus que es autor de toda gracia, y nos dispensa el oro de la caridad y de la gracia santificante, sino que nos comunica tambien las gracias actuales, significadas en aquel otro rio, llamado Tigris, que como los dos primeros tenia su origen en aquel que salia en medio del paraíso. El rio Tigris, que quiere decir saeta que vuela, es una figura de las gracias actuales prevenientes y excitadas que á manera de dardos amorosos que vuelan por todo el mundo, hieren nuestras almas, las iluminan, las ablandan, las excitan y les hacen detestar el pecado, convertirse á Dios y seguir el camino de la virtud y de la vida eterna.

Cuan necesarias nos sean estas gracias, no hay ninguno que no lo conozca. Nos es del todo imposible sin la gracia actual acercarnos al rio Gehon, quiero decir al Redentor de nuestras almas, y al rio Phison para beber sus preciosas aguas: es decir, que sin la gracia actual somos impotentes para acercarnos á los Sacramentos, entregarnos á las prácticas de piedad, vencer las pasiones, practicar la virtud, para enriquecernos de la gracia santificante. Es necesario que el dardo amoroso venga primero á herirnos el corazon, es necesario que lo sacuda. Conviene que la gracia preveniente y excitante venga á mover nuestras almas, á fin de que se dirijan á Dios, y á Dios lleguen, pues de otro modo no podrian hacerlo nunca.

¡Cuantos de estos dardos amorosos vuelan inútilmente en la tierra! ¡Cuántas gracias actuales se hacen inútiles para tantos y tantas que, absorbida su atencion por los negocios temporales, ó cegados por el amor propio, ó arrastrados por sus pasiones, no hacen caso de ellas, las desprecian ó las rechazan! ¿Qué será de los que desprecian gracias tan preciosas y tan necesarias? ¡Desgraciados! Privados de tales gracias serán abandonados á su debilidad, á sus caprichos, se haran peores cada dia y por último caerán en el abismo del infierno. ¡Ah! ¡cuán útil seria para estos el dirigirse á la Virgen y suplicarle con toda humildad que no permita corran en vano para ellos las preciosas aguas del rio Tigris; y que mueva eficazmente sus corazones con los dardos de la divina gracia, á fin de que huyan del vicio, practiquen la virtud y sigan constantemente el camino del cielo!

Es verdad que todas las gracias nos vienen de Dios; pero tambien lo es que todas se reunen en Jesucristo que nos las mereció, y que de Jesucristo

derivan á nosotros por Maria: de modo que en Jesucristo reside la plenitud de las gracias como en la cabeza, y en Maria reside la misma plenitud como en el cuello por donde pasan para derramarse en el cuerpo mistico de la Iglesia: *In Christo*, dice S. Gerónimo, *in Christo est plenitudo gratiae sicut in capite influente; et in Maria sicut in collo transfundente* (Ser. de Ass. M. V.); y por esto, añade S. Bernardino de Sena, ninguna gracia baja del cielo á la tierra que no pase por las manos de Maria: *Nulla gratia venit de caelo in terram, nisi transeat per manus Mariae*. (Ser. 5. c. 8.)

¿Quién, pues, no conoce que para obtener gracias es necesario recurrir á Maria? ¿Quién no ve que si esta bondadosa tesorera no dirige hácia nosotros las preciosas aguas del Tigris, seremos como una tierra seca y árida, que en lugar de producir frutos de virtud, no produciremos sino espinas y abrojos de iniquidad, dignos de ser arrojados al fuego? ¡Ah, católicos! Sin la gracia nos es absolutamente imposible, como tengo dicho, vencer las pasiones, evitar el pecado, cumplir nuestros deberes, seguir el camino del cielo y conseguir la salvacion eterna: y por lo mismo, si deseamos alcanzar la eterna felicidad, si deseamos salvar nuestras almas, acudamos á esta gran Senora que es la tesorera de las divinas gracias, y las dispensa á quien quiere, cuando quiere y como quiere. No es una tesorera avara que dispense de mala gana las gracias; *nec gratiarum avara custos est*; (Nov. Om. 6. l. cap. 10. exc. 73.), sino que desea con mas ansia dispensarnos las gracias que nosotros recibirlas: *Plus, dice Bernardino de Bustos, plus vult illa facere tibi bonum, quam tu accipere concupiscas*. (Ser. 5. de Nom. M.) Acudamos, pues, con entera confianza á esta benigna y amorosa tesorera, amémosla, profe-

seámosla una devocion sincera, y Ella derramará indefectiblemente sobre nosotros la abundancia de las divinas gracias, con las cuales llegaremos felizmente á la gloria del cielo.

El cuarto rio finalmente, que traia su origen de aquel que nacia en medio del paraiso terrenal, figura muy expresiva de Maria, se llamaba Eufraates, que vale tanto como abundante en frutos, y significa perfectamente la abundancia de frutos que cogen los fieles en el tiempo y en la eternidad. Fijad la vista en toda la extension del campo de la Iglesia, y observad cuanta abundancia de frutos y méritos produce y ha producido en todos los tiempos. Mirad á los apóstoles que con su celo, con sus fatigas y sudores plantaron la fé en el corazon de los fieles, y llevaron á todas las partes del mundo el nombre de Jesus crucificado. Mirad á tantos varones apostólicos, que, abandonando bienes y familia, en medio de mil peligros, sufrimientos y privaciones dilataron el reino de Dios. Observad cuan gran número de mártires sufrieron en obsequio de la fé los mas atroces tormentos, derramaron la sangre, y sacrificaron la vida con la mayor intrepidez. Mirad la inmensa muchedumbre de confesores que para dar pruebas de su fidelidad y de su amor al Criador, unos distribuyeron sus bienes á los pobres, otros se ocuparon en servir á los enfermos, y algunos se escondieron en horribles desiertos para affligir su carne y sujetar al espiritu, abrazados todos en santo amor. Poned la vista en las santas vírgenes que por no manchar su candor, para mantenerse puras, refrenaron los sentidos, dominaron la carne, despreciaron los halagos del siglo y triunfaron de todo el infierno. Observad, por último, cuantas viudas, despreciando las vanidades del mundo, aplicándose en servir con fidelidad á su

Dios, le dieron gloria con su humildad y santas obras. ¡Oh cuán hermoso jardin es la santa Iglesia! ¡Cuántos frutos de virtud y de méritos produce este hermoso paraiso terrenal!

Levantad ahora los ojos del paraiso terrenal para fijarlos en el paraiso del cielo, y observad la muchedumbre de santos y santas, que llevando consigo los méritos abundantes que ganaron en la tierra, están gozando ahora de sus suavísimos frutos. Mirad como sumergidos todos en el dulcísimo piélago de la Divinidad, disfrutan de una gloria inmortal y de una felicidad inmensa; y tanto mayor es su gloria y felicidad, cuanto mas excelentes fueron los frutos de buenas obras que recogieron en el tiempo de su vida mortal.

Empero ¿como adquirieron tantos méritos? ¿De dónde les han venido tantos y tan preciosos frutos de gloria y de felicidad? De aquel rio abundante en frutos, que, como los demás de que se hace mencion, trae su origen de aquel que nace en medio del paraiso terrenal, es decir: se deriva de la Virgen Santísima. Si, Maria es quien nos hace recoger los frutos de los otros rios. Maria nos lleva al rio Gehon, esto es, á Jesus Redentor para enriquecernos con sus virtudes y sus méritos. Maria nos guia tambien á las aguas del rio Phison, excitándonos á recibir los Sacramentos, practicar la virtud y ejercitarnos en las obras de piedad, y á enriquecer así nuestras almas con la gracia santificante. Maria hiere dulcemente nuestros corazones con las gracias actuales, nos ilumina, nos estimula á huir del vicio y á seguir el recto sendero de la virtud. Si, Maria por haber llevado en su purísimo seno al inmenso Océano de la Divinidad y habernos dado al Hijo de Dios que es el autor de todo, es para nosotros el principio y la fuente de la gracia santificante, de

todas las gracias actuales, de las virtudes, de los méritos, de la gloria y felicidad eterna que corresponde á los méritos; y por lo mismo, no cabe duda que es la tesorera y dispensadora de todos los bienes, constituida en esta dignidad por Dios que quiere que todo nos venga por mano de Maria: *Quia sic est voluntas ejus, qui totum nos habere voluit per Mariam.* (D. Ber. ex Nat. B. M. V.)

Siendo esto así, ¿quién no ve la gran necesidad que tenemos de acudir á Maria, y profesarle una sincera devocion? Los egipcios, sabiendo que Faraon lo habia puesto todo á disposicion de José, y que de él solo podian recibir los alimentos para no morir de hambre, acudian humildemente á José y le decian con toda verdad: *salus nostra in manu tua est* (Gen. 47. 25): nuestra salvacion está puesta en vuestras manos, de vos depende nuestra vida ó nuestra muerte. Lo mismo con mayor motivo podemos nosotros decir á Maria: nuestra salvacion, oh Maria, está en vuestras manos: si vos nos mirais con ojos de misericordia, nos salvaremos; en caso contrario, iremos seguramente á la perdicion eterna: porque privados de los auxilios y gracias divinas, iremos empeorando cada dia y caeremos por último en el infierno.

Por lo tanto, amados míos, si deseamos conseguir la salvacion eterna, si queremos llegar á la felicidad eterna, tengamos en grande aprecio la devocion á Maria, procuremos honrarla con prácticas devotas; pero procuremos especialmente amarla de todo corazon, pues que en el amor consiste la devocion verdadera. ¡Dichosos nosotros si somos solícitos en honrarla y amarla! ¡Dichosos nosotros! repito, porque Maria nos mirará siempre con ojos de piedad, se portará siempre como Madre la mas tierna, y nos dispensará generosa-

mente las gracias y auxilios oportunos, para seguir con constancia el camino de la virtud, y llegar finalmente á la bienaventuranza eterna.

DIA XXI.

DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE MARIA.

Á la Virgen Santísima, dice S. Bernardo, como al medio de salvacion de todos los siglos deben dirigirse todas las generaciones pasadas, presentes y futuras: *ad illam (Mariam) sicut ad medium, sicut ad negotium omnium sæculorum respiciant, et qui præcesserunt, et nos qui sumus, et qui sequentur* (Ser. 2. in Pent.); porque siendo Madre del Redentor, en sus manos está puesto todo el precio de la redencion, y á Ella toca aplicar el fruto á nuestras almas. De aquí es que los Profetas, mirándola aun de léjos, la designaron con varios nombres, todos alusivos á la salvacion del mundo. Uno de ellos la llamó arca de santificacion, porque en Ella debia residir el Santo de los santos, de cuya santidad debian participar todos los escogidos; otro, ligera nubecilla que debia cubrir el cielo y hacer llover sobre la tierra las aguas abundantes de la divina gracia; y otro, iris de paz, porque habia de aplacar la indignacion de Dios, y hacérselo propicio. Muchos otros fueron los nombres que le dieron los profetas, y seria tarea enojosa referirlos ahora todos. La Santa Iglesia la ha honrado tambien en todos tiempos con nombres gloriosos y magníficos, llamándola unas veces: Estrella de la mañana, porque anuncia al hermoso Sol de justicia; otras, auxilio de los cristianos, porque los so-

corre y defiende de sus enemigos visibles é invisibles; y á veces puerta del cielo, porque con su mediacion nos introduce en el paraiso: y las generaciones venideras jamás dejarán de honrarla con estos y otros nombres semejantes.

Sin embargo, estos nombres expresan solo algun oficio que ejerce, ó alguna cualidad que la adorna; pero no nos dicen todo lo que Ella es en relacion á Dios y á los hombres. Su verdadero nombre, el nombre propio de la Virgen es Maria: *Et nomen Virginis Maria.* (Luc. 1. 26.) Este nombre expresa lo que Ella es en orden á Dios y á los hombres, nos manifiesta su dignidad y grandeza, y nos hace conocer sus inefables cualidades. De ellas quiero hablaros explicándoos en algunas pláticas los diversos significados del admirable nombre de Maria, á fin de que procuremos pronunciarle frecuentemente con amor y reverencia.

No siendo el nombre de las personas otra cosa que una imágen ó representacion de las mismas, si estas son amigas, ó excelentes en la virtud, excita en quien lo profiere ú oye sentimientos de gozo, estimacion, admiracion y amor. Por el contrario, si son malas las personas y perversas sus cualidades, sus nombres excitan aversion y desprecio. En efecto, oimos hablar de Neron que fué un monstruo de crueldad é ingratitud, y sentimos excitarse en nosotros la aversion y el horror. Oimos proferir el nombre de Judas Iscariotes que fué un monstruo de perfidia, y en nuestro corazon excitase al momento un sentimiento de horror é indignacion; pero si se nos habla de Moisés, aquel gran siervo de Dios, que parecia tener á su disposicion la omnipotencia divina, experimentamos luego un sentimiento profundo de admiracion y respeto. Y cuando se profiere el nombre del Apóstol San Pablo,

vaso de eleccion, predicador del Evangelio en tantas provincias, experimentamos en nuestro corazon afectos de veneracion y amor.

¿Qué afectos, pues, no deberán excitarse en nosotros al oír el santísimo nombre de Maria? Ella es despues de Dios el personaje mas perfecto, mas excelente y mas amable de cuantos ha visto el mundo. Ella cual luna benéfica nos trasmite las influencias del Sol divino. Ella nos ama con un amor tiernísimo; y es toda amor para nosotros. Así, pues, al pronunciar el hermoso nombre de Maria, deben excitarse en nuestro corazon afectos de alegría, estimacion, reverencia y amor. Así, dice San Bernardo dirigiéndose á Maria, vos, Virgen santa, no podeis ser nombrada, sin que se encienda en amor el corazon, ni puede pensarse en vuestro santo nombre, sin quedar lleno de consuelo y fortaleza: *tu nec nominari potes, quin accendas; nec cogitari, quin recrees affectum diligentibus te.* (Apud D. Bon. spec. c. 8).

Ni puede ser de otra manera, porque este nombre encierra en sí inefables cualidades, todas muy á propósito para encender en el corazon la llama de un santo amor, y llenarlo de un gozo inexplicable. En primer lugar este nombre no ha sido inventado por los hombres ni por los ángeles; sino que fué sacado, dice San Pedro Damian, como preciosa joya del tesoro de la Divinidad: *de thesauro Divinitatis Mariæ nomen evolvitur* (Ser. 2. de Ann.) enseñándonos que las tres divinas Personas han puesto á la Virgen Santísima el augusto nombre de Maria. Y le conviene perfectamente este nombre, porque Maria, dice San Ambrosio, significa Dios es de mi linaje: *Deus ex genere meo.* (L. de inst. Virg. c. 5.) El Padre Eterno, pues, le puso el nombre como á Madre que debia ser de su Hijo

unigénito que es una misma cosa con él, distinto sólo por las relaciones; y por lo mismo dándole su propio Hijo, hace que tenga con Dios un verdadero parentesco. El Hijo de Dios le dió el nombre de Maria, porque queria entregarse á Ella y hacerse verdadero hijo suyo, como es hijo verdadero del Eterno Padre; y por lo mismo la hace entrar en un parentesco el mas íntimo con Dios, cual es el que hay entre la madre y el hijo. El Espíritu Santo inseparable tambien del Padre y del Hijo le dió el nombre de Maria, porque habiéndola elegido para ser su esposa, queria darle la divina fecundidad, y obrar en Ella el misterio inefable de la Encarnación; y por esto le da el nombre de Maria, que significa: Dios es de mi linaje: *Deus ex genere meo.*

Hé aquí de qué modo las tres divinas Personas han puesto á la Virgen el nombre de Maria como prenda del íntimo parentesco por medio del cual querian unirla consigo. ¡Oh nombre verdaderamente precioso! ¡Oh nombre adorable, digno de proferirse con la mayor veneracion y respeto! ¡Oh nombre inestimable, que haciéndonos conocer la íntima relacion que Maria tiene con Dios, nos llena tambien de confianza para obtener por medio de Ella todas las gracias y favores que nos convengan. Sí, católicos, la Trinidad Santísima, autora de este gran nombre, al oírnoslo pronunciar con devocion y confianza, por el inmenso amor que tiene á la Virgen, se mueve inmediatamente á compadecerse de nosotros, y el Padre Eterno nos concede de muy buena gana todo lo que pedimos en nombre de su primogénita Hija. El Hijo de Dios nos concede con gusto lo que pedimos en nombre de su amadísima Madre; y el Espíritu Santo nos da sin demora lo que pedimos en el nombre adorable de su Esposa amada. ¿Quién podrá ponerlo en du-

da? Habiéndole concedido las tres divinas Personas tantos privilegios y distinciones, que han querido tuviese tan íntimo parentesco con la Divinidad misma ¿quién puede dudar que conceden con el mayor gusto lo que en nombre de la Virgen se les pide?

Qué mas os diré? Acaso obtendremos mas fácilmente las gracias invocando el dulcísimo nombre de Maria que si invocamos el inefable nombre de Jesus. Así lo asegura S. Anselmo: *Velocior est nonnumquam nostra salus, invocato nomine Mariæ, quam invocato nomine Jesu.* (De exc. V. c. 6.) Los Egipcios pedian á Faraon alimentos para no morir de hambre, y nada obtenian: los pedian al patriarca José, y recibian lo que deseaban; no que José fuese mas poderoso que Faraon, porque este era el rey y aquel el ministro; sino porque Faraon queria honrar de este modo á José: así muchas veces pidiendo las gracias al divino Redentor, no se obtienen, y se reciben si se piden á Maria: *multa petuntur á Deo, et non obtinentur: petuntur a Maria, et obtinentur;* no porque Maria sea mas poderosa que Jesus, sino porque Jesus quiere honrar de este modo á su Santísima Madre: *non quia potentior, sed quia Deus Eam decrevit sic honorari.* (Nic. apud Pat. Pep. Grand. de M.)

Añádese á esto que como por nuestros pecados no merecemos gracia alguna, sino mas bien castigos, invocamos el nombre de la Virgen, á fin de que por sus méritos nos sea concedido lo que por deméritos nos seria negado: *ut dignitas intercessoris suppleat mopiam nostram.* (D. Ans. de ex V. c. 6.) Por lo que, hermanos, si queremos ser favorecidos por Dios, si queremos obtener gracias y auxilios, sepamos valernos del nombre de Maria. Invoquémosla frecuentemente con reverencia y amor: y este gran nombre será para nosotros una

prenda segura para obtener de Dios lo que deseamos.

Otra propiedad encierra el nombre de Maria. S. Pedro Crisóstomo y S. Anselmo nos dicen que significa Señora y Soberana; y esta cualidad conviene muy bien á la Santísima Virgen, puesto que Ella es soberana no solo del cielo, de la tierra y de todas las criaturas; sino tambien de un modo especial es soberana y reina de sus siervos y devotos. Ella los dirige, los gobierna y defiende de sus enemigos. Y ¡cuántas veces impide, ó que sean tentados sus devotos, ó si permite que lo sean, lo hace para que tengan ocasion de adquirir mérito, asistiéndoles, ayudándoles, combatiendo con ellos, y haciéndoles salir vencedores de todos los asaltos del enemigo! Y si los espíritus malignos se transfigurán en ángeles de luz, y con la apariencia del bien ó con pretexto de caridad ú otra virtud, quieren apartarlos del recto sendero y precipitarlos en el pecado, la Virgen, cuando es invocada por sus devotos, ilumina su ignorancia, descubre sus engaños, las astucias y las asechanzas de los demonios, los ahuyenta, los humilla, los confunde, por lo que desaparecen al oír su nombre, como se derrite la cera al calor del fuego: *ruunt (maligni spiritus) sicut cera a facie ignis, ubi inveniunt hujus nominis.... devotam invocationem*, (D. Bon. in spec.): de suerte que por mas que procuren, por mas que se esfuercen los malignos espíritus para hacer caer en el pecado á los devotos de Maria, se ven siempre obligados á retirarse humillados y confusos, porque el solo nombre de esta gran Señora los desbarata y confunde. La Santa Virgen por otra parte no solo se manifiesta Reina soberana de sus fieles siervos defendiéndolos de sus enemigos, sino sobre todo reinando en sus corazones. Es una

Reina sobre todo encarecimiento benigna, y gusta de hacerles experimentar los efectos de su bondad y dulzura. Les sirve de guia en el peligroso viaje á la eternidad, da luz á sus tinieblas, resuelve sus dudas, les alienta en las dificultades, á fin de que puedan vencerlas, los consuela en las angustias, y los defiende en los peligros. Si son justos, los conserva en la justicia, les estimula á crecer siempre en la virtud y en los méritos, les obtiene la perseverancia en el bien y el mayor grado de gloria que pueden conseguir. Y si á causa de la debilidad humana caen en algun pecado y pierden la divina gracia, no los abandona, sino que los compadece, los ilumina, los mueve á dotoerse de sus culpas, y los esfuerza en cierto modo á levantarse de sus caídas y convertirse de nuevo á Dios; y á fin de que no caigan otra vez, los aparta de las ocasiones, les obtiene fortaleza para vencer las inclinaciones perversas y los conduce por último al paraíso.

¡Oh! ¡cuan felices son los siervos de Maria, teniéndolo por Reina á la Madre, Hija y Esposa del soberano Señor del cielo y de la tierra! ¡Cuan felices son, repito, los devotos de Maria! porque en su nombre tienen siempre un escudo impenetrable á los dardos de sus enemigos, y una fuente inagotable de auxilios y gracias para seguir constantemente el camino de la virtud y alcanzar finalmente el premio de la gloria. ¡Oh nombre verdaderamente precioso y adorable, que encierra tan hermosas cualidades, digno de ser esculpido en todos los corazones con caractéres indelebles, y de ser proferido con profunda reverencia, amor cordial y sincera gratitud!

DIA XXII.

CONTINÚA EL MISMO ASUNTO.

San Buenaventura considerando que este mundo es como un gran templo en el cual se alaba en todas partes el augusto nombre de Maria, lleno de júbilo exclama: ¡Oh Señora nuestra, amable Señora nuestra, cuán admirable es vuestro santo nombre en toda la tierra! *Domina nostra, quam admirabile est nomen tuum in universa terra!* (Ps. 8). En efecto, pasad la vista por toda la extensión del orbe cristiano, y observad si hay alguna parte en que no sea glorificado el augusto nombre de Maria, y en que no se oigan sus alabanzas. Mirad cuantos la ensalzan en el púlpito con sus discursos y panegíricos, cuantos publican sus alabanzas en los libros, cuantos procuran eternizar su culto edificando templos y construyendo altares en honor de Maria, cuantos son muy solícitos en adornar sus iglesias, cuantos imploran su auxilio en las necesidades, cuantos, en fin, buscan siempre nuevos modos de honrar á Maria y glorificar su santo nombre. No; no hay parte alguna en el mundo donde no sea honrada Maria y alabado su augusto nombre: y por esto si amamos á Maria, si somos verdaderos devotos suyos, exclamemos tambien llenos de un santo júbilo con el Doctor Seráfico: ¡Oh amable Señora nuestra, cuán admirable es vuestro santo nombre en toda la tierra!

Ayer os hablé de las glorias de este nombre augusto y admirable: hoy trataré del mismo asunto, continuando la exposicion de los excelsos signi-

ficados que en sí encierra, para que tengamos nuevos motivos que nos exciten á llevarlo siempre gravado en nuestro corazon y á invocarlo frecuentemente con reverencia y amor.

Hemos explicado en el discurso anterior dos significados de los que encierra el augusto nombre de Maria, que nos hacen conocer la íntima relacion que tiene con Dios, y el gran poder de que está dotada. Santo Tomás reconoce en el nombre de Maria otro admirable significado. El nombre de Maria, dice, significa iluminada en sí é iluminadora de los demás: *convenienter Maria vocatur illuminata in se, et illuminatrix in alios, quantum ad totum mundum.* Y ¡cuán bien cuadra á la Santísima Virgen este significado! Ella, dice S. Bernardo, penetró mas de lo que podemos figurarnos en el abismo profundísimo de la sabiduria divina: *profundissimam divinæ Sapientiæ, ultra quam credi potest, penetravit abyssum:* pues que por espacio de nueve meses llevó en sus purísimas entrañas á la Sabiduria increada. Por espacio de treinta y tres años continuos la tuvo siempre á la vista, y con la misma habló siempre y trató familiarmente. ¿Quién puede, pues, comprender cuanta luz transmitió la sabiduria divina al entendimiento de Maria? ¿Quién explicar los sublimes sentimientos que le comunicó? La sabiduria divina es un torrente inagotable de gracias abundantes que tiene gran disposicion á comunicarse á los demás, y sus comunicaciones no tienen otra limitacion que la capacidad del vaso que debe recibirlas: *torrens redundans fons sapientiæ.* (Prov. 18, 4.) Así, pues, si Maria tuvo capacidad para recibir en sí la divina maternidad que tiene algo de infinito, ¿quién sabrá decir cuánta capacidad tuvo para recibir las luces y conocimientos de la sabiduria divina? ¡Ah! Las luces

y conocimientos de los ángeles, aunque son inteligencias puras, y las luces y conocimientos de los querubines, aunque son vasos de ciencia, de ningún modo pueden compararse con las luces de la Virgen, y por lo mismo con mucha razón es llamada iluminada en sí misma, conforme significa su nombre: *convenienter Maria vocatur illuminata in se.*

Sin embargo, tanta luz no le fué comunicada solamente para sí, sino á fin de que la difundiese en los demás; y por esto, dice el citado Doctor angélico, es comparada con el sol y con la luna: *ideo assimilatur soli et lunæ.* El sol es lucidísimo en sí y alumbrá toda la tierra: ilumina los montes y los valles, difunde su luz en los deliciosos jardines y en las desiertas campiñas, trasmite á todas partes sus rayos: y si en algunas horas del día niega su luz directa á determinadas partes del mundo, sin embargo, envía sus rayos á la luna y por este medio les trasmite su luz refleja.

Tal es cabalmente Maria. Ella como sol lucidísimo difunde por todas partes su luz pura: ilumina á grandes y á pequeños, á nobles y á plebeyos. A todos muestra el camino del temor de Dios, de la virtud, del paraíso: y si muchos viven en la noche del pecado, también á éstos como benéfica luna envía su luz, disipa las tinieblas en que están envueltos, les hace conocer el miserable estado en que se encuentran, á fin de que salgan del fango de sus iniquidades y gocen de la luz pura de la gracia.

Desarrollemos algo mas esta verdad. A tres clases de hombres trasmite Maria los rayos de su pura luz. Algunos están envueltos en las tinieblas del pecado, lo cometen facilmente y con gusto, y en él reposan tranquilos. Otros viven en pecado: pero no viven tranquilos en él, desean salir del lodazal

de sus vicios y reconciliarse con Dios: y otros libres de la esclavitud del pecado están adornados de la divina gracia. Pues bien, á todos ilumina la Virgen, á todos envía los rayos de su benéfica luz. De aquí es que Inocencio III la llama: *luna in nocte, aurora in diluculo, sol in die.* Llámase luna, que resplandece en la noche, porque ilumina á los pecadores envueltos en las tinieblas de sus iniquidades, á las cuales están tenazmente apegados. ¡Oh! á cuántos infelices sumergidos en las tinieblas de los vicios y de los pecados trasmitió esta luna benéfica un rayo de su luz pura y les hizo conocer el estado miserable en que se hallaban y les movió dulcemente á compuncion y á penitencia. En efecto, ¿quién hizo conocer á aquella famosa pecadora de Alejandria, Maria Egipciaca, el estado horrible en que se hallaba, y la excitó á llorar sus pecados y hacer penitencia de ellos, sino la Virgen Maria? ¿Quién ilustró el entendimiento de Andrés Corsino, haciéndole conocer sus iniquidades, y convirtiéndole de un lobo que era en un manso cordero, sino Maria? ¿Quién hizo conocer á Teófilo el horrendo abismo en que se habia precipitado, entregándose al demonio con acta escrita de propio puno, y le sacó benignamente de aquel abismo, sino la Virgen? ¿Quién, finalmente, sino Maria, dispó las tinieblas de tantos pecadores que dormian tranquilos en sus iniquidades y los redujo á arrepentirse sinceramente? ¡Ah! con mucha razón es llamada: *luna in nocte*, luna que difundiendo su luz pura sobre los pecadores, disipa las tinieblas de sus pecados y los mueve á llorarlos amargamente. Llámase también, *aurora in diluculo*: porque así como la aurora es el fin de la noche y el principio del dia, así la Virgen despues de haber disipado las tinieblas de los pecadores, les ayuda á resucitar á la luz de la gracia.

Son innumerables los que, iluminados por Maria, conocen su estado miserable, y quisieran resucitar á la luz pura de la gracia; pero detenidos por su flaqueza y por los malos hábitos contraidos, no hallan modo de romper sus cadenas y salir del atolladero de sus iniquidades. Mas dirigen las miradas á la hermosa aurora mensajera del dia, si se dirigen á la Virgen Santísima y la piden su ayuda: Ella que ya les iluminó para conocer lo miserable de un estado, les dará la mano para que resuciten á la luz de la gracia, como lo ha hecho con otros muchos que se hallaban en el mismo estado.

Maria, por último, se llama, *sol in die*: sol que resplandece el dia, porque ilustra tambien á aquellos que están adornados de la gracia, á fin de que no la pierdan. El demonio aborrece sumamente á los que aman á Dios y están en gracia; y por ello usa de todas las astucias para engañarlos y precipitarlos en el pecado; pero Maria alumbrá su entendimiento, les hace conocer los caminos torcidos que conducen al precipicio, les descubre los engaños, los lazos que les tienden los demonios, para que huyan de ellos, conserven la divina gracia y se encaminen con seguridad á la bienaventuranza eterna. Asi es que á todos, á justos y á pecadores Ella trasmite su luz pura, á todos ilumina, pudiéndose llamar con mucha verdad, segun el significado de su nombre, iluminadora de todos.

A lo dicho hay que añadir que Maria llámase tambien iluminadora, porque nos ha dado aquella luz que alumbrá á todo hombre; ha llevado á nuestro horizonte y ha hecho visible á los ojos del cuerpo aquel sol divino, que antes solo era visible á los ojos del entendimiento; nos ha dado á luz la estrella de Jacob cuyo resplandor ilumina el universo; nos ha dado, revestido de carne humana, el Hijo

de Dios que se titula luz del mundo: *Ego sum lux mundi*. (Jo. 8. 12.) Con mucha razon, pues, Maria se llama iluminadora segun la interpretacion de su nombre: *convenienter Maria vocatur... illuminatrix in alios, quantum ad totum mundum*.

Además este hermoso nombre significa, dice S. Bernardo, estrella del mar: *quod interpretatum stella maris dicitur*. (Hom, 2.. super Miss.); y como á estrella la saluda la santa Iglesia en sus festividades. ¡Oh cuán bien le conviene á la Virgen este nombre!

No puede ponerse en duda que el mundo es un mar tempestuoso: *vita*, dice un poeta moderno, *mare est, ventis obnoxia, plena procellis*. Las pasiones de los hombres no refrenadas, á manera de vientos impetuosos, levantan furiosas tempestades que nos ponen en gran peligro de naufragar en el abismo del pecado; y no hay tantos escollos en el mar, como se encuentran en el mundo. Las muchas miserias y tribulaciones, las malas compañías, los escándalos, las ocasiones de pecar son innumerables; y estas son otros tantos escollos, en los cuales choca muchas veces y naufraga tristemente el misero mortal.

Por esto, el que desea surcar felizmente el mar tempestuoso del mundo, el que quiere evitar el naufragio, y llegar con seguridad al puerto de la eterna gloria; de enmedio de tantas tempestades y peligros levante los ojos y el corazon á la estrella del mar, invoque en su auxilio á Maria, siga su direccion y obtendrá infaliblemente lo que desea. *O quisquis*, dice S. Bernardo, *te intelligis in hujus sæculi profluvio magis inter procellas et tempestales fluctuare quam per terram ambulare*, ó cristiano, que en el curso de tus dias ves que estás antes fluctuando en medio de la tempestad que caminan-

do por tierra: *ne avertas oculos a fulgore hujus sideris, si non vis obrui procellis*: si no quieres quedar sumergido en la tempestad, no apartes la vista del resplandor de esta estrella, Si te ves agitado por los vientos de las tentaciones, si te ves oprimido por la tribulacion: *respice stella, voca Mariam*, mira á la estrella del mar, invoca á Maria. Si te combaten las pasiones, si tu alma está cargada de culpas mortales, y aterrado por el juicio divino, oprimido de tristeza, estás en peligro de caer en la desesperacion, *cogita Martam*, piensa en Maria, implora su proteccion. En los peligros, en las angustias, en las dudas: *Mariam cogita, Mariam invoca*. Maria, en una palabra, no se aparte de tu corazon. ni de tus labios, porque con su auxilio navegarás seguro entre escollos y tempestades, y aportarás felizmente á la eterna bienaventuranza: *Ipsa tenente, non corrui, ipsa protegente, non mezuus... ipsa propitia, pervenis..*

Feliz y dichoso mil veces el que lleva siempre esculpida á Maria en el corazon, y tiene siempre en los labios su augusto nombre. El será siempre iluminado, á fin de que no quede envuelto en las tinieblas del pecado; surcará prósperamente el mar borrascoso de este mundo y llegará al puerto de la eterna felicidad, para alabar y ensalzar á su fiel guia, la Virgen Santísima, por todos los siglos de los siglos.

DIA XXIII.

CUAN DULCE ES EL NOMBRE DE MARIA PARA SUS DEVOTOS.

El nombre de Maria, sacado del tesoro de la Divinidad, encierra en sí tales y tan grandes cua-

lidades que por mas que de ellas se hable, nunca se dirá todo lo que puede decirse. Es una fuente inagotable de aguas purísimas, que cuanto mas se derraman, tanto mayor caudal queda para derramar; ó como dice S. Gregorio Nacianceno, es un sol que cuanto mas se contempla, tanto mas se conocen sus cualidades y sus glorias: *solem quo magis intuemur, eo plura conspiciamus*. Permitidme, pues, que os hable otra vez de este gran nombre, y os manifieste cuan dulce es para aquellos que lo invocan con reverencia y amor, á fin de que tengamos un nuevo estímulo para invocarlo tambien nosotros.

No hay nombre mas amable y dulce para un buen hijo que el de su buena y tierna madre, el cual le recuerda las penas, los cuidados, la solicitud que se tomó por el, los beneficios que de ella recibió, el afecto y la ternura con que siempre le amó; y por lo mismo es imposible que haya para su corazon nombre mas dulce y amable que el de su madre. S. Agustin, recordando el amor, los cuidados y solicitudes que por el se habia tomado su madre Santa Mónica, no podia contener las lágrimas, cuando por la muerte se vió privado de ella: *reducebam, decia á Dios, in pristinum sensum ancillam tuam, conversationemque ejus... in nos blandam atque morigeram, qua subito destitutus sum, et libuit flere de illa et pro illa*. (lib. 9. conf. c. 12). Tan impresa tenia en el corazon la memoria de su madre y tan dulce le era su nombre!

Siendo esto asi, ¿qué deberémos decir del nombre de Maria, nuestra madre? De una madre que tantas penas y aflicciones ha sufrido por nosotros, de una madre que es reina del cielo y de la tierra y tiene en sus manos todos los tesoros de la

divina gracia, de una madre, en fin, la mas amorosa y la mas tierna de todas las madres, ¡Ah no! es imposible, dice el Anacoreta Onofre, que este nombre no sea suave y dulce á los devotos de Maria, porque está lleno de una suavidad y dulzura divina: *nomen Mariæ plenum est omni dulcedine, et suavitate divina*. Con este escritor conviene San Antonio de Padua, el cual atribuye al nombre de Maria lo que S. Bernardo dice del nombre de Jesús. Este santo Doctor nos dice que el nombre de Jesús es alegría en el corazon, miel en la boca y suavísima melodía en el oido. Estas mismas cualidades reconoce San Antonio en el nombre de Maria: *nomen Mariæ, dice, jubilus in corde, mel in ore, in aure melos*.

Y en realidad algunos siervos y siervas de Maria, al pronunciar su augusto nombre, experimentaron una dulzura sensible tan grande, que ellos mismos se lamian los labios, como leemos en su vida. No obstante, esta dulzura sensible no se concede á todos; y por lo mismo no hablo de ella, sino de aquella dulzura saludable que conforta y vivifica que excita el amor y la confianza, y la experimentan todos aquellos que con devocion invocan el nombre de Maria. Y ¿cómo puede ser de otro modo, si este nombre augusto es, segun afirma Ricardo de San Lorenzo, una torre muy fuerte, en la cual el que se refugiase, será libre de la indignacion divina y se verá defendido de los enemigos? *Turris fortissima nomen Dominae, ad quam fugiat peccator et liberabitur. Hoc defendit quoslibet quantumlibet peccatores*. (De laud. Vir.) Cuando el pecador se deja arrastrar de sus desenfrenadas pasiones, y comete la culpa; vuelve las espaldas á Dios, se niega á reconocerlo por su Señor, lo postpone á vilisimas criaturas, y, cuanto está de su

parte, procura destruirlo: por lo que no puede ser que no encienda su indignacion, y no lo provoquede á castigarlo ya con penas temporales, ya con la muerte eterna. Mas si invoca con reverencia el santo nombre de Maria, y con confianza se refugia en esta torre fuertísima, se verá libre de la indignacion y de los castigos divinos, porque ella intercederá á favor de el, aplacará la divina indignacion y lo reconciliará con Dios.

Pequeña figura de Maria fué la prudente Abigail, esposa de Nabal. Este con su ingratitud y palabras afrentosas ofendió é injurió al valeroso David; y de tal modo provocó su justa indignacion que ya habia emprendido la marcha para matarle y exterminar toda su casa. Pero la prudente Abigail le sale al encuentro, y con dulces palabras, con regalos, y con maneras insinuantes aplaca su indignacion, desarma su cólera, lo induce á perdonar á su esposo y libra del esterminio á toda su casa.

Lo mismo puntualmente hace Maria con Dios, pero de un modo mucho mas excelente y eficaz, cuando el pecador invoca con devocion su santo nombre: se presenta á las gradas del trono del Altísimo como iris de paz, recuerda á Dios que el pecador, por perverso que sea, es hijo suyo, y que ha puesto en Ella toda la confianza. Es verdad, dice, es verdad, Eterno Padre, que este pecador no merece perdon, sino los mayores castigos, merece que le quiteis una vida de que tanto ha abusado para ofenderos y lo arrojéis á las llamas del infierno, pero aceptad, Eterno Padre, en satisfaccion de las ofensas que os ha hecho, aceptad esta sangre, que es sangre del que es Hijo vuestro y mio, y en su virtud, cese vuestra indignacion, perdonadle las ofensas que os ha hecho y convertidlo eficazmente á Vos.

¿Y será posible que, al oír estas palabras de Maria, no cese la indignacion de Dios? ¿Será posible que no quede desarmada su cólera y deje de perdonar al pecador? Es cierto que Dios no gusta de castigar á los hombres; y por esto cuando con sus pecados irritan su indignacion y lo provocan á castigarlos, ve con buenos ojos que alguno se oponga á su indignacion, aplaque su enojo y desarme su brazo levantado para castigar. Mas ¿quién puede ejercer este oficio mejor que Maria, que es tan amada de Dios y ha sido constituida medianera entre Dios y los hombres? ¡Oh! ¡cuan de buena gana escucha el Eterno sus súplicas! ¡Cuan pronto se aplaca su indignacion y perdona al pecador, cuando Maria intercede por él! *Benedictum*, le dice con mas razon que David á la prudente Abigail, *benedictum eloquium tuum, et benedicta tu, quæ prohibuisti me.... ne ulciscerer* (1. Reg. c. 25. 32).

Pero Maria no solo es torre fuertísima para sus devotos librándolos de la indignacion divina, sino que los defiende tambien de los asaltos de sus enemigos. Sean estos tan numerosos, tan fuertes y tan astutos como se quiera; nada podrán, con todo, contra aquellos que invocan con devocion el nombre de Maria, y se acogen en esta fuertísima torre; y todos sus asaltos, todas sus asechanzas y engaños serán siempre ineficaces, porque el solo nombre de Maria los espanta, los confunde y abate: *in nomine Mariæ*, dice San Bernardo, *omne genuflectitur, et demones non solum pertimescunt; sed audito hoc nomine, contremiscunt*. (Ser. sup. miss.) Los demonios saben muy bien que Maria es aquella mujer que venció á Satanás y aplastó su orgullosa cabeza. Saben muy bien que Ella es terrible como un ejército bien ordenado contra todas las potestades del infierno; y de aquí resulta que, ó no atacan á

sus devotos, ó si lo hacen, se ven obligados á retirarse confusos y humillados. Y con esto nos hacen comprender que el augusto nombre de Maria es una torre muy fuerte en la cual el que se acoge, aunque sea reo de cualquier pecado, será siempre defendido y salvado: *Turris fortissima nomen Domine; ad ipsam fugiat peccator et liberabitur*. Sí, se librará de la indignacion y de los azotes de Dios, y de los asaltos y asechanzas de sus enemigos, y triunfará siempre de todo su poder y malicia. ¡Cuan dulce, pues, debe ser para los devotos de Maria la invocacion de su santo nombre, llevándoles ventajas tan considerables!

Además, la invocacion de este santo nombre está siempre llena de gracias y bendiciones divinas. Vuestro nombre, dice San Metodio, dirigiéndose á Maria, vuestro nombre está lleno de gracias y bendiciones divinas: *tuum, Dei genitrix, nomen divinis benedictionibus et gratiis est ex omni parte refertum* (Or. in hyp.): de modo que, dice San Buenaventura, no puede proferirse nunca sin alguna utilidad del que lo invoca devotamente (Spec. c. 8).

Y realmente el que la llama Maria, la llama Madre del Salvador del mundo: y el que la llama Madre del divino Salvador, quiere expresar un tesoro precioso que encierra en sí todas las riquezas de la bondad y misericordia divina, de las cuales Maria es depositaria, no precisamente para conservarlas, sino para dispensarlas, especialmente á sus devotos.

Para obtener de los hombres algun favor ó gracia, ¡cuanas súplicas, cuantas humillaciones, y, muchas veces, cuantos intercesores se necesitan! Y pluguiera á Dios que al fin se lograra la gracia pedida, y no se hubiese suplicado en vano, como las

mas de las veces sucede. Mas no sucede así al que recurre á Maria con la invocacion de su santo nombre. Ella abre pronto el tesoro que tiene confiado, y es generosa en dispensar las riquezas divinas: basta una palabra, una salutacion, ó la invocacion de su santo nombre para que se mueva á consolarnos y dispensarnos mayores gracias de las que deseamos: *largitas Mariæ*, dice Ricardo de San Lorenzo, *largitas Mariæ... dat amplius quam petatur*. (De laud. Virg.) ¿Cómo puede, por lo mismo, dejar de ser dulce el hermoso nombre de Maria á quien con devocion lo invoca, si con él se significa Madre de nuestro Salvador, y está lleno de bendiciones y gracias divinas, y no puede proferrirse sin reportar inmensas ventajas? *Nominari non pote sine nominantis utilitate*. (D Bonav. in spec. c. 8). ¡Oh si tambien lo probásemos nosotros! Lo hallaríamos ciertamente mas delicioso que el maná caido del cielo y mas dulce que la miel, porque es muy verdadero lo dicho por el Abate Francon: *post Filii nomen aliud nomen cælum et terra haud nominant, unde tantum gratiæ, spei et suavitatis pie mentes concipiant* (De grat. nov. test. tract. 6).

Pero ¿qué tiene de extraño el que los verdaderos devotos de Maria experimenten tanta dulzura al pronunciar su santo nombre, si invocado del modo dicho causa en todo el que está bien dispuesto una gracia abundante, y lo hace capaz de una gloria sublime, como dice el Idiota (De laud. Virg. l. 2. c. 2.) ¿Qué extraño es que cause tanta suavidad, si es la llave de la puerta del cielo? *reseratorium portæ cæli?* (S. Efrem. in Dpr. ad Virg.) ¿Qué tiene de extraño que cause este santo nombre tanta fortaleza, tanta confianza, tanta dulzura en el que lo invoca devotamente, si está lleno de tantas gracias y bendiciones divinas?

¿Queremos tambien nosotros, hermanos míos, experimentar en nuestro corazon esta confianza, esta dulzura y consuelo? ¿Deseamos ser librados de la indignacion de Dios y de los castigos merecidos por nuestros pecados? ¿Queremos ser socorridos y defendidos de los asaltos y asechanzas de nuestros enemigos? ¿Queremos, por último, la abundancia de las gracias y de los favores divinos? Invoquemos con frecuencia, pero con reverencia y devocion el santo nombre de Maria, y obtendremos lo que deseamos. Invoquemosle en nuestras angustias, y nos dará verdadero y sólido consuelo; invoquemosle en las tentaciones, y en él hallaremos nuestra segura defensa; invoquemosle en todas nuestras necesidades, y obtendremos el socorro oportuno. Finalmente; hállese siempre en nuestro corazon, y con frecuencia en nuestros labios, y experimentaremos cuan dulce es tambien para nosotros el augusto nombre de Maria.

En efecto, confesaba de sí mismo el P. Enrique Suson, que al nombrar á Maria, sentia levantarse su confianza y encenderse en amor el corazon, que á fuerza del gozo y de las lágrimas deseaba saliese este por la boca, porque este dulcísimo nombre, decia, como panal de miel, se lo hacia derritir en el fondo de su alma.

DIA XXIV.

DOLOR QUE CAUSÓ Á MARIA LA PROFECÍA DEL
SANTO SIMEON.

Las penas que sufrió la Virgen no se limitaron al tiempo de la pasion de su divino Hijo, sino que

comenzó á padecer desde su nacimiento. Ella desde entonces dotada de razon, llena ya del conocimiento de Dios, comprendia mejor que los Profetas cuan amarga seria la pasion del futuro Redentor, y contemplando con grande atencion las penas y tormentos que debia sufrir por la malicia é ingratitude de los hombres, quedaba profundamente traspasado su corazon; de suerte que puede decirse, como ya dijeron de Jesus los Doctores San Bernardo y San Buenaventura, que toda su vida fué una continua cruz, un martirio nunca interrumpido. Pero entre los dolores que sufrió, siete fueron los principales, los que formarán el asunto de nuestras reflexiones en los dias siguientes, con el fin de excitar en nuestros corazones una sincera compasion hácia nuestra buena Madre, y animarnos al mismo tiempo á imitarla.

El primero de los principales dolores de Maria fué causado por el vaticinio del santo anciano Simeon, que fué como una espada de dos filos que traspasó su corazon y la atormentó en todo el tiempo de su vida.

Habiendo acudido Maria, segun era costumbre, al templo de Jerusalem para ofrecer solamente su hijo al Eterno Padre, le sale al encuentro el anciano Simeon, el cual, lleno del Espíritu Santo, está como fuera de sí de gozo y de contento al ver cumplidas ya las divinas promesas. Luego tomando en los brazos al divino infante, entre los trasportes de inmenso júbilo, declara que ya nada tiene que desear en esta vida, habiendo visto con sus propios ojos aquella víctima que debia satisfacer á la divina justicia por todos los pecados de los hombres, y llevar la salvacion al mundo perdido: y por esto dirigiéndose á Dios, le suplica tenga á bien desatar su espíritu de los lazos del cuerpo, para anticipar á

los que estaban en el seno de Abraham la alegre nueva de su próxima redencion. Despues, dirigiéndose á Maria, y previendo el dolor que le iban á causar sus palabras, me parece ver como se entristece, suspira y siente gran repugnancia á proferir el funesto vaticinio. Mas, al fin, movido por el Espíritu Santo, le dice: ¡O! Maria, os complaceis ahora en este amabilísimo niño, que es el tierno objeto de todo vuestro amor; pero ¡ay! Él será objeto de terribles ódios y sangrientas persecuciones, de las cuales será víctima á vuestra misma presencia: *ecce positus est hic in signum, cui contradicetur*. Además, será víctima de una expiacion de los pecados de todos los hombres; empero, muchos, muchísimos en lugar de alcanzar con su sangre la eterna salvacion, encontrarán en ella su irreparable ruina: *ecce positus est hic in ruinam... multorum*. (Luc. 2. 34.) Y Vos, ó Maria, al ver el horroroso suplicio de vuestro Hijo, y al leer en él la terrible condenacion de innumerables hombres, que son tambien hijos vuestros, vuestro corazon será tambien atravesado por cruel espada que os atormentará en todo tiempo de vuestra vida: *tam ipsius animam pertransibit gladius*, (ibi. 35.) Así dijo á Maria el inspiado profeta.

Y Maria ¡oh! ¿quién puede comprender, quién puede expresar la herida profunda que hicieron en su corazon las palabras del santo anciano? Ella, es verdad, antes de ser madre de Jesús, instruida por las divinas escrituras, sabia que el divino Redentor debia ser sacrificado por la salud del mundo, y mucho mejor lo supo cuando le fué anunciada la divina maternidad, pues prestando su consentimiento para ser madre de Dios, consintió tambien en la muerte ignominiosa que debia sufrir su divino Hijo. Pero en la profecia de Simeon vió mas distin-

tamente y como reunidas á su vista todas las penas, todos los tormentos y la muerte cruel que debía sufrir su amado Hijo. ¿Quién puede explicar el dolor que causaron en su corazon las palabras del santo anciano?

¿Qué afliccion, qué angustias no sufriria, dice Séneca, el que supiese todas las tribulaciones, todas las desgracias á que estará sujeto en el curso de su vida? *Calamitosus esset animus futuri precensius, et ante miserias miser.* (ep. 98.) En gran manera experimentó la pena y las angustias que ocasionan la prevision de los males que han de sufrirse, el pueblo de Israel, esparcido en las provincias del vasto imperio del Rey Asuero. Publicado en todo el reino un edicto cruel que condenaba á muerte al infeliz pueblo judío, edicto que debía cumplirse dentro pocos meses, ¡oh cuántas amarguras, cuántas angustias hubo de sufrir! En todas las provincias, en todas las ciudades y lugares donde habia Israelitas, se oían gritos de desesperacion, profundos suspiros y llanto inconsolable que manifestaban muy á las claras las terribles angustias de que se veían oprimidos: *in omnibus*, dice el sagrado texto, *in omnibus... provinciis... oppidis ac locis... p'ancus ingens erat apud Judæos... ululatus et fletus.* (Esther. c. 4. 3.)

Pues, si la prevision de una muerte violenta, que acaso no habia de verificarse, como en realidad no se verificó, causaba tanta pena, tanto dolor y amargura á los hebreos, ¿cuán grande sería el dolor y cuán cruel el martirio que causaba en el corazon de Maria el conocimiento cierto del suplicio inhumano que habia de sufrir su divino Hijo, hijo el mas amable, el mas digno, el mejor de todos los hijos posibles, de un hijo que Ella amaba inmensamente mas que á si misma?

Ni era posible ninguna esperanza de que Jesús se librase de los tormentos y de la muerte, anunciados por Simeon, porque el conocimiento que de ello tenia era cierto, infalible; y por lo mismo ¿quién es capaz de expresar la profunda herida que abrieron en su corazon las palabras del buen anciano? ¡Ah! ya le parece ver á su amado Hijo en las manos de los verdugos, saciado de burlas y oprobios; ya se lo figura en su imaginacion atado con cuerdas y cadenas, y arrastrado como infame ladrón por las calles de Jerusalem; ya le parece verlo abofeteado cruelmente, y con el rostro cubierto de inmundas salivas. Unas veces lo considera en el tormento de los azotes, con que lo despedazan desde la cabeza hasta los piés, y surcan horribilmente sus carnes, de modo que podian contarse todos sus huesos. Otras le parece ver como en medio de insultos taladran su cabeza con una terrible corona de largas y agudas espinas, las cuales hacen brotar arroyos de sangre que le enturbia los ojos y mancha toda la cara. Ora le parece ver como sube jadeando la montaña del Calvario, y cae tres veces bajo el grave peso de la Cruz. Ora se lo representa en el acto de ser clavado con gruesos clavos en el duro madero; y por último le parece verlo pendiente en la cruz, que padece, agoniza, muere insultado de todos, burlado de todos, y abandonado de su Padre. ¿Dolorosa prevision! ¿Pensamiento desgarrador! No obstante, Ella fija en él toda la atencion de su alma, y no sabe apartar la mente de tan deplorable espectáculo; por lo cual penetra todo su espiritu una cruel amargura, y derramándose tambien en todo su cuerpo, le oprime el corazon con las mas terribles angustias.

Mas ¿cómo no procura apartar la mente de pensamientos tan molestos y aflictivos? ¿Porqué no

la fija en objetos que pudiesen darle algun alivio en sus penas y aflicciones? Y en verdad, muchas cosas hay que pueden consolarla. En efecto, ve la suma amabilidad de su divino Hijo, conoce el amor inmenso que la profesa, sabe cuan humilde y respetuosamente es de El obedecida, y observa los estupendos prodigios que obra por los cuales es bendecido y aclamado por las turbas. ¿Porqué, pues, no fija la atencion en estos objetos que podrian aliviar sus penas y amarguras? ¡Ah! no hay pensamiento tan alegre y tan dulce que no se convierta para Maria en causa de la mayor pena! Estos pensamientos que podrian darle algun alivio, son como las aguas que corriendo dulces y tranquilas, bajan despues al mar, y apenas han entrado en él, participan luego de la amargura y agitacion de las demás. De igual manera los pensamientos que nos parece pueden aliviar los dolores de Maria, apenas se presentan á su mente, luego se confunden con la amarga representacion de los tormentos que deberá sufrir su amado Hijo. Cuanto mas amable y mas grande le ve, tanto mas sufre y se aflige su corazon, reflexionando que un dia será el oprobio de los hombres, el deseo de la plebe, y que, como el mas vil malhechor del mundo, morirá colgado de un infame patibulo. ¡Ah! El vaticinio de Simeon ha traspasado profundamente su alma, y la ha hecho semejante á la cierva que lleva fija en el costado aguda saeta, que la atormenta cruelmente y sin descanso. Por esto Maria pasa los dias de su vida en la mas profunda tristeza y amargura.

¿Podremos, hermanos míos, reflexionar en estas cosas y quedar en nuestra indiferencia y frialdad? ¿Podremos considerar á la Madre de Dios y madre nuestra traspasada de dolor y oprimida de tantas penas y no compadecerla? La compasion parece in-

nata en el hombre. Si alguno de nuestros semejantes se halla oprimido por la desgracia, ó sumergido en penas y tribulaciones, se conmueve luego nuestro corazon, se aflige con él y toma parte en sus penas: y ¿podremos contemplar á la Madre de Dios, que es tambien madre nuestra, oprimida de dolor, y no la compadeceremos? ¡Oh madre afligidísima! ¿Qué corazon es el nuestro, si, en vista de vuestros dolores, no se conmueve, no toma parte en vuestras penas y no se aflige con Vos? Comunicadnos alguna parte de vuestros dolores, á fin de que sepamos compadeceros y afligirnos con vuestras penas.

¡Oh! ¡quién hubiese podido verla, católicos, despues de haber oido las palabras de Simeon, quien hubiese podido verla tratar con su amado Hijo, cuando niño, despues siendo jóven, y en la edad madura! ¡Cuántas veces se la habria oido exhalar profundos suspiros de lo íntimo de su corazon! ¡Cuántas se habria observado que con los ojos arrasados en lágrimas se retiraba en algun rincón de su casa para dar libre expansion á su dolor, adorar las divinas disposiciones y renovar su entera resignacion á los divinos decretos! ¡Cuántas veces se la habria oido exclamar: Padre mío, Eterno Padre, Vos habeis querido que yo fuese madre de vuestro Hijo Unigénito, y quereis que este mismo Hijo sea el blanco de la calumnia, de la maldicion, de la infamia: quereis que sea atormentado del modo mas cruel é inhumano, y que muera despues en un infame patibulo por la salvacion del mundo! ¡Ay Padre celestial, Vos sabeis que este Hijo es todo mi amor, todo mi corazon y mi alma; y los bárbaros suplicios que le están preparados hacen una profunda herida en mi corazon, la que me atormentará toda mi vida. Pero, no importa: aqui me te-

neis, Padre mio, enteramente resignada á vuestras disposiciones. Hágase, Dios mio, vuestra voluntad; sea sacrificado mi Hijo, y con él sea sacrificado tambien todo mi corazon, toda mi alma, mientras quede satisfecha vuestra justicia y el hombre recobre vuestra gracia y se salve. Quién hubiese podido verla, repito, despues del valcinio de Simeon, cuántas veces la habria oido prorumpir en estos ó semejantes acentos! Cuántas veces y con cuanta fortaleza la habria oido renovar el ofrecimiento doloroso de si misma y de su lijo al Eterno Padre!

Y nosotros, hermanos míos, que nos gloriamos de ser devotos de Maria, ¿cómo adoramos las disposiciones divinas? ¿Cómo nos resignamos en las adversidades á la divina voluntad? Maria, habiendo oido la profecia de Simeon, quedó con el corazon traspasado, estuvo siempre llena de afliccion y amargura, pero completamente resignada á la voluntad de Dios: y nosotros, ¿qué hacemos si nos sucede alguna desgracia, ó nos sobreviene alguna tribulacion, en especial cuando es duradera? ¡Oh cómo nos turbamos! No sabemos hallar la paz, perdemos la paciencia, nos quejamos amargamente, y á veces llegamos á murmurar de la divina providencia. ¡Ah! si deseamos ser verdaderos devotos de Maria, no nos contentemos con solo compadecerla en sus dolores; sino procuremos imitarla en sus virtudes, y especialmente en su perfectísima resignacion á la divina voluntad. Entonces podremos decir con verdad que somos devotos suyos, y prometernos su eficaz proteccion; de otra suerte nuestra devocion no seria sino una ilusion y un engaño.

DIA XXV.

HUIDA DE MARIA Á EGIPTO.

Es sentencia del Espiritu Santo que todos los predestinados deben ser semejantes al Hijo de Dios, imitándole en la mortificacion, en las humillaciones y en la paciencia, para que, mediante esta semejanza, se unan á El como á hermano primogénito y como á su cabeza con los mas fuertes vínculos, y sean como miembros vivos incorporados con El: *quos præscivit, et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.* (ad Rom. 8. 29.) De aqui resulta que el que es destinado por Dios á mayor santidad, es destinado tambien á tener mayor semejanza con su divino Hijo, es decir á padecer mayores y mas duraderas penas.

Síguese de aqui que, debiendo la Virgen ser la criatura mas santa y mas perfecta de cuantas salieron de la mano de Dios, habia de ser tambien la mas semejante á aquel divino ejemplar, y el mas vivo trasunto de sus perfecciones. Esto solo deberia bastar para hacernos conocer en alguna manera la atrocidad de sus penas y movernos á una sincera y cordial compasion: no obstante continuare hablándoos en particular de sus principales dolores; y esta tarde nos ocuparemos en considerar el segundo, es decir la huida á Egipto: y veremos cuan digna es de nuestra compasion, y al mismo tiempo tendremos un poderoso estímulo para imitarla en sus sufrimientos.

Herida Maria en el íntimo de su corazon por la triste profecia del anciano Simeon, era, conforme

os dije, como una cierva que teniendo clavada en el pecho aguda flecha, lleva por todas partes la causa de su dolor; porque tenia siempre presente á los ojos de su entendimiento el horrendo espectáculo de las ignominias, de los tormentos y de la muerte de su divino Hijo. Dios, sin embargo, tenia determinado en sus eternos designios que viniesen nuevas tribulaciones y penas á probar la paciencia de Maria. San José, su esposo, en la oscuridad de una noche le hace saber que por orden del cielo deben huir pronto á Egipto, porque Herodes, temiendo que Jesucristo le usurpe el poder, ha resuelto darle muerte.

¡Qué pena, qué afliccion para el corazon de Maria! Es de creer que, al oír aquella intimacion, se conmoverian todas sus entrañas y exclamaria Hena de angustia: ¡Ay de mí! ¡Tan pronto comienza la persecucion de mi Hijo! Ya en la cuna se le busca para matarlo! ¡Oh, Herodes, tú no conoces ciertamente la humildad, la mansedumbre, y la amable bondad de mi Hijo! Crees que viene á usurpar tu reino, y por esto lo persigues y lo buscas para matarlo: ¡ah! no, no ha venido para invadir los dominios de otros sino para ofrecer á todos el reino de los cielos.

Aumenta mas y mas su afliccion el considerar todas las dificultades de tan largo viaje. Ve que ha de abandonar la casa, la patria, los parientes y los amigos y ha de emprender un viaje de algunas cuatrocientas millas: deben atravesarse montañas, bosques y desiertos por caminos peligrosos y en tiempo de invierno: se debe marchar de noche sin provision alguna para tan largo viaje; y es necesario pasar por un país extraño, desconocido y bárbaro.

Pero, no hay remedio. Dios lo ha mandado, y es preciso obedecer. Miradla, ya está en camino,

llevando en brazos á su amado Jesus, acompañada de su esposo José. No duda que llegarán á Egipto, porque aquel Dios que les ha mandado marchar, cuidará de conducirlos á aquel país. Mas ¡cuanto temia que no fuesen detenidos y recibiese algun insulto su divino Hijo en el viaje! El cielo les ha mandado huir; pero no les ha indicado el modo ni los caminos que han de recorrer. Herodes, temiendo perder la corona, ha resuelto valerse de todos los medios para dar muerte al recién nacido Rey. ¿Quién sabe si habrá ya enviado exploradores á todas las provincias del reino, ó si otros, para congratarse con el tirano y obtener recompensas, están vigilando si se quiere ocultar algun niño, para apoderarse de él, ó delatarlo á los verdugos que los buscan? De aquí es que al menor arbusto que que se mueva, al menor ruido que se oiga, su corazon palpita con fuerza, teme asechanzas, y sorpresas, que aunque no existan, con todo causan gran pena y angustia en su corazon maternal.

Mas ya acaban de pasar los confines de la Judea, y por lo mismo puede animarse y respirar un poco. Pero ¡ay! ¡cuanto me engaño! Una nueva pena viene á exacerbar la herida de su corazon. Ella no ignora que Herodes, resuelto á dar la muerte á toda costa á su divino Hijo, y no pudiéndolo hallar, hará horrible carniceria en muchos millares de niños inocentes, para ver si consigue de este modo acabar con su aborrecido rival. Y ¿quién es capaz de comprender cuanta amargura causa en su tierno corazon una matanza tan injusta y tan horrenda? En su imaginacion se representa con la mayor viveza, toda aquella sangrienta tragedia. Ya le parece ver á los bárbaros ejecutores del impio decreto que van de casa en casa, entran en los lugares mas ocultos, re-

corren los campos, registran las humildes chozas, para pasar á filo de espada á todos los niños inocentes que no pasan de dos años de edad. Le parece oír los gritos, los lamentos de las madres, de cuyo seno es arrancado con violencia el fruto de sus entrañas. Le parece ver como algunos de aquellos tiernos niños son despedazados por el hierro y otros estrellados en las paredes ó en alguna piedra. Otros arrojados en el suelo son aplastados con los pies de los verdugos, y otros hechos pedazos son arrojados en tierra á la vista de sus madres que se deshacen en llanto. ¡Oh cuanto se aflige el tierno corazón de Maria al representarse tan cruel espectáculo! Afligense las madres de aquellos tiernos niños y en su corazón sufren cruel martirio al mirar la horrible matanza que se ejecuta en sus inocentes hijos; pero mucho mas cruel es el martirio que sufre Maria, porque los ama mucho mas que las propias madres, y conoce al mismo tiempo la grave ofensa que se comete contra su Hijo.

Asi pues, con el corazón traspasado de pena continúa su viaje á Egipto por un camino, segun lo describe S. Buenaventura, áspero desconocido, poblado de bosques y poco habitado: *viam sylvestrem, obscuram, asperam, inhabitatam*: y en tiempo de invierno, y por lo mismo en medio de vientos, nieves y lluvias. ¡Qué lástima, hermanos míos, ver á una virgen de quince años, tierna y delicada, como huye de la crueldad de inhumanos perseguidores, con su Hijo recién nacido en los brazos, con su Hijo que es el Criador del cielo y de la tierra y el Señor de todo el universo! ¡Verla huir por caminos cenagosos, ásperos é inhospitales! Mueve á compasión Agar criada de Abraham, cuando despedida justamente de la casa de su se-

ñor, va errante con su hijo Ismael en la soledad de Bersabee, alligada en gran manera por la falta de agua: y no nos moverá á compasión la madre de un Dios que por la malignidad de un cruel perseguidor se ve obligada á huir con su Hijo en los brazos por caminos ásperos y solitarios, y desprovista de las cosas mas necesarias?

Porque ¿como habia de alimentarse, si obligada repentinamente á marchar de su casa y de su patria, no tuvo tiempo para hacer ninguna provision para tan largo viage? El pueblo de Israel, cuando por los mismos caminos se dirigia desde Egipto á la tierra prometida, fué provisto por Dios de un manjar suavísimo que tenia todo sabor agradable, del maná enviado del cielo. No le faltaron aguas milagrosas, nacidas de duras rocas, para apagar la sed; mas para Maria, madre de Dios, no se obran milagros; no llueve maná del cielo para alimentarse, ni se la provee de aguas milagrosas para beber. Le es preciso alimentarse con algun pedazo de pan, dado de limosna, y de algunas yerbas cogidas en el camino ó en los bosques; y apagar la sed con el agua de algun rio, ó de algun estanque.

Y ¿á donde refugiarse en la noche? ¿Donde poder dar algun reposo á los miembros cansados, especialmente en aquellas doscientas millas de desierto, donde no se hallaba una casa, donde no habia una choza y donde solo habitaban las fieras? ¿Donde podia descansar, sino en el duro suelo al sereno ó bajo algun árbol espuesta á todas las inclemencias del aire? ¡Oh! cuanto debió sufrir antes de llegar á Egipto lo cual unido á la pena cruel que le causaba la muerte ignominiosa é inhumana que un dia habia de sufrir su Hijo, aumentaba extraordinariamente sus dolores y sus angustias.

¿No es acreedora por lo tanto, á muestra mas viva y afectuosa compasion? Es madre de Dios y madre nuestra y madre la mas amorosa y mas tierna de las madres. Por lo que si no queremos ser hijos desnaturalizados de tan buena madre, consideremos con frecuencia sus penas y procuremos compadecerla, aunque mas que nuestra compasion, desea la imitacion de sus virtudes. Apenas tuvo conocimiento de la orden de Dios que le intimaba ir á Egipto, abandonó la casa, los parientes, la pátria, y emprendió un viaje que le ocasionó indecibles pesares. Con esto nos enseña á obedecer sin tardanza aquellas voces secretas con que Dios nos habla al corazon, aunque exija de nosotros cosas poco agradables á nuestro amor propio y que repugnan al sentido. ¡Oh! cuantas veces oimos la voz de Dios que nos dice interiormente: Deja aquella ocasion que, como sabes por experiencia, te es funesta. Apartate de aquella persona que tantas veces te ha hecho caer en pecado. Refrena aquella sed de los bienes terrenos que te hace vivir olvidado del alma y de la eternidad, y sigue el camino de mis divinos preceptos que te conducirá á la felicidad verdadera y eterna. Es verdad que estas palabras no son del gusto de nuestro amor propio ni de nuestras pasiones; pero este es el ejemplo que nos dió Maria. Ella tambien experimentaba repugnancia en dejar su casa, sus parientes y su pátria para emprender un largo y penoso viaje; pero venció esta repugnancia, se sujetó de buen grado á todas las penalidades, se puso en camino, aunque era de noche, y marchó á Egipto, porque Dios asi lo habia dispuesto. ¿Porqué, pues, á imitacion de Maria, no hemos de vencer cualesquiera dificultades y repugnancias, para obedecer las inspiraciones y

voces con que Dios nos habla interiormente? ¡Ah! católicos, si deseamos ser verdaderos devotos de Maria y merecer su especial proteccion, procuremos, seamos solícitos en imitar sus virtudes. *Filii Mariæ*, dice Ricardo, *imitatores ejus*. Son verdaderos devotos de Maria y reconocidos por ella como á tales, aquellos que se esmeran en imitar sus virtudes y procuran que su vida sea conforme con la de Maria. El que no procura imitarla, viene á decir con las obras que no cuida de ser su hijo. Si queremos, pues, ser verdaderos devotos de Maria, no nos contentemos con solo compadecerla en sus dolores, imitemos los ejemplos de virtudes que nos dió en sus dolores y amarguras. Entonces manifestaremos con las obras que somos devotos é hijos de Maria, y Ella nos mirará siempre y nos protegerá como á tales.

DIA XXVI.

PÉRDIDA DEL NIÑO JESUS.

Destinada la Virgen Santisima en los eternos decretos para ser con Jesús corredentora del mundo, y mediadora de nuestra salvacion, debia ser tambien la mas semejante á Jesucristo en las penas y trabajos. De aqui es que las mismas penas que atormentaron al Redentor, afligieron tambien el corazon de Maria, viniendo á ser una viva y perfecta imágen de su Hijo en los tormentos: *clarissimum passionis Christi speculum*, dice S. Lorenzo Justiniano, *effectum est cor Virginis*. (De agon. Dom. c. 21.)

Entre las penas y dolores que sufrió Jesús, la mas acerba y la mas cruel fué sin duda alguna el ser abandonado de su Eterno Padre, cuando sumergido en un mar de angustias estaba pendiente en la cruz: pena que le arrancó del corazon aquella sentida queja: Dios mio, Dios mio, ¿por que me habeis desamparado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* (Mar. 15. 32.) Palabras que no salieron de su boca en todo el curso de su amarga pasion, y que nos dan á comprender de una manera muy clara, que aquel desamparo fué la pena mas acerba y cruel que sufrió. Con esta pena quiso Dios probar la paciencia de Maria, cuando perdió sin culpa á su divino Hijo; pena que arrancó tambien una queja parecida: *Fili, quid fecisti nobis sic?* ¿Por que, Hijo mio, asi nos has abandonado? Este es el tercer dolor principal de Maria. Consideremos hoy cuan amargo fué para su corazon este abandono, para excitarnos á compadecerla sinceramente y á imitar al mismo tiempo los ejemplos de virtudes que en tal ocasion nos dió.

Maria y José habian ido á Jerusalem con el niño Jesus, que contaba ya la edad de doce años, para celebrar, segun era costumbre, la solemnidad de la Pascua; y despues de haber cumplido con singular piedad las ceremonias del culto divino, volvieron á Nazaret su patria. Era costumbre entre los judíos, segun lo aseguran el venerable Beda y otros doctos intérpretes, que al ir y volver del templo los hombres estuviesen separados de las mujeres; así es que pensando Maria que Jesus estaba con José, y creyendo éste que estaba con Maria, cuando al anochecer llegaron á la posada, se apercibieron de que Jesus no estaba con ninguno de ellos. Atónitos por tan dolorosa pérdida y con el corazon traspasado de pena, comenzaron á pedir

por él con grande ansiedad á los parientes, amigos y conocidos, con quienes habian caminado todo aquel dia, y no sabiendo darles éstos noticia alguna, volvieron llenos de amargura á Jerusalem, buscándolo en todas las plazas, en todas las calles y casas de la ciudad. Finalmente, habiendo entrado en el templo, lo hallaron disputando con los doctores de la ley.

¿Quién es capaz de comprender el agudísimo dolor que traspasó el corazon de Maria en aquellos tres dias de estar separada de su Hijo? El que nace ciego, conoce poco la pena de estar privado de la luz del dia; pero á quien gozó de ella algun tiempo ¿cuan sensible le es el verse privado de ella! Asi aquellas almas que sumergidas en el lodo de esta tierra, conocen poco á Dios, y han gustado poco la suavidad del divino amor y la presencia del sumo bien, poca pena experimentan por estar privados de él; mas el que ilustrado por la luz divina, conoce en alguna manera su bondad y amabilidad y ha gustado de la dulzura de su presencia ¡oh cuan duro y amargo le es verse privado de ella!

Los santos, cuando Dios se ocultaba por algun tiempo á su espíritu, y eran abandonados en la oscuridad y aridez ¡cuantos suspiros exhalaban de lo intimo de su corazon! ¡cuantas lágrimas derramaban temiendo haberle perdido y estar separados de él! Este temor les hacia sufrir terribles angustias y agonías, como dice la Iglesia en el rezo de Santa Rosa de Lima, mil veces mas amargas que la muerte: *agones omni morte amariores.* (In off. Rosæ Liman.)

¿Qué deberémos, pues, decir de Maria que conocia incomparablemente mejor que todos los santos la grandeza y bondad de Jesucristo, y que por

tantos años habia gustado la dulzura de su presencia? ¿Que tal quedaria la Virgen al verse privada de su Hijo? ¿De su Hijo que era su Dios, su fin, su centro y su todo? ¿De su Hijo de quien sabia que era mas amada que todos los ángeles y santos juntos? ¿De su Hijo que, si bien era su criador y su Señor, la habia elegido sin embargo entre todas las puras criaturas para ser su verdadera Madre, y quiso humillarse para ser su verdadero Hijo? ¿De su Hijo, por último: que le hizo tener cierto parentesco con la Divinidad, y que la ensalzó cuanto era posible ensazarla? ¿Qué deberémos decir, pues, de Maria viéndose privada de tal Hijo? ¿Quién es capaz de comprender la atrocidad del dolor que sufrió por esta pérdida?

Ana mujer de Tobías habia convenido con su marido en enviar á su hijo á Rages ciudad de los medos, para cobrar una gruesa suma. Le acompañó en el viaje el arcángel Rafael, que habia tomado figura humana, y á quien muy encarecidamente habia sido encomendado: no obstante, su madre, viendo que no volvía en el dia fijado, se aflige, llora y no halla nada que pueda mitigar su dolor: *flabat mater ejus irremediabilibus lacrymis* (Tob. 10. 4.); sale cada dia de su casa en busca del amado hijo, y registra con diligencia aquellos caminos por los cuales habia alguna probabilidad de verlo regresar. Mas ¿qué era el hijo de Tobías y Ana comparado con Jesus? Aquel era puro hombre, Jesus era el Hombre-Dios; el primero era una pura criatura, éste era el Criador del universo; Tobías no escogió á Ana para ser su madre, ni la elevó á ninguna dignidad; Jesus eligió á Maria entre todas las criaturas para madre suya, la levantó á la excelsa dignidad de Madre de Dios y la hizo superior á cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra.

Ana amaba á su hijo con amor natural, y Maria amaba á Jesus con amor natural y sobrenatural, le amaba como á su principio, su fin, su centro y su todo, en una palabra, le amaba inmensamente mas que á sí misma. Medid ahora, si podeis, la grandeza de su dolor, al verse privada repentinamente de tal Hijo. ¡Ah! Parece verme verla como atónita y confusa al apercibirse que Jesus no está ni con José ni con los amigos y parientes, sin pensar, como dicen algunos contemplativos, ni en tomar algun alimento, ni dar reposo á los cansados miembros, se pone inmediatamente en camino de Jerusalem, y, aunque de noche, va recorriendo con grande ansiedad los vecinos pueblos y campiñas, llegando por último á Jerusalem: y allí con mas atencion que la que se emplea en buscar una piedra preciosa de inestimable valor, va observando en calles y plazas, llama á la puerta de cada casa, pregunta á cuantos encuentra y á cuantos ve, con la esposa de los Cantares: *num quem diligit anima mea vidistis?* (Can. 33.) ¡Ah! si habeis visto ó sabeis donde se encuentra mi Jesus, decidmelo por piedad, á fin de que no esté privada por mas tiempo de su presencia. Mas ¡ay! nadie puede librarla de tanta afliccion, nadie sabe decirle donde está Jesus. Y por lo mismo ¡cuan tristes pensamientos se agitan en su entendimiento y laceran su tierno corazón!

La atormenta el temor de que su Hijo no haya caido en poder de Arquelao, Hijo de Herodes, que en aquel tiempo reinaba en la Judea; y como habia recibido el reino de su padre, temia que no hubiese heredado tambien el odio contra su Hijo; y así es que el amor maternal le hace temer que no esté sufriendo las injurias y afrentas de que es capaz la envidia, cuando se sienta en el trono. ¡Ay! cuanto lastiman su corazón estos temores.

Pero mas que todos los otros la aflige el pensamiento de que su Hijo acaso se haya retirado por alguna culpa suya: *tristabatur ex humilitate, dice Lanspergio, quia arbitrabatur se indignam, cui tam pretiosus commissus esset thesaurus.* Ella era muy humilde, por lo que recordando los dias pasados, iba diciendo consigo misma: ¿quien sabe si no habré tenido con él aquella solicitud, tierna caridad y obsequiosa reverencia que debia? Ya se culpaba de haber marchado de Jerusalem sin haberle buscado, ya de no haberse asegurado durante el viaje de si estaba con José; y estos pensamientos ¡ay! cuanta pena y amargura le causaban.

Con tantas angustias en el corazon, considerad si le era posible tomar algun descanso, ó algun alimento con que restaurar las fuerzas debilitadas por tanto andar y por tantas penas y solicitudes. ¡Ah! cuan bien podia exclamar con el Real Profeta: *fuérunt mihi lacrymæ meæ panes die ac nocte, dum dicitur mihi.... ubi est Deus tuus?* (Ps. 41.) La pérdida de su Hijo ocupaba todo su corazon, absorbía todos sus pensamientos y solicitudes, y no pudiéndolo encontrar, á pesar de tantos cuidados y solicitud, experimentaba, dice Orígenes, penas mas acerbas que las que cualquier mártir, cuando á fuerza de tormentos el alma le fué arrancada del cuerpo: *Beata Virgo, dice este expositor, plus doluit de filii amissione, quam quivis martyr dolorem senserit de animæ a corpore separatione.*

No podia ser de otra manera; porque cuanto mas ardiente es el amor que tenemos á un bien que poseemos, tanto mayor es el dolor que nos causa el vernos privados de él. ¿Quién duda que el amor sobrenatural y divino que Maria profesaba á su hijo Jesús era inmensamente superior al amor natural con que todo hombre se ama á si mismo?

De lo cual resulta que, si bien Ella sufrió indecibles penas y amarguras en el discurso de su vida, con todo jamás salió de su boca una sola queja; pero cuando despues de haber perdido á su Hijo lo encontró finalmente en el templo, se quejó amorosamente con él, expresando el gran dolor que su pérdida le habia causado en aquellos tres dias de tan amarga separacion: *Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes querebamus te.* Fué este uno de los mayores dolores, y una verdadera, una viva imágen del que sufrió su divino Hijo en la cruz, cuando en medio de agonias mortales se vió abandonado del Padre Eterno.

Y nosotros que nos preciamos de ser devotos de Maria, ¿podrémos meditar este acerbísimo dolor sin derramar lágrimas? ¿Podrémos contemplarla sumida en un mar de afliccion y no compadecerla? Si Maria fuese una mujer como las demás, al considerar sus dolores y amarguras, debería enternecerse nuestro corazon y manifestar algun sentimiento de humanidad. No, no es nuestro corazon de hierro ó de bronce, para mostrarse frio é insensible; sino formado de carne y naturalmente inclinado á compadecer al que está oprimido de dolor; cuanto mas debe enternecerse, pues, nuestro corazon y compadecer á la Virgen Santísima que es Madre de Dios y Madre nuestra, cuanto mas sensible debe ser nuestro corazon para tomar parte en sus penas, al pensar que Ella sufre un dolor y amargura tales, que nunca los sufrió iguales ninguna pura criatura. ¡Ah! consideremos con frecuencia la grandeza de sus penas y no nos será difícil compadecerla.

Aprovechémonos á un mismo tiempo de los ejemplos que nos da. Maria pierde á Jesús sin culpa, por especial disposicion del cielo y sin em-

bargo, siente de tal modo esta pérdida, que sufre penas mas amargas que cualquiera muerte, y lo busca con gran solicitud y ansiedad, sin descansar un punto hasta haber tenido la suerte de encontrarlo. ¿Y nosotros...? ¡Ay! ¡Cuantas veces perdemos á Dios por el pecado! ¡Y lo perdemos con gusto! Y despues de haberlo perdido, vivimos descuidados, sin practicar ningun medio para encontrarlo, ó tal vez lo buscamos con negligencia, como si el perder á Dios fuese de poca importancia. ¡Oh! reflexionemos que quiere decir perder á un Dios, y conocerémos que perder á Dios es lo mismo que perder nuestro primer principio, nuestro último fin, nuestra paz, nuestra felicidad; es lo mismo que perder todos los bienes é incurrir en todos los males. Consideremos, pues, que significa perder á Dios, y aprendamos de Maria á llorar amargamente semejante pérdida y á repararla prontamente y con gran solicitud.

DIA XXVII.

MARIA ENCUENTRA Á JESÚS EN EL CAMINO DEL CALVARIO.

Cuando hubo llegado el tiempo en que Jesús debía sufrir toda clase de tormentos, y morir en infame patibulo por la salvacion del mundo, se dirigió con sus discipulos al cenáculo donde habiendo dado á los hombres la mayor prueba de su amor, dejando su cuerpo sacramentado, pasó á despedirse de su divina Madre, como asegura San Buenaventura con el Venerable Beda, la cual con otras devotas mujeres, despues de recibida la sagrada comunión, estaba retirada en una habitacion

inmediata. Allí, en su presencia podemos figurarnos que, mirándola con ojos de compasion, la diria: Madre, amada Madre mia, ha llegado ya el tiempo señalado por los eternos decretos, en el cual debo satisfacer á la divina justicia por los pecados del mundo; y asi tened por bien que yo vaya á ofrecerle el sacrificio de mi vida y aplaque su indignacion. Estas palabras fueron una espada agudísima que traspasó el corazon de su tierna madre, por lo cual para no aumentar su dolor, se separó luego de su presencia, dejándola sumida en la mas profunda amargura. Del cenáculo va Jesús al huerto de Jetsemani; y de alli en medio de insultos y oprobios es llevado por sus enemigos á la casa del Pontífice Anás, de esta á la de Caifás; y por último al pretorio de Pilatos, donde, despues de haber sido declarado inocente, es condenado por el inieuo presidente á morir en cruz, y cargado con el instrumento de su suplicio es conducido al Calvario. Y Maria, que sabe todo lo que pasa, ¿que hace? ¿que resuelve? ¡Ah! el amor y el dolor no le permiten llorar sola en el secreto de su retiro; sino que la obligan á acompañar á su Hijo en el Calvario, para asociarse á su sacrificio, y ofrecer á la divina justicia junto con la vida del Hijo su aflitido corazon. Miradla ya fuera de su casa, mirad como llena de angustia va á encontrarlo en el camino del Calvario. Sigamos, hermanos míos, sus pasos, vayamos con Ella á contemplar el mas triste espectáculo, y consideremos el profundo dolor que le causó el encuentro de su Hijo, cuando cargado con una pesada cruz dirigia sus pasos al lugar del suplicio, á fin de que sepamos compadecerla y tomar parte en su dolor y al mismo tiempo aprovecharnos de los ejemplos que Ella nos dá de resignacion y paciencia.

S. Buenaventura, contemplando á la Virgen en el camino del Calvario, cuando sale al encuentro á su Hijo, resuelta á seguirlo hasta el lugar del suplicio y presenciarse su cruelísima muerte, le dice con afecto filial; ¿porqué Virgen santa, porqué quereis ir al Calvario? ¿Vos que sois tan modesta que os sonrojasteis y turbasteis, al oír las palabras de un ángel, no temeis ahora mezclaros en medio de una turba desenfrenada? *Cur quæso te non tenuit verecundia virginalis?* ¿Vos que sois una débil y tímida Virgen no temblais al oír el estruendo y confusa gritería de tanta gente armada? *Cur te non tenuit pavor muliebris?* ¿Vos cuyo horror al pecado os hace temblar con solo oír su nombre, no os espanta ahora el ir á presenciarse con vuestros mismos ojos el mas horrendo de todos los sacrilegios, que van á cometer contra su Criador sus indignas criaturas? *Cur te non tenuit horror tanti facinoris?* ¡Ah! bien se conoce que la inmensidad del dolor que acibara vuestro corazón en nada de esto os deja reflexionar: *hec omnia non considerasti, Domina mea, quia cor tuum erat alienatum a te præ immenso dolore.*

Ya está pues en el camino del Calvario, ansiosa de descubrir á su amado Hijo. Ve una inmensa muchedumbre que lo rodea, oye los gritos de una turba insolente, escucha los insultos, las blasfemias, las maldiciones que se vomitan contra él: ve por último... ¡Oh lamentable espectáculo! Ve á su amado Hijo con la cabeza traspasada de crueles espinas, el rostro bañado en sangre, jadeando encorvado bajo el grave peso de la cruz: ve sus carnes desgarradas por los azotes, y oye los golpes que descargan sobre su delicado cuerpo para que acelere el paso. ¡Oh! quien puede comprender el dolor que traspasa su tierno corazón?

Margarita, hija del gran Canciller de Inglaterra, Tomás Moro, viendo que su buen padre como infame malhechor era conducido al suplicio en medio de los verdugos, exclamó: ¡Ay padre! ¡Ay padre! y así diciendo, cayó desmayada á sus pies.

María, al ver á su hijo Jesús en medio de tanta gente malvada, cargado con una cruz pesadísima, y en tan triste estado ir al lugar del patíbulo, no se desmayó, no murió, porque no era conveniente, dice Suarez, que perdiese el uso de la razón ó muriese en aquel encuentro, reservándola Dios para mayores penas y mas crueles dolores, aunque estos fueron tales que bastaban para darle mil muertes. No olvidéis que Ella es madre de Jesús, si quereis tener alguna idea de la grandeza de la pena que sufre cuando ve al objeto de todo su amor encaminarse en medio de tantas aflicciones al lugar del suplicio.

Cuanta pena y amargura no hubiera causado á Sara, si hubiese visto á su amado Isaac, no ya encorvado por el peso enorme de la cruz, y próximo á dar el último aliento, sino solamente cargado con la leña, dirigirse al monte Moria para ser allí quemado? ¿Como habria sufrido tan lastimosa vista? ¿Cuanta amargura no sufriria una madre que no hubiese perdido todo sentimiento de humanidad, si viese que su inocente hijo es condenado á infame suplicio? Mas ¿qué tiene que ver un hijo cualquiera, por inocente y amable que sea, comparado con Jesús? ¡Oh María! ¡Oh madre afligidísima! ¿quien puede comprender la profundidad de vuestro dolor al mirar á vuestro hijo Jesús manchado de sangre, encorvado bajo el peso de la cruz, golpeado inhumanamente y arrastrado á una muerte cruel é infame? ¡Ah! no, no es posible conocer toda la acerbidad de vuestro dolor. Comunicadnos

una parte siquiera de él. á fin de que sepamos de algun modo compadeceros.

Jesús no habla á Maria, ni Maria habla á Jesús, porque los judios que anhelan verle pendiente en la cruz, no les dan tiempo para decirse una sola palabra. Pero, si calla la lengua, hablan las miradas y habla tambien el corazon. ¡Oh si nos fuese dado oír lo que se dicen! Jesús dirige á Maria una mirada tierna, con la cual parece que le dice: A Dios, madre mia querida: yo voy á morir. Dentro poco me vereis colgado con tres clavos agonizar en esta cruz que llevo á cuestas. ¡Oh madre, querida madre mia, yo veo cuan afligido está vuestro corazon, y vuestro dolor aumenta excesivamente todas mis penas. ¡Ay! habeis venido á sumergiros en el mar de mis penas, y á sufrir tormentos mas crueles que cualquier muerte. Y Maria ¿qué hace? ¿qué responde á estas miradas, y á estas palabras que salen del corazon de Jesús? Ella, transido el corazon de dolor, parece que esclama: ¡Ay! Hijo mio, ¿en que estado os miro? Qué mas podia hacer contra Vos la malignidad y fiereza de los judios? ¡Ah si me fuese dado ponerme en vuestro lugar! ¡Oh si pudiese yo morir por Vos, ó por lo menos daros algun consuelo! ¡Oh madre afligidísima! ¡cuán profundo es vuestro dolor! ¡cuan angustiado vuestro corazon! Mas ¿porqué, amorosa madre, porqué habeis buscado este doloroso encuentro? ¿porqué quereis seguir á Jesús hasta el Calvario, y asistir á la sangrienta tragedia de su crucifixion? ¡Ah! Vos no seguisteis á Jesús en el Tabor, ni cuando los judios querian hacerlo rey, ni cuando era objeto de universal admiracion por los milagros que obraba; sino ahora que es el oprobio de los hombres, el desecho de la plebe y es conducido á un infame suplicio, ahora quereis

seguirle para ser victima del dolor y ser sacrificada tambien con Jesús á la divina justicia por nuestros pecados. ¡Oh caridad inmensa! Nosotros, madre amada, os damos gracias de todo nuestro corazon por el amor inefable que nos manifestais; y haced que sepamos en alguna manera corresponder á vuestra ardiente caridad.

Entretanto Jesús oprimido por el enorme peso de la cruz, continua su camino hácia el Calvario, y Maria con el corazon oprimido de otra cruz, no menos pesada que aquella, va siguiendo sus pasos. Pero, ¡oh espectáculo capaz de arrancar lágrimas á los corazones mas duros é insensibles! Jesús, Unigénito del Padre, Criador del Universo, é Hijo de Maria, agotadas las fuerzas, cae, y vuelve á caer hasta tres veces en tierra bajo el peso de la cruz. Y Maria que está presente á tan triste escena, ¿qué hace? ¡Ah! Ella está tambien sin fuerzas; sin embargo no cae oprimida por el peso de su cruz interior, porque un milagro del Omnipotente la sostiene firme, aunque sin disminuir ni aliviar sus angustias; antes, por el contrario, creen mas y mas al ver el estado lastimoso á que ha sido reducido su Hijo. y al oír los insultos de que es objeto por parte de los verdugos.

Cuando un jumento cae bajo la carga, excita la compasion de todo el que lo vé, y muchos corren á socorrerlo y levantarlo; pero á Jesús, se niega lo que no se niega á las bestias. Los judios no considerando la doctrina celestial que les predicó, ni los estupendos prodigios que en medio de ellos obró, y olvidados de que ellos mismos lo habian reconocido y aclamado por el Mesias prometido, engañados por los principales de la sinagoga, lo miran como un impostor y blasfemo sacrilego, y así al verle caido bajo la cruz, en lugar de com-

padecerlo, me parece ver como se ensañan mas contra él, y á puñadas y puntapiés le obligan á levantarse y continuar el camino emprendido.

¡Ay, cuanto sufre Maria, viendo la majestad de su divino Hijo tan abatida y tan humillada! Querria libertar á su Hijo de las manos de aquellos verdugos, preferiria ser Ella objeto de aquellos insultos, querria por lo menos, poder darle algun consuelo, querria... pero nada le es permitido, le es imposible todo, y se ve obligada á presenciarse tan triste espectáculo, sin poder proporcionarle el menor alivio.

¿Podrémos, católicos, considerar tan graves penas de Maria, sin compadecerla? ¿Podrémos verla oprimida con el peso de tantos afanes y no tomar parte en sus penas? ¡Ah! seria preciso no tener corazon, ó tenerlo mas duro que el mármol, para que no nos moviesen á compasion las penas de Maria.

No obstante, mas que nuestra compasion, desea la imitacion de sus ejemplos. Ella no quiere dejar de seguir á Jesús, cuando va al Calvario, y lo sigue con el corazon oprimido de una pena que bastaria para darle mil veces la muerte, si un milagro de la Omnipotencia no le conservare la vida, y nos dice con su ejemplo: *imitatores mei estote, sicut et ego Christi*: seguid mis pasos, como yo sigo los de Jesús. Seguidme sufriendo con paciencia y resignacion las enfermedades, las calumnias, las adversidades. Seguidme principalmente, restando vuestras pasiones, apartandoos del pecado y cumpliendo exactamente vuestros deberes. Si para esto es necesario padecer dolores, angustias, penas, padecedlas; si conviene sufrir privaciones, hacer algun sacrificio de las propias comodidades, hacedlo de buena gana. Sufridlo todo con el obje-

to de conformar vuestra conducta con la mia. Soy madre, os he dado el ejemplo que debeis imitar, si deseais ser hijos míos: *exemplum enim dedi vobis; ut quemadmodum ego feci, ... ita et vos faciatis*. (Joan. 13. 15.) Si, católicos, el obsequio que de nosotros exige de un modo especial Maria, es el cumplimiento de nuestros deberes, cueste lo que cueste; porque cualquier pena, cualquier molestia que suframos, nunca podrá compararse con las penas y angustias que Ella sufrió por nuestro amor.

DIA XXVIII.

CRUCIFIXION DE JESÚS.

Jesús ha llegado ya al término de su viaje, ha llegado al Calvario. Al Calvario ha llegado tambien Maria; pero sus penas no han concluido, sino que son mayores y mas crueles que nunca. Aquí, católicos, se manifiesta á los ojos de nuestra alma un espectáculo el mas funesto, el mas terrible, el mas abominable de todos: espectáculo que hizo perder su luz al sol, temblar la tierra y romperse las piedras: espectáculo que trastornó toda la naturaleza, porque se vieron criaturas racionales que, desconociendo á su Criador, le dieron muerte cruel é ignominiosa á vista de su tierna y amorosa madre.

No es mi intento hablaros esta tarde de las penas del Hijo, sino de las que sufrió la Madre; aunque tienen tan íntima conexión unas con otras, que es imposible reflexionar en las de Maria sin quedar conmovido por las de Jesús. Fijemos hoy la consi-

deracion en esta Madre afligida, ponderando el excesivo dolor que traspasó su corazon al asistir á tan cruel espectáculo, y procuremos tomar parte en sus penas con una sincera y cordial compasion.

Ya está Jesus en el Calvario aparejado para consumir el sacrificio. Los verdugos, despues de haber amargado su boca con hiel, le quitan los vestidos para hacer mas ignominiosa su muerte. Maria en tanto tiene fijos en él el corazon y las miradas. Mas ¡cuan amargo espectáculo se presenta á su vista! Ve á su amado Jesus que no tiene ya figura de hombre. Lo ve con los cabellos degreñados y empapados en sangre, con el rostro livido é hinchado por las bofetadas y cubierto de salivas y sangre; ve las carnes despedazadas, los huesos casi descarnados de modo que podian contarse uno á uno; ve como le hacen caer violentamente sobre la cruz; ve... ¡ay! ¿qué es lo que ve? ve como con gruesos clavos lo clavan en el duro madero. ¿Quién puede comprender, no ya expresar, el tormento que sufre al presenciar tan amargo espectáculo? ¿Quién puede comprender cuan profundas son las heridas que hacen en su corazon aquellos martillazos con que fijan los clavos? ¡Oh Madre afligidísima! ¿Quién podrá compadeceros dignamente en tan grande amargura? *Quis nostrum est idoneus ad effundendas lacrymas pro dignitate doloris tanti?*

Si la madre de Tobías que tanto se afligia, como antes os dije, por la ausencia de su hijo, y lloraba con lágrimas irremediables, segun dice el sagrado texto, porque no le veía volver á su casa tan pronto como deseaba, si la madre de Tobías hubiese visto á su hijo dando la vida en manos de crueles verdugos ¿qué dolor, qué amargura no hubiera sufrido? ¿Cómo hubiera podido presenciar tan funesto espectáculo? ¡Ay! ¿Cómo puede Maria

ver á su amado Hijo, hijo incomparablemente mas digno y mas amable que el hijo de Tobías y Ana, cómo puede ver á su Hijo en manos de crueles verdugos que con inaudita crueldad le atraviesan piés y manos con gruesos clavos? ¿Cómo puede presenciarlo sin perder la vida? Lo he dicho ya: solo un milagro puede conservarle la vida para sufrir nuevos dolores y penas, á fin de que todos la reconozcan por Reina de los mártires.

Clavado ya en el duro madero su amado Hijo, es levantada en alto la cruz y se la deja caer con ímpetu en un hoyo preparado al efecto. ¡Oh qué tormento para el corazon de Maria! Por causa del ímpetu con que se deja caer la cruz en el lugar preparado, reciben un terrible sacudimiento todos los miembros de Jesus, dislócanse los huesos, rompense los nervios, dilátanse excesivamente las llagas de manos y piés, y Jesus se halla abismado en un mar de tormentos. Y su amerosa madre que todo lo ve, todo lo observa con grandísima atencion, ¡ay cuanto se aflige, cuanto sufre! Ve á su amado Hijo suspendido con tres clavos que han abierto en sus piés y manos anchas heridas que se dilatan mas y mas con el peso del cuerpo, ve que su vida es una continua muerte, ve que está sumergido en un mar de tormentos. ¡Ay cuanto sufre su tierno y amante corazon! Jesus padece inmensos dolores en todas las partes del cuerpo; Maria los sufre en lo mas vivo de su corazon: *quot laciones*, dice San Gerónimo, *in corpore Christi, tot vulnera in corde matris*. Sí, Maria tiene el corazon atravesado con las espinas, destrozado con los clavos, y atormentado con la cruz, todas las penas de Jesus están reconcentradas en su corazon: *quot laciones in corpore Christi, tot vulnera in corde matris*; de modo que San Buenaventura no ve en Ella otra cosa que

espinas, azotes y llagas: *Quæro Matrem Dei, dice, et invento spinas, et clavos, quæro Mariam, et invenio vulnera et flagella.*

Seria necesario, para formarnos una idea de sus dolores, conocer cuanto ama á Jesus; pero como es imposible al entendimiento humano comprender la grandeza del amor que le profesa, así es imposible tambien conocer cuan graves son sus penas. Esforcémonos; sin embargo, por conocerlo tanto como nos sea posible. Maria es verdadera Madre de Jesus, por lo que le ama como á su verdadero Hijo. Ahora pues ¿quién no sabe cuan tierno y ardiente es el amor que las madres profesan á sus hijos? Mirándolos como á partes de sí mismas por el sér y la vida que les dieron, son todo amor y ternura hácia ellos. Y si ven en ellos alguna prerogativa ó cualidad excelente, entonces es mucho ardiente y vivo su amor. ¿Quién tuvo mayores motivos que Maria para amar á su Hijo por las cualidades que en él observaba? Jesus era un hijo hermosísimo, obedientísimo, amantísimo de su Madre, y ¿qué incendio de amor no excitaban en el corazón de Maria las dotes de su amado Jesus!

A mas de esto Maria amaba á Jesus no solo con un amor natural, sino tambien con amor sobrenatural y divino. Le amaba como á su Dios, como á su Criador y Redentor, le amaba como á su principio, como á su fin, le amaba como á su todo, y considerando que habia sido elegida por él entre todas las criaturas para ser su Madre, que le habia dado cierto parentesco con la Divinidad, la habia hecho Reina del cielo y de la tierra, y la habia adornado con tantos dones, ¡oh cómo se encendia y abrasaba en amor para con su Hijo Jesus!

Pues si tanto era el amor que Maria profesaba á su Hijo, ¿cuanta amargura no debia sufrir su co-

razon al ver en medio de tantos tormentos al objeto de todo su amor? De alguna alma santa se lee, que con ver solo de paso á Jesus atormentado, se sentia su corazón afectado de un tiernísimo afecto de compasion, y de un vivísimo dolor. De Santa Brigida se lee que habiéndosele aparecido un día el divino Redentor llagado y cubierto de sangre, fué tan vivo el sentimiento de compasion que experimentó, que en todo el tiempo de su vida de ordinario no hacia otra cosa sino llorar, y nunca pudo moderar su dolor al recordar tan triste espectáculo. De la Beata Ángela de Fuligno se cuenta tambien que, habiendo visto en cierta ocasion á Jesus crucificado, concibió en su corazón un afecto tan tierno para con Jesucristo, que despues al ver alguna imágen que representase algun paso de la pasion, la sorprendian luego penosísimos desmayos y sentia abrasarse sus entrañas de un ardor que la reducía al último extremo; por lo que se hacia preciso que sus compañeras procurasen ocultar á sus miradas semejantes imágenes para librarla de tan peligrosos accidentes.

Si, pues, estas almas que no tenían el corazón de madre, que no amaban con tanto ardor como la Virgen, y veían solo de paso las penas de Jesus, no obstante era tanta su compasion, tanto el dolor que sentían que les hacia llorar amargamente y ponía en peligro su vida, ¿qué dolor, qué tormento no debió sufrir Maria, amando mas que otra alguna pura criatura al Señor crucificado? ¿Qué tormento, qué dolor no debió sufrir siendo su Madre y viendo ejecutarse á su misma vista tan inhumana tragedia? ¡Ah! solo Dios puede comprender toda la atrocidad de sus dolores y penas.

Así, pues, Maria está al pié de la cruz, y cuantas penas ve que sufre su amado Hijo, otras tantas

sufre Ella en su corazón. Cada mirada que le dirige Jesús es para su corazón una herida profunda. Querría no mirarle, pero no puede menos de fijar en él la vista. El amor no le permite mirar otra cosa que á su amado Hijo. Levanta los ojos, y los abaja, vuelve á levantarlos, y mira atentamente las heridas de Jesús. Entra con el pensamiento en las llagas de pies y manos, penetra hasta el interior de su Hijo, y ve su corazón sumergido en un mar de penas: sale de aquí por las aberturas de su cuerpo desgarrado, y no encuentra otra cosa que motivos de dolor y pena, por lo cual su corazón es un vivo retrato de Jesús crucificado: *ingrediebatur, dice San Lorenzo Justiniano, per manuum pedumque foramina, egrediebatur ad singula corporis membra, et ubique mæroris inveniebat pasqua; passionis speculum cor Virginis effectum.* (De Agon. Dñi. c. 21.) ¡Oh Madre afligidísima! ¡cuan profundo es vuestro dolor! *Ubi stas?* Permitted que os pregunté con vuestro devoto San Buenaventura, *Ubi stas?* ¿En dónde estais, en qué lugar os hallais? *Numquid juxta crucem?* ¿Estais pon ventura al pié de la cruz, contemplando las penas, los dolores y la cruel agonía de Jesús? ¡Ah! no. no estais al pié de la cruz, no es este el lugar en que os hallais; sino que estais clavada en la cruz: sí, allí estais crucificada con Jesús, con Jesús padecéis, con Jesús sufrís, con Jesús agonizais: *in cruce cum filio cruciatis; ibi enim secum es crucifixa.* (St. m. p. 1. c. 4.)

• María, pues, está sumergida también en un mar de penas y dolores. Entre tanto oye que Jesús, dirigiéndose á Ella, le dice con voz apagada moribunda: *mulier*; mujer; como si quisiese decirle: madre mía, yo muero, pero no os llamo con el dulce nombre de madre, para no afligiros mas. Yo

muero; pero os dejo por hijo en mi lugar á San Juan. *Mulier, ecce filius tuus.* (Jo. 26.)

Cierto que es de algun consuelo para María el cuidado amoroso que tiene por Ella Jesús crucificado; pero es un consuelo que le traspasa el corazón, porque comprende muy bien que con estas palabras Jesús se despide de Ella. Conoce que por momentos va á ser privada de un hijo tan amoroso y tan amado; de un hijo que es su consuelo, su corazón y su alma: y que en lugar de él tendrá por hijo á un puro hombre, y, por lo mismo, ¡qué espada de dolor en su corazón! ¡Oh Madre, Madre afligidísima! *Joannes tibi pro Jesu traditur.* En lugar de Jesús se os da por hijo á Juan. El siervo por el Señor, el discípulo por el maestro, un puro hombre por un Dios verdadero. *¡O commutationem!* (D. Bern. ser. de 12. stet.) ¡Oh! ¡con cuánta verdad sois llamada reina de los mártires!

Mas Jesús, cumplidas las profecias y el mandato de su Padre, y bebido hasta las heces el cáliz amargo, da un gran grito, inclina la dolorida cabeza y muere: *et inclinato capite, tradidit spiritum.* (Jo. 19. 30.) En aquel momento tiembla la tierra, hiéndose las montañas, rómpense las piedras, y su Madre que le ve espirar á su misma presencia en infame patíbulo y cubierto de tanta ignominia, ¡oh! ¡cuanlo sufre, cuanto padece! Si las criaturas insensibles se conmueven, y á su manera dan señales de dolor en la muerte del que las crió. ¿qué dolor y tormento no debía ser para una madre tan amorosa, tan sensible y tan tierna como lo era María? Paréceme oirla desahogar, si posible fuese, su dolor con estas palabras: ¡Ay! ¡ay de mí! que ha muerto la luz de mis ojos, el sosten de mi vida y el consuelo de mi corazón: *Heu, heu me, fili mi, lumen sculorum meorum, solatium vitæ meæ.* (Tob. 10. 40.)

¿Quién de nosotros, católicos puede considerar los dolores de la Virgen sin compadecerla? ¿Quién puede contemplar á la Madre de Dios viendo morir á su misma presencia y de un modo tan cruel á su amado Hijo, y no sentir vivamente sus penas? O Madre afligidísima, ¿quién podrá daros algun consuelo? ¿quién podrá aliviar algun tanto vuestros dolores? Yo sé que sumergida en un mar de penas, nosotros somos incapaces de daros el menor consuelo; pero comunicadnos, al menos, Madre afligidísima, una parte de vuestro dolor, á fin de que os compadezcamos y acompañemos en el sentimiento que os causó la muerte de Jesús.

DIA XXIX.

LANZADA Y DEPOSICION DEL SANTO CADÁVER.

Jesús ha muerto. Ha terminado una vida de penas con una muerte la mas bárbara, la mas cruel la mas ignominiosa de todas. El pueblo, los soldados, los verdugos, habiéndole visto espirar, marchan del Calvario; pero no se separa de allí Maria. El amor y el dolor le han enclavado en la cruz, y no le permiten separarse un paso de su Hijo difunto. Por otra parte no tiene que temer se añadan á sus penas nuevas penas, ni que reciba su difunto Hijo nuevas heridas y nuevos insultos. La divina justicia ofendida con las iniquidades de los hombres ha quedado sobrecabundantemente satisfecha con la sangre y con la muerte de Jesús: hasta el odio y la envidia y la rabia de los judios han quedado satisfechas, pues han logrado dar muerte á quien tanto aborrecian. El cielo, la

tierra, las mismas piedras, que en alguna manera lloraron su muerte, le han reconocido por su Criador. ¿Qué mas? Los mismos que le han crucificado, los verdugos mismos, vista la turbacion de toda la naturaleza, bajan la montaña confusos, compungidos, dándose golpes al pecho y confesándolo verdadero Hijo de Dios: así es que Maria en tal estado no tiene que temer reciba su Hijo nuevas injurias, ni que Ella haya de sufrir nuevas penas y amarguras.

Mas ¡ay cuanto me engaño! El odio y la malignidad de los judios, aunque han crucificado y dado muerte al Hijo de Maria, no están satisfechos: por lo que continúan desahogando contra él su rabia furibunda con nuevos ultrajes, y traspasan con nuevos dardos el corazon de su atribulada Madre. Consideremos esta tarde lo que se hizo con Jesus pendiente todavia de la cruz y su deposicion de la misma, lo que formó la sexta espada que traspasó el corazon de nuestra buena Madre, y procuremos compadecerla sinceramente y acompañarla en sus penas.

Maria, pues, está inmóvil al pie de la cruz, contemplando á su Hijo difunto que está pendiente del infame patíbulo: ve su cabeza taladrada de largas y duras espinas, los ojos cerrados y cubiertos de sangre, las mejillas sucias por la sangre y las salivas, las carnes desgarradas, y esta vista le causa vivísimo dolor y arranca profundos suspiros de su corazon. En esto ve á los ministros de la justicia, enviados tal vez por los principales de la Sinagoga, los cuales con mazos de hierro van á romper las piernas á los tres crucificados, si no han espirado todavia, y quitar sus cadáveres de la cruz, para que no pudiese perturbar la solemnidad del dia siguiente aquel horrible espectáculo. Tiembla

Maria al verlos, temiendo que no reciba su Hijo nuevos insultos, y les suplica, dice San Buenaventura, que tengan á bien no insultarlo mas: *oravit ne frangerent ejus crura*. ¡Ay! mi Hijo, les dice, ha muerto ya, dejad de maltratarlo, y no me causeis nuevas amarguras á mí que soy su pobre Madre.

Pero ¡oh Dios mio! Apenas acababa de hablar, cuando uno de los soldados armado de aguda lanza se acerca á la cruz, é hiere con gran fuerza el costado del difunto Salvador. El golpe es tan terrible que le abre el pecho, traspasa de parte á parte el corazon y le hace derramar la poca sangre que le quedaba; y así la derrama toda hasta la última gota por nuestro amor.

El tormento que sufrió la afligida Madre con este nuevo acto de crueldad es mas fácil imaginarlo que expresarlo con palabras. ¡Pues qué! podemos creer diria en su angustiado corazon, ¡pues qué! ¿no está satisfecho el odio, la envidia, la crueldad de los judíos que, muerto ya, lo insultan y maltratan? ¡Ay de mí, desgraciada, que he sido reservada para presenciar tan execrable barbarie! ¿Y es posible, Hijo mio, que vuestra lastimosa figura no baste para ablandar el corazon de vuestros perseguidores? ¿Es posible que vuestro desgarrado cuerpo cubierto de sangre no mueva á compasion su crueldad y fiereza? Á la vista de vuestros tormentos, de vuestras heridas y de vuestra cruel muerte, oscurecióse el cielo, tembló la tierra, rompieron las piedras, lloraron y os compadecieron á su manera las criaturas insensibles; y vuestros enemigos no manifiestan ningun sentimiento de humanidad, sino que se enfurecen cada vez mas contra vos. ¡Oh dureza, oh crueldad detestable!

Jesús no sintió el dolor de la lanzada, porque su bendita alma estaba ya separada del cuerpo;

pero lo sintió en gran manera su afligida Madre que con toda su alma estaba como escondida en aquel corazon divino. Esta es aquella espada que, le predijo tanto tiempo antes el anciano Simeon, debia traspasar su dulcísimo espíritu: *tuam ipsius animam pertransibit gladius*. (Luc. 2. 35.) Esta es aquella espada que le hizo sufrir tanto sin el menor consuelo. Porque ¿quién la consolará, si el que podia darle algun consuelo es su mas cruel martirio?

No hay duda que los mártires sufrieron grandes penas, terribles tormentos. Causa espanto el leer los tormentos de S. Lorenzo, no es ménos terrible el martirio de S. Estéban, y no pueden explicarse las penas que sufrieron otros innumerables mártires. Pero, que tienen que ver todas sus penas y tormentos comparados con las penas y dolores de Maria? Sufrieron, no cabe duda, crueles martirios; pero cuánta fortaleza y qué consuelos no recibieron de Jesús por cuyo amor padecian! A S. Estéban le parecian dulces las piedras que contra él se arrojaban: *lapides torrentis illi dulces fuerunt* (in of S. Estph.) porque en sus tormentos veia abiertas las puertas del cielo y la gloria de Dios que suavizaba sus penas. S. Lorenzo se burlaba de sus propios tormentos, porque Jesucristo derramaba en su corazon abundantes consuelos. Del mismo modo otros mártires se alegraban en medio de los tormentos; y les parecian rosas, porque Jesús los consolaba y confortaba.

Pero ¿qué consuelo y alivio podia tener Maria, si el que p dia consolarla era el origen de todas sus penas? ¿Qué alivio podia experimentar, viendo insultado, aun despues de muerto, á un Dios, hijo suyo? ¡Oh cuan ligero y dulce te hubiera parecido su martirio, si Ella sola hubiese sido objeto del

odio y de la malignidad de los judios! Pero es Jesús el aborrecido, es Jesús quien ha muerto entre penas y dolores, es Jesús quien, despues de muerto, es insultado y maltratado; y por esto el martirio de Maria es sin alivio y sin consuelo.

¡Oh madre verdaderamente angustiada! ¡en qué mar de penas os hallais sumerjida! *Tu, Domina, in tuo corde es lanceata? O suavissimum cor amoris, cur conversum es in cor doloris? O vere Maria, quia amaritudine plena.* (D. Bon slim. p. 1. c. 4.)

Entretanto, traspasada la desconsolada Virgen de inmenso dolor y llena de ansiedad temiendo que otros soldados no vengan otra vez á insultar á su amado hijo, está aguardando que José de Arimatea, obtenido permiso de Pilatos, venga á bajar de la cruz el sagrado cadáver. Cada minuto que tarda aumenta su pena, cada instante le parece una hora. Mas he aqui que por último le ve llegar. Comiénzase luego la deposicion del santo cuerpo: arráncanse los clavos de las manos y de los pies; quitásele de la cabeza la corona de espinas; y Maria lo recibe todo en sus manos y lo observa todo con gran atencion. Mas ¡cuánta pena le causan aquellos crueles instrumentos! Su vista le hace conocer mas claramente el horrible estrago que hicieron en el cuerpo de su hijo, y el inmenso dolor que le causaron; y por esto, ¡ay como crecen los tormentos de su corazon! Recibe, finalmente, el cuerpo de su amado hijo, y sentada lo está contemplando con mucha atencion.

¿Quién puede comprender la pena de Maria, viendo tan mal parado á su hijo? Recordad al patriarca Jacob, cuando le fué presentada teñida en sangre la túnica de su hijo José. Creyéndole devorado por alguna fiera ¡oh cuánta amargura inun-

dó su alma! ¡Cuán profundos suspiros se escapaban de su oprimido corazon! ¡Cuántas lágrimas derramó! Miraba y volvía á mirar aquel vestido ensangrentado, y bañándolo en lágrimas, exclamaba lleno de dolor; ¡ay! una fiera, una fiera cruel ha devorado á mi amado hijo: *fera pessima comedit eum, bestia devoravit Joseph.* (Gen 28. 43.) ¡Infeliz! ¡Desgraciado de mí! Los demás hijos suyos, temiendo que no muriese á la violencia del dolor, pusieron en torno suyo, procurando con buenas palabras aliviar su dolor y consolarle. ¡Ah! respondia él, mi dolor no admite alivio, mi corazon está inconsolable; ha muerto mi hijo José, y yo bajaré con él al sepulcro: *descendam ad filium meum in infernum.* (Ibi. 38. 35.)

S á Jacob le causó tanta amargura la vista de la túnica ensangrentada de su hijo; ¿quién puede expresar la pena y el tormento que sufre Maria en su corazon al ver no el vestido ensangrentado de su hijo, sino su cuerpo desgarrado, y todo manchado de sangre? ¿Cómo pueden compararse Jacob y Maria, el hijo de Jacob y Jesucristo? Cierto que Jacob amaba tiernamente á José; pero su amor y ternura de ningun modo pueden compararse con el amor y ternura que Maria profesa á su hijo, ni José es tampoco comparable con Jesús. ¿Quién puede, pues, expresar la pena y el dolor que sufre en su corazon Maria, al ver cubierto de tantas llagas y manchado con tanta sangre el cuerpo exánime de su amado hijo? Contempla la cabeza, y la ve taladrada por todas partes de crueles espinas; mira su hermoso rostro y lo ve cubierto de salivas y de sangre; observa las manos y los pies y los ve horriblemente desgarrados por los clavos; ¡oh! ¡qué nuevo martirio para su afligido corazon! Le abraza y lo aprieta contra su pecho, y le va

besando la frente, las mejillas, la boca, bañándolo todo en amargas lágrimas. ¿Dónde está, le va diciendo, dónde está, Hijo mio, aquella hermosura, que tanto te distinguía entre los hijos de los hombres? ¿Dónde aquella gracia que arrebatava los corazones? ¿Dónde aquella belleza que te ganaba el afecto de todos? *Ubi nunc tua forma, fili mi?* (S. Ephr. de lam. Virg.) ¡Oh cómo ha desaparecido tu hermosura! ¡En qué estado te veo, Hijo mio! *Tu mihi pater, tu mihi filius, tu mihi sponsus, tu mihi anima eras*, le hace decir Bernardino de Bustos en sus meditaciones: tu eras mi padre, tu eras mi hijo, tu eras mi esposo, tu eras mi todo: y ahora huérfana de Padre, privada del hijo, viuda del esposo, todo lo he perdido perdiéndote á ti; *et nunc privor patre, orbor filio, viduor sponso, et sic omnia perdidit, uno perditio filio.*

Observa de nuevo todas las heridas, vuelve á mirar todas las llagas de su lacerado cuerpo, fija la vista en la del costado, y ve traspasado de parte á parte su amabilísimo corazón. A cuya vista se exacerban mas y mas sus dolores, la pasión del hijo se graba mas profundamente en su corazón y Maria viene á ser una imagen perfecta de la muerte: *clarissimum passionis Christi speculum effectum est cor Virginis, nec non perfecta mortis imago.* (D. Laur. Just. de agon. D c 21.)

¡Oh Madre afligidísima! ¿cómo podeis vivir en medio de tantas penas? ¿Y nosotros como permanecemos en nuestra indiferencia y dureza, considerándonos abismada en un mar de congojas? ¡Ah! católicos, ¿qué corazón es el nuestro, si á vista de los dolores de Maria no se conmueve y no llora con Ella? ¿Podremos contemplar á la Madre de Jesús y Madre nuestra sufriendo tales penas y dolores, y no compadecerla? Reflexionemos que si sufre

tanto, es por nuestra causa; culpa nuestra es si está tan afligida: nosotros somos los que de varios modos hemos atravesado su buen corazón. Con nuestros pecados, con nuestras iniquidades hemos crucificado á Jesús, y le hemos dado muerte cruelísima; con nuestros pecados hemos atormentado tambien de mil maneras el corazón de Maria, el corazón de nuestra Madre: Madre la mas tierna, la mas afectuosa, la mejor de todas las madres. Reflexionemos y consideremos estas verdades, y será imposible que nuestro corazón, por mas duro que sea, no se conmueva y no tome parte en sus penas.

DIA XXX.

JESÚS EN EL SEPULCRO.

Si alguno de vosotros ha visto á una madre que acaba de perder á su hijo único, la habrá visto sin duda que no sabia separarse de él, y que ya le daba los mas estrechos abrazos, ya imprimia tiernos besos en su rostro, y le bañaba con sus lágrimas, como he visto yo mismo; habrá visto tambien aumentarse mucho mas su dolor, cuando debia ser apartado de su vista el hijo de sus entrañas para ser llevado al sepulcro.

Esto es lo que sucedió tambien á nuestra amorosa madre Maria Santísima. Después de haber visto morir á su hijo Jesus en un infame patíbulo, en medio de los mayores tormentos y cubierto de ignominia, ve por fin como se lo quitan de los brazos y lo llevan al sepulcro.

Este es el séptimo dolor que traspasó el cora-

zon de Maria. Considerémoslo nosotros atentamente esta tarde para ofrecerle el tributo de nuestra sincera y cordial compasion.

Asi pues Maria se encuentra en el Calvario cerca de la cruz con su hijo Jesús muerto en los brazos, como consideramos en el discurso anterior, y al verlo cubierto de horribles llagas y al considerarse privada del que era todo el consuelo de su corazon y el objeto de todos sus afectos, sufre el mas cruel tormento y dolor: y ya levanta los ojos al cielo y adora profundamente el decreto del Eterno Padre que ha permitido á los hombres maltratar tan inhumanamente á su Unigénito Hijo; ya ofrece á la divina justicia junto con el cuerpo exánime de Jesús su propio corazon de mil modos traspasado por nuestra salud; ya baha con amargas lágrimas el rostro y los miembros lacerados de su amado Hijo y parece que quiere exhalar sobre él el último suspiro. Los pocos discipulos que asisten á este doloroso espectáculo, temen, al ver aumentarse siempre el dolor de Maria, que no muera sobre el cuerpo de su amado Hijo; y por esto, haciéndole una dulce violencia, se lo quitan reverentemente de los brazos. Luego, habiéndolo embalsamado con preciosos unguentos y envuelto en una sábana limpia, y cargándose sobre sus espaldas, van á depositarlo en el sepulcro.

¿Y la Virgen? ¿que hace? ¡Ah! no puede separarse de su amado Hijo y va siguiendo la fúnebre comitiva. Mas ¡cuanto sufre su corazon al pensar que va á separarse de aquel sagrado cuerpo del que no quisiera apartarse un punto! El dolor y las lágrimas de la viuda de Naim cuando acompañaba á la sepultura el frio cadáver de su único hijo, de ningun modo pueden compararse con el dolor y el llanto de Maria acompañando á su Hijo difunto.

Ímense es la desproporcion que hay entre el hijo de la viuda de Naim y el Hijo de Maria. Aquel era un puro hombre, y este es el Hombre-Dios; en aquel no veia su madre sino al hijo de sus entrañas, en este reconoce Maria á su Hijo, á su Criador, á su Dios y á su todo. Aquel podia ocasionar á su madre mil sinsabores y disgustos, y acaso la habia causado grandes aflicciones; y este era incapaz de dar á su madre la menor molestia, siendo mas bien todo su consuelo y toda su felicidad. De ninguna manera, pues, es comparable el dolor y el llanto de la viuda de Naim con el de Maria. Su dolor es superior á todo otro dolor, y Dios solamente puede comprender toda su amargura é intensidad.

Mas en tan grande dolor y amargura nadie la consuela, ni le proporciona el menor alivio. La acompaña, es cierto, Juan, el discípulo amado que Jesús le ha dado por hijo; la acompañan las devotas mugeres y algun otro discípulo; pero vivamente afligidos por la muerte cruel de Jesucristo, van siguiendo á Maria, y traspasado de pena su corazon al considerar su inmenso dolor, lejos de poder consolarla, tienen necesidad de ser consolados; por lo que no hay uno solo que le diga una palabra de consuelo, ni que le dé el menor alivio: *no, non est, non est qui consoletur eam ex omnibus caris ejus.* (Jer. Thr.) ¡Ah! católicos, nosotros podemos y debemos consolarla: sí, nosotros detestando nuestras culpas, reformando nuestra conducta, cumpliendo exactamente nuestras obligaciones, podemos consolarla, podemos darle algun alivio en sus tormentos. ¿Nos atreveremos á negárselo?

Pero volvamos á Maria. Oprimida de tantas penas y dolores, está junto al sepulcro, que no dis-

taba mucho del lugar donde habia sido planteada la cruz. Y aquí ¡oh cuan doloroso espectáculo se ofrece á nuestra consideracion! La desconsolada madre siente avivarse el dolor de su corazon; y lanzándose sobre el cuerpo de su amado Hijo, lo abraza y estrecha contra su pecho, le dá mil afectuosos besos, llora, suspira, y está á punto de dar el último aliento. S. Juan quisiera separarla del sagrado cuerpo; empero, oprimido de pena, llora tambien amargamente, lloran los discipulos y las piadosas mugeres se deshacen en un mar de lágrimas. ¿Quien puede contener el llanto viendo á una madre amorosísima estrechamente abrazada con su único Hijo difunto, que dentro breves momentos le será apartado de su vista y puesto en un sepulcro? ¿Quién puede dejar de llorar, si á la muerte de su amado Hijo lloraron á su manera las mismas piedras? ¡Ay de mí! me parece que oigo como va diciendo la desconsolada madre, ¿con que será preciso separarme de ti, Hijo mio? ¿deberé dejarte en este sepulcro? ¿Cómo podre vivir sin tí, Hijo mio? Tú eres mi amparo, mi vida y mi alma, ¿cómo podré, pues, vivir sin tí? ¡Ah si al menos hubiese muerto contigo!... Te dejaré, Hijo mio, en este sepulcro, y yo viviré una vida mas amarga que la muerte, hasta que te vea resucitado á la vida inmortal.

Finalmente, los discipulos, muy conmovidos y bañados en lágrimas, toman el santo cuerpo, y lo ponen con reverencia en el sepulcro; y en él depositan tambien, dice el Cardenal Baronio, los clavos y la corona de espinas. Despues, habiéndole cubierto la cabeza con un lienzo, cierran el sepulcro con una gran piedra. ¡Oh cuan de buena gana hubiera quedado sepultada a. i. Maria! *Cum corpore Christi*, dice S. Fulgencio, *contumula r.*

Virgo vehementer exoptavit. Pero si no puede sepultarse viva con Jesús, por lo menos dejó sepultado con él su corazon. Si, segun las palabras del mismo Jesús, donde cada uno tiene su tesoro, allí tiene su corazon; ¿donde podia estar el corazon de Maria, sino en el sepulcro con su hijo Jesús, que era todo su tesoro y todo su bien?

¡Ah! si Jesús fuese tambien nuestro tesoro, es cierto que con él estaria tambien nuestro corazon, nuestros afectos y nuestro amor. El, es verdad, no está ahora en forma visible en este mundo; pero ha quedado entre nosotros de un modo invisible, aunque vivo y verdadero, en el augusto sacramento del altar. El se abraza en amor por nosotros, desea enriquecernos con sus dones y gracias, desea vernos felices y dichosos; pero como no es El nuestro tesoro, tenemos puesto, no en El, sino en la tierra, en el lodo, en objetos pecaminosos nuestro corazon y nuestro amor. Aprendamos de nuestra madre, donde debemos poner nuestro corazon y á donde debemos dirigir nuestros afectos: aprendamos de nuestra madre que, cerrado ya el sepulcro, no sabia separarse de aquella piedra que tenia encerrado su tesoro, sino que la abrazaba estrechamente, dice S. Bernardo, como si tuviese abrazado á su amado Hijo. Si, dice el Santo Doctor, abrazada con aquella piedra, la bañaba con sus lágrimas y le daba tiernos besos: *sacrum saxum sepulchri materna complectebantur brachia, rigabant oculi, osculabantur labia.* Parecia, en fin, que queria encerrar dentro de su corazon todo el sepulcro; *et totius gestu corporis inter sua præcordia absorbere videbatur sepulchrum.*

Finalmente, es necesario marchar de allí y volverse á casa. Maria Santísima va acompañada de

San Juan y de las tres devotas mujeres. Pero ¡cuán grande es su aflicción! El dolor inmenso que oprime su corazón está vivamente retratado en su rostro y en todo su cuerpo; de modo que todos los que la encontraban se veían obligados á llorar á pesar suyo: *multos*, dice San Buenaventura, *etiam invitos ad lacrymas provocabat*. Todos lloraban con solo verla: *omnes plorabant qui obviabant ei* (D. Bonav.) San Juan y las mujeres piadosas ¿qué hacen? ¡Ah! lloran también mas por ver á Maria tan afligida y angustiada, que por haber visto morir en medio de tantos tormentos é ignominia á su Hijo: *super ipsam potius, quam super Dominum plangebant*. (Idem.)

¿Y quien puede contener las lágrimas al pensar en la Virgen Santísima á quien le ha sido muerto su divino Hijo á sus propios ojos, y al verla sumergida en un mar de dolor? Sea tan duro é insensible como se quiera nuestro corazón, es imposible que al recordar tan inmenso dolor, no se conmueva y no llore con esta afligidísima Madre.

Llega finalmente en medio de angustias y penas á su casa. Mas ¡ay! su misma casa le recuerda al momento los amables modales de su Hijo, las conversaciones que con Ella tenia y las miradas amorosas que la daba; y estos recuerdos agravaron mas y mas la pena por haberlo perdido. ¿Dónde está, dice á San Juan, dónde está, Juan, tu Maestro? ¿Dónde está, Magdalena, tu Amado? Pero estos responden derramando amargas lágrimas.

El dolor de Maria no admite alivio ni consuelo; y por esto se retira en un rincón de su casa á llorar sola. Y aquí ¡oh con cuanta viveza se representa toda la horrenda tragedia que acababa de ver en el Calvario! Le parece ver todavía á su amado Hijo pendiente en la cruz con las carnes desgarradas y manchadas de sangre: le parece verlo

colgado de tres clavos que le despedazan horriblemente las manos y piés: ya se lo representa en medio de crueles tormentos y sufriendo la mas penosa agonía; ya le parece oír los insultos, las blasfemias y maldiciones que contra su moribundo Hijo vomitan los judíos. ¡Oh cuanto la afligen y atormentan estos dolorosos recuerdos!

Ahora, pues, una madre afligida por tantos dolores y amarguras ¿no bastará para mover nuestro corazón y excitarnos á ofrecerle por lo menos el tributo de nuestras lágrimas? ¡Ah! no; no son solo los judíos los que tanto la angustiaron; sino que hemos sido también nosotros. Sí, nosotros también, hijos desnaturalizados y crueles hemos lacerado su corazón, y hemos llenado de amargura su espíritu. Nuestros pecados han puesto á su Hijo en la cruz, nuestros pecados le han enclavado, le han taladrado la cabeza, despedazado las carnes inmaculadas, y dado muerte cruel; y por esto nuestros pecados han atormentado tanto á su divina Madre. ¿Y podremos nosotros no tomar parte en sus penas y compadecerla? ¡Ah, cristiano! *Gemitus matris tuæ*, te dice el Espíritu Santo, *ne obliviscaris*. (Eccl. 7. 23.) No te olvides de las penas que tu buena Madre ha sufrido por tu causa, llévalas siempre impresas en tu corazón, compadécela y llora con Ella.

Tengamos mucho cuidado, católicos, en no renovar mas tan cruel martirio, crucificando de nuevo á su divino Hijo, esto es, volviendo á cometer el pecado. Ella misma nos lo suplica y ruega: *rogo vos*, tales son las palabras que dirige al corazón de todos nuestra afligidísima Madre, según San Buenaventura, *rogo vos, ne amplius me vexare velitis in dilectissimo filio meo*.

DIA XXXI.

LA DEVOCION Á MARIA SANTÍSIMA ES UNA SEÑAL CIERTA
Y UNA PRENDA SEGURA DE PREDESTINACION.

El que se pone á considerar seriamente la situacion en que se halla en órden á la vida futura, no puede menos de sentirse oprimido de gran temor. No sabe si está en gracia de Dios ó en su desgracia, si es á sus divinos ojos objeto de amor ó de odio; y en consecuencia ignora tambien si será destinado á gozar con los santos en el cielo de la eterna felicidad, ó será condenado á sufrir con los réprobos en el infierno eternos y terribles suplicios: *nescit homo, dice el Espíritu Santo, utrum amore, an odio dignus sit; sed omnia in futurum servantur incerta.* (Eccle 9. 2. 3.) Esta reflexion hacia temblar á los santos y los tenia en un continuo temor y solicitud: mucho mas deberíamos temer nosotros que no somos santos, al considerar esta verdad, teniendo tantos motivos para temer y temblar.

Pero ¿no habrá algun medio para librarnos de tan molesta incertidumbre, y disipar nuestros temores? Sí, lo hay; y si sabemos valernos de él, quedaremos libres de temor. Este medio tan importante y tan poderoso es el amor y la verdadera devocion á la Virgen Santísima. Esta devocion, en efecto, puede librarnos de tan angustiada incertidumbre, puede llevar á nuestro corazon la serenidad y la calma, porque es señal cierta y prenda segura de nuestra predestinacion: *certissimum signum, dice San Bernardo, salutis æternæ consequen-*

tiæ. Que esto sea así, vamos á verlo esta tarde, con el fin de que tengamos nuevos estímulos para ser fieles siervos y verdaderos devotos de Maria.

La predestinacion de los elegidos á la gloria no consiste en otra cosa que en la perseverancia en el bien hasta la muerte. Esta perseverancia es una gracia tan grande y tan excelente, que, como enseña el Concilio de Trento, no podemos merecerla de ningun modo, siendo un don gratuito que Dios concede á los elegidos. Si Maria, pues, segun enseñan los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, es la tesorera y dispensadora de todas las gracias, y los hombres ninguna reciben que no pase por sus manos, como dijimos otro dia; si Ella dispensa las gracias á quien quiere, cuando quiere y como quiere: *omnes gratiæ, quibus vult, quomodo vult, et quando vult, per ipsius manus dispensantur* (D. Bernardinus Ser. 61.) ¿quiénes serán los predestinados, sino los devotos de Maria? Ella los mira con especial afecto, los ama con un amor invencible y eficazísimo, de modo que si el amor que todas las madres tienen á sus hijos se uniese en un solo corazon, no solo no seria superior, pero ni aun seria igual al amor que Maria tiene á cada uno de sus devotos: *amas nos, la dice San Pedro Damian, amas nos amore invencibili.* Siendo esto así, ¿cómo podrá sufrir que sus amados hijos que tanto procuran servirla, honrarla y amarla, y tienen puesta en Ella toda su confianza, cómo podrá sufrir que eaigan en el infierno, vengan á ser esclavos del demonio y sean horriblemente atormentados por toda la eternidad?

Si estuviese á disposicion de una madre la mas tierna el librarnos del infierno, llevarnos al paraíso de la gloria, y hacernos felices y dichosos para siempre, decidme: ¿podríamos entonces dudar de

nuestra suerte despues del curso de esta vida mortal? ¿no tendríamos motivos para prometérnosla muy feliz? Si, pues, el amor de Maria á sus devotos es tan grande que no solo no puede ser superado, pero ni aun igualado por cualquier otro amor de madre, ¿no tendrán sus devotos poderosos motivos para prometerse la felicidad eterna de la gloria? ¿No tendrán en su devoción una señal cierta y una prenda segura de su predestinacion?

Además, San Agustin reconoce en el amor de Maria otra cualidad que asegura mas y mas á sus devotos la eterna predestinacion. El descubre en este amor un gran cuidado y una suma solicitud: *unam*, dice á Maria, *ac te solam in caelis pro nobis fatemur esse sollicitam*. (Apud. de Bon. in Spec. c. 6.) Con esto no quiere decir el Santo Doctor que los ángeles y santos no sean tambien solícitos por nuestra salvacion; no, sino que quiso darnos á entender que el cuidado, solicitud y empeño que Ella se toma por nuestra salvacion son de tal naturaleza, que parece estar Ella sola empeñada á nuestro favor. Su gran solicitud la hace escuchar pronto las súplicas de sus devotos. Á la menor peticion que la dirijan, ya está pronta para consolarlos en sus aflicciones, defenderlos en las tentaciones y protegerlos en los peligros: *omnes consolatur, et tenuiter invocata, presto adest*. (Blos. in cant. vit. spir. c. 18.) Y cuantas veces sin ser rogada les comunica luces que los dirijan, les dispensa gracias y auxilios para huir del mal y practicar la virtud, ó los aparta de los peligros que les rodean, mostrándose mas pronta y solícita en socorrerlos que ellos en pedir su auxilio: *velocius occurrit ejus pietas quam invocetur*. (Ric. de S. Vict. in cant. c. 23.)

De lo dicho es fácil deducir que si Maria se

muestra tan solícita y pronta en socorrer á sus devotos, cuando los ve en algun peligro ó tentacion, si cuida tanto de concederles gracias y auxilios oportunos para que no caigan en pecado y cumplan sus deberes en el curso de esta vida mortal; mucho menos podrá negarles la gracia de la perseverancia final, ni permitir que caigan en el infierno y sean atormentados por toda la eternidad. Hariamos un agravio á su buen corazon, si abrigásemos semejante sospecha. ¿Cómo podria decirse que ama á sus devotos con amor solícito, y que tiene por los mismos mucha solicitud y cuidado, si habiéndolos concedido tantos auxilios y gracias, les negase la mas importante y la mas necesaria, cual es la perseverancia final en el bien? ¿De qué servirian todas las otras gracias sin esta? Si no se persevera en el bien, de nada sirven todas las otras gracias en orden á la vida eterna. Pero no, Maria no abandona nunca á sus devotos, si ellos no la abandonan. Ella los asistió solícitamente en vida, y los protege eficazmente en la hora de la muerte, y su amor no descansa hasta haberlos llevado consigo á la gloria.

Si, Maria asiste á sus devotos en vida y en muerte para que obtengan la eterna salvacion. Sabe que ellos están en este mundo como en un mar borrascoso lleno de escollos, donde son agitados muchas veces de furiosas tempestades y en gran peligro de naufragar; pero Ella navega con ellos, los asiste, los protege, á fin de que no sean sumergidos en el abismo del pecado. Santa Maria Magdalena de Pazzis, estando un dia en oracion y levantada en éxtasis, vió en medio del mar una navecilla en que estaban refugiados los devotos de Maria; y haciendo Ella de Piloto los conducia con toda seguridad al puerto. Al mismo tiempo enten-

dió la Señora que aquellos que viven bajo la protección de Maria, en medio de todos los peligros del mundo se ven libres del naufragio del pecado, y de la condenacion, siendo guiados con seguridad por Ella misma al puerto de la eterna gloria.

Y en verdad, la misma Virgen nos asegura con las palabras del Eclesiástico que se encuentra en medio de las olas del mar y que va en la compañía de sus devotos para librarlos del naufragio del pecado; *in fluctibus maris ambulavi* (24. 8), *scilicet*, le hace decir S. Lorenzo Justiniano, *cum familiaribus meis, ut ipsos eruerem a naufragio peccatorum*. Yo sé, continua Ella, que mis devotos tienen necesidad de fortaleza para no ceder al empuje de las pasiones, á los albagos del mundo, á los atractivos de los sentidos y á las sugeriones del demonio; pero mía es la fortaleza: Dios la ha puesto en mis manos para comunicarla á mis devotos, á fin de que se conserven constantemente en la divina gracia: *mea est fortitudo; per me reges regnant* (Prov. c. 8. v. 14. 15); por medio de mí vienen á ser otros tantos reyes, porque en tiempo de su vida mortal reinan sobre sus pasiones, teniéndolas sujetas al imperio de la razon, y sobre sus enemigos teniéndolos humillados y vencidos; y reinarán despues eternamente en el cielo en compañía de los ángeles y santos: *mea est fortitudo; per me reges regnant*.

Ella es para sus devotos torre fortisima é inexpugnable, como ya he dicho otra vez, pero no es superfluo el repetirlo. Ella es aquella torre de la que se dice en los sagrados cánticos: *sicut turris David... quæ ædificata est cum propugnaculis; mille clipei pendent ex eâ, omnis armatura fortium* (4. 4.) Es una torre rodeada de defensas; en Ella encuentran sus devotos todas las armas y todos

los escudos para combatir á sus enemigos, defenderse de sus asaltos y vencerlos en vida y en la hora de la muerte. Así pues, ¡cuán cierta señal y cuán segura prenda de predestinacion tienen en su devocion los siervos de Maria! Ella los ama con un amor incomprendible, con un amor solícito y tierno, les asiste bondadosamente en el tiempo de su vida, para que no caigan en pecado: les dispensa las gracias y auxilios oportunos para que cumplan con exactitud sus deberes y practiquen la virtud: los defiende en vida y mucho más en la hora de la muerte de los asaltos de sus enemigos; y por último los lleva consigo á la gloria del cielo.

Si así es, dirá tal vez alguno: yo tengo asegurada la salvacion, porque, gracias sean dadas á Dios, profeso devocion á la Virgen Santísima y me precio de ser siervo suyo. Sí, os diré, os salvaréis, ciertamente, si vuestra devocion es verdadera y no aparente, y teneis la dicha de morir con este carácter seguro de predestinacion; esto es, si procurais no disgustarla con vuestras malas costumbres, si la amais de corazon, si la honrais con prácticas devotas y perseverais sirviéndola hasta la muerte. Para tener este preciso carácter de predestinacion no basta el haber sido devoto de Maria por algun tiempo; que conviene perseverar en esta devocion hasta la muerte. El que la pierde, se priva de la asistencia de Maria y de sus especiales favores, será abandonado á sí mismo y á su debilidad, y en tal estado será presa de sus enemigos que lo precipitarán en el infierno.

Los predestinados ó escogidos para gozar de la eterna felicidad, son aquellos solamente en quienes está bien arraigada la devocion á Maria. *Qui cruciavit me*, dice Ella misma con las palabras del Ecle-

siástico, *requievit in tabernaculo meo, et dixit mihi... in electis meis mille radices.* (Eccle. 24.) El que me crió, dice Maria, se ha dignado venir á reposar en mi seno, y me ha dicho que me arraigase en sus elegidos, es decir, que los elegidos para la gloria me profesen una devocion muy arraigada, profunda y constante.

Son, pues, muy miserables é infelices aquellos que, despues de haber sido por algun tiempo devotos de Maria, engañados despues por el demonio, dejan de servirla y honrarla. ¡Infelices! No consideran que con su constancia se privan de su especial asistencia y se ponen en evidente peligro de condenarse; porque habiendo abando ado á Maria, serán tambien abandonados de Ella y privados de sus auxilios en vida y en la hora de la muerte; y así se harán esclavos de sus pasiones y se precipitarán finalmente en el infierno.

Por lo tanto, católicos, si deseamos ser protegidos por esta gran Señora, si queremos tener un carácter de los mas ciertos de predestinacion que pueden tenerse en esta vida, amemos á la Virgen Santísima; pero amémosla de corazon, profesémosla una verdadera, sólida y no aparente devocion hasta la muerte, y conseguiremos lo que deseamos: porque, dice San Anselmo, así como es imposible que se salve el que no es protegido por Maria, asimismo es imposible que se condene el que dirigiéndose á Ella, obtiene su especial proteccion: *Virgo benedictissima, le dice el Santo Doctor, sicut impossibile est, ut a te aversus et a te respectus salvetur: ita ad te conversus et a te respectus impossibile est, ut pereat.* Amemos, pues, amemos á Maria, seámosle sinceramente devotos hasta la muerte, y ciertamente nos salvaremos.

DIA XXXII.

RESÚMEN DE LO DICHO EN LOS ANTERIORES DISCURSOS.

Héos aquí, católicos, terminado el mes de Mayo, mes consagrado á Maria Santísima. En este tiempo os he hablado de las dotes nobilísimas y cualidades incomparables de esta gran Señora para excitaros á amarla y á serle verdaderos devotos; no creais, sin embargo, que os haya dado á conocer todo su mérito; no, hermanos míos. Por mas que me haya esforzado en proponéroslo grande, admirable, amabilísima, solo os he dado de Ella una idea muy imperfecta. No está en mí, ni en ningun ángel, ni en ninguna pura criatura el hablar dignamente de tan gran persona, porque *Virgo*, dice San Juan Damasceno, *omnium encomiorum legem excedit.* (Or. 2. de Nat. Vir.) Solo Dios que la crió y la enriqueció con tantas dotes; puede hablar dignamente de Ella: *Virginem Dei tantum est laudare pro dignitate.* (And. Cret. or. de dorm. Deip.)

Sin embargo, por lo que os he dicho habeis podido conocer cuan digna es de vuestra devocion y de vuestro amor; y no dudo que en el discurso de este mes habeis procurado darle pruebas sinceras de vuestra devocion. No debeis, con todo, limitaros á honrar á Maria en el mes de Mayo; no. Ella es siempre la misma, siempre grande, siempre admirable, siempre amorosa y benigna; y por esto vosotros debeis ser tambien los mismos, es decir sus fieles siervos y sinceros devotos: todavía mas, debeis procurar ir creciendo en su de-

voacion para obligarla siempre mas y mas á vuestro favor. A este fin os haré esta tarde un resumen de lo que os he dicho durante este mes; para que os queden mas profundamente impresas en el corazon las inefabiles cualidades de Maria, y recordándolas con frecuencia tengais un poderoso estimulo para honrarla y amarla.

Suelen los buenos cristianos tomar por protectores y abogados á uno ó á varios santos del paraíso celestial: procuran honrarlos con prácticas devotas, recurren á ellos en sus necesidades para alcanzar de Dios mediante su patrocinio las gracias que necesitan, y se esfuerzan por merecer su proteccion. Esta devocion es buena y útil, porque los santos son amigos de Dios, son familiares y domésticos de aquella gran Majestad que, como fue glorificada por ellos en este mundo, quiere honrarlos no solo en el cielo con la gloria esencial, sino tambien en esta vida con la gloria accidental, concediéndoles las gracias que piden á favor de sus devotos: *qui glorificavit me*, dice el mismo Dios, *glorificabo eum.* (Reg. 2, 30.)

Mas si buena y útil es la devocion á los santos es utilísima y aun necesaria la devocion á Maria Santísima, porque de sus manos nos vienen las luces, las gracias y los auxilios oportunos para evitar el pecado, cumplir nuestros deberes, practicar la virtud y seguir constantemente el camino del cielo.

Empero esta devocion debe ser sincera, y nuestro amor debe radicar en el corazon y ser constante, para que seamos solícitos en servirla honrarla y venerarla: devocion y amor que deben hacernos huir cuidadosamente del pecado, cumplir con exactitud nuestras obligaciones, practicar la virtud y ejercitarnos en tributarle nuestros humildes y piadosos obsequios.

¿No merece ser amada, servida y honrada de nosotros con todo el ardor de nuestro corazon? Es Madre de Dios, ha llevado por espacio de nueve meses en su purísimo seno á aquel que no tiene límite en su ser ni puede ser contenido en la inmensidad del Universo; ha dado un ser al autor de todo ser. Tiene parentesco con Dios y está unida con él con los vínculos mas estrechos y mas íntimos de la naturaleza. Su dignidad la eleva inmensamente sobre todas las puras criaturas, y mas que á todas ellas la acerca hasta los confines de la Divinidad, haciéndola con preferencia á toda pura criatura pariente muy próxima de la Divinidad: *ines Divinitatis propinquius attingit* (D. Thom.) Dignidad en cierto modo infinita, *habet quamdam dignitatem infinitam.* (D. Thom.) Ella nos ha dado al divino Redentor, el cual con el precio de su sangre nos ha rescatado de la esclavitud del demonio, nos ha restituido la libertad de hijos de Dios y nos ha abierto las puertas del cielo.

¿No os parece esta gran Señora merece ser honrada, servida y amada de nosotros con todo el ardor de nuestro corazon? ¿Podremos nunca excedernos en obsequiarla y honrarla? ¡Ah! mientras no le tributemos aquellos honores que solo á Dios son debidos, no temamos excedernos. Amémosla, pues, con todo el ardor de nuestra alma, consagrémosle todos los afectos de nuestro corazon, y todavía no la honraremos ni amaremos cuanto Ella merece.

Fijemos la consideracion por un momento en algunas otras de las innumerables cualidades que la adornan. Ella está dotada de una santidad proporcionada á su dignidad excelsa, santidad incomprendible á todo entendimiento criado, santidad superior á la de todos los santos, ángeles y serafines del cielo justos.

¿Quién podrá, pues, expresar la incomparable belleza de que está adornada en el alma y en el cuerpo? ¡Ah! ¡ninguna criatura es capaz de ello! La belleza increada que se comunicó y unió con Maria de tal modo que la escogió para ser su Madre, que quiso estar encerrada durante nueve meses en su santísimo seno y alimentarse con su purísima leche; le comunicó tanta belleza cuanta convenia á una dignísima Madre de Dios.

Dios mismo formó su cuerpo y lo formó para habitar en él, para lugar de sus delicias en el que debia desposarse con la naturaleza humana. El mismo ordenó sus partes, lo dispuso para el fin por el cual lo formaba, le dió, en una palabra, un cuerpo que es un prodigio de hermosura. La belleza de las Ester, de las Rebecas, de las Judit, debe llamarse fealdad mas bien que belleza, comparada con la de Maria. Esta es una belleza pura, sin mancha, santa y que despues de la de Dios y del Verbo encarnado forma la mayor felicidad de los bienaventurados en el cielo.

¿A quién amaremos, pues católicos, si no amamos á este prodigio de hermosura? ¿Qué otro objeto hay, despues de Dios, mas digno de nuestros afectos que la Virgen Santísima? ¡Ah! cuan miserables somos si nos dejamos deslumbrar por una luz amortiguada y arrebatar los afectos por una belleza cañuca y perecedera, mientras que nos portamos con indiferencia y frialdad para con la Virgen Sma.! Si queremos amar del modo debido, si no queremos envilecernos con nuestro amor; dirijamos á Maria nuestras miradas, consagrémosle nuestros corazones y afectos, ya que despues de Dios no hay otro objeto mas digno de nuestro amor.

Ella es la criatura predilecta del divino Hacedor

por y el objeto especial de sus complacencias: *una est*, dice el mismo Dios hablando de Maria, *una est columba mea, perfecta mea, una est*. Ciertamente que Dios ama á todos los justos, á todos los santos y á todos los ángeles; pero mas que á todos ama á la Virgen Santísima. Ella mas que todos hirió su corazón, Ella se grangeó todos sus afectos, Ella es la privilegiada en dones: *adole:centularum non est numerus*; sin embargo, dice su divino esposo: *una est columba mea, perfecta mea, una est*. (Cant. 6. 7. 8.)

Pero si Maria es la criatura predilecta de Dios, la que mas distinguió en su afecto, y la privilegiada en sus dones; Ella á su vez le amó y le glorificó mas que todas las otras criaturas. Adornada desde su inmaculada concepcion, de una gracia y caridad superior á la de los ángeles y santos, ilustrada con luces vivisimas para conocer á Dios, sus divinos atributos y cuanto merece ser amado, no impedida por afectos desordenados y movida por los auxilios mas eficaces de la gracia, se dirigió ya desde entonces á Dios con toda la fuerza de su corazón, le amó con toda su alma y le amó siempre hasta el último momento de su vida con un acto nunca interrumpido; de modo que no parecia sine una viva llama de caridad: *ignis tantum amoris Dei videbatur*.

Mas aunque estuviere enriquecida con tantos dones, y fuese tan amada de Dios, y Ella, por su parte, le amase con tanto ardor, con todo nunca se antepuso á nadie, ni tuvo un solo pensamiento de vanidad, ni dió entrada en su corazón á la soberbia. Tenia un conocimiento vivísimo de Dios, de su grandeza, de sus infinitas perfecciones, y por medio de estas penetraba el profundo abismo de su nada, conocia que por si misma nada era, na-

da tenia, nada podia; nunca levantaba los ojos de su pobreza y de su nada, y cuando oía que la alababan por las excelentes cualidades de que estaba adornada, se humillaba profundamente, y á Dios solo dirigia las alabanzas, y á Dios solo tributaba la gloria.

¿Quién puede estrañar, pues, que Dios que tanto se complace en las almas humildes se mostrase tan generoso con esta criatura suya predilecta? ¿Qué estraño es, pues, que la haya hecho reina del cielo y de la tierra, y haya sujetado á su voluntad todas las criaturas del universo? ¿y que haya puesto su omnipotencia en las manos de Maria para que use de ella segun su beneplácito? Ella nada se atribuye á sí misma, ni se complace vanidosamente en los dones recibidos de Dios; sino que tributa á Dios toda la honra y gloria: y por esto Dios no solo la ha constituido reina del cielo y de la tierra y la ha dado un poder ilimitado, sino que la ha hecho tesorera y dispensadora de todas las gracias, de modo que no se dispensa una sola que no pase por sus manos. Por consiguiente, si deseamos luces, gracias y auxilios para resistir á nuestros enemigos, evitar el pecado, cumplir nuestros deberes y conseguir la eterna felicidad, acudamos á esta Señora, profesémosla una cordial devocion, confiemos en Ella y por su medio todo lo obtendremos.

Y si hemos ofendido á Dios muchas veces y provocado su indignacion y merecemos por ello ser condenados á eternos suplicios, Maria es nuestra poderosa abogada que puede aplacar facilmente la divina indignacion, alejar de nosotros los castigos, hacer que Dios se compadezca de nosotros y restituirnos á su santa gracia. Ella tiene en su mano todas las penas y dolores que sufrió

su hijo Jesús, tiene toda su sangre y sus méritos: y con estos tesoros en la mano, Maria se presenta ante el trono de Dios, habla á favor nuestro, y mueve á Dios no solo á perdonarnos, si que tambien á concedernos gracias y auxilios oportunos para practicar la virtud y conseguir el premio de la gloria.

¿Temeis á caso que Ella no quiera interceder por vosotros, reconciliaros con Dios y obtener las gracias que necesitais? Si asi fuese, os diria: no temais, porque mas desea Ella consolaros y favoreceros que vosotros recibir sus favores. Ella es nuestra madre, y madre la mas amorosa, mas tierna y la mejor de todas. Ella nos ama mas de lo que pueden amarnos todos los ángeles y santos; Ella á semejanza del Padre Eterno entregó á la muerte á su Hijo unigénito por nuestra salvacion, y ha sufrido por nosotros penas, dolores y tormentos indecibles: y ¿temerémos aun que no quiera interceder por nosotros con Dios para obtenernos las gracias que nos convengan? ¡Ah! no, no tenemos ningun motivo para temer. Ella desea vivamente favorecernos y consolarnos. Acudamos, pues, con confianza al trono de Maria, y por Ella lo conseguiremos todo. Sí, obtendremos la gracia santificante, si de ella estamos privados, y su aumento, si ya la tenemos: obtendremos las gracias actuales, espirituales y temporales, y la perseverancia final en el bien; tendremos una señal de predestinacion de las mas seguras que puedan tenerse en esta vida, y por último obtendremos el premio eterno de la gloria. Todo, pues, lo obtendremos por medio de Maria.

¿Quién, no amará, pues, á esta gran Señora? ¿Quién se negará á servirla y honrarla? ¿Quién no le consagrará con gusto el corazon? ¡Oh! cuan cie-

gos é insensatos hemos sido! Hemos vivido hasta ahora casi olvidados de Ella y hemos mirado su devocion con indiferencia. Hemos amado lo terreno, hemos amado objetos abominables, hemos puesto nuestro afecto en criaturas viles y despreciables, y no hemos tenido mas que indiferencia y frialdad para aquella que, despues de Dios, es el objeto mas digno, mas noble y mas amable de cuantos hay en el mundo, y que siendo amada por nosotros, quiere y puede hacernos felices en vida y en muerte, y bienaventurados por toda la eternidad, ¡Ah! lloremos amargamente nuestra ceguera, y fijemos de una vez nuestras miradas en Maria. Consideremos, con frecuencia, su excelsa dignidad, su belleza, su amabilidad, la ternura de su corazon y su inefable bondad. No olvidemos sus admirables cualidades, y será imposible, si no hemos perdido el juicio, que Maria no arrebatte nuestro corazon y nuestros afectos, y que no procuremos ser fieles siervos y verdaderos devotos suyos hasta la muerte.

ACTOS DE VIRTUD

QUE SE SACAN POR SUERTE TODOS LOS DIAS DEL MES DE MAYO.

1. Inclinar la cabeza cuando se pronuncia ó se encuentra escrito el nombre santísimo de Maria.
2. Mandar decir, ó al menos oír una Misa por el alma del Purgatorio que fué en vida mas devota de Maria santísima.
3. Decir el Ave Maria cuando da la hora el reloj.

4. Al vestirse por la mañana y al desnudarse por la noche, volviéndose hácia alguna iglesia ó imágen de nuestra Señora de particular devocion, pedir su bendicion á la Virgen.

5. Hacer algun beneficio á aquella persona á quien os parezca tener aversion ó que os haya ofendido.

6. Guardar los sentidos con mucho cuidado, y en especial el de la vista.

7. Rezar un Rosario, privándose para esto de la diversion ó recreo.

8. Decir tres veces el Salmo *De profundis*, por el alma del Purgatorio mas devota de la santísima Virgen.

9. Oír la Misa teniendo siempre los ojos bajos.

10. Por amor de Maria no faltar á ninguna de las obligaciones de la escuela ó empleo, especialmente de aquellas en que solemos faltar con mas frecuencia.

11. Abstenerse de dar la mas leve molestia los compañeros, sufriendola si nos la dan á nosotros.

12. Ser puntual en la oracion, en el estudio y en todas las demás obligaciones.

13. Al principio del dia dedicar á la Virgen todas las acciones y los sentimientos del cuerpo.

14. Hacer un cuarto de hora de oracion mental.

15. Hacer en la Misa la comunion espiritual, que consiste en cinco actos: 1.º de fe, 2.º de adoracion, 3.º de contricion, 4.º de propósito, 5.º de deseo de recibir al Señor.

16. Si se tiene algun vestido de vanidad ó de lujo, dejarlo por obsequio á la Virgen, y dar el valor á los pobres.

17. Hacer entre dia actos de contricion y besar el crucifijo.

18. Levantarse pronto por la mañana, para no empezar el dia con un acto de pereza.

19. Privarse de alguna diversion en que se tiene gusto, aunque sea licita.
20. Leer por un cuarto de hora algun libro devoto.
21. Hacer exámen de conciencia antes de recogerse por la noche.
22. No comer ni beber fuera de hora sin necesidad.
23. Mortificar tres veces la propia voluntad, ofreciendo estos tres actos á Maria.
24. Reservar para un pobre parte de la comida.
25. Hacer una visita á los presos de la cárcel, ó á algun enfermo, ó de otra manera consolar algun afligido.
26. Encomendar fervorosamente á la Virgen los que están en pecado mortal.
27. Hacer algun acto externo de humildad por amor á la Virgen.
28. Hacer alguna penitencia corporal segun el consejo del confesor.
29. Vencer la pereza en las cosas espirituales y de devocion.
30. Rezar siete veces el *Gloria Patri* con los brazos en cruz en honor de los dolores de Maria.
31. Pedir perdon á la Virgen de la negligencia en obsequiarla.

ADVERTENCIA. *Si no hay comodidad para sacar por suerte estas flores, se toma una cada dia por el órden con que están puestas. Pero cuando se sacan por suerte, será bueno escoger entre las treinta una solamente de aquellas que son mas acomodadas á la clase de personas que hacen unidas esta devocion, escribiéndolas en cedula, y sacando una cada noche para el dia siguiente, como se dijo arriba.*

CENSURA Y APROBACION.

AL ILMO. Y RMO. SEÑOR OBISPO DE VICH.

ILMO. SEÑOR: Por encargo de V. S. I. he leído con detencion y examinado la traduccion castellana de la obrita italiana «*Il Mese di Maria Santissima, ossia Il Mese di Maggio consecrato a Maria Santissima dai suoi divoti colla pratica di vari fiori di virtù. Operetta di un Religioso Passionista*», hecha por el Dr. D. José Illa, pbro. catedrático de este Seminario. He comprobado cláusula por cláusula dicha traduccion con el original italiano y la he hallado en todo conforme con el mismo, habiéndome podido convencer plenamente de que se ha conservado en ella el sentido del autor, acomodándose sin embargo, como de en las traducciones, al genio de la lengua. Con esto, el fiel traductor ha prestado un apreciable servicio á los devotos de Maria de nuestra patria, facilitándoles la lectura de una obrita preciosísima, en que se encuentra recopilado todo cuanto han dicho los Padres y Doctores de la Iglesia en alabanza de la Señora y que mueve poderosamente el corazon á su amor. Si se generaliza entre nosotros esta obra por medio de esta traduccion, crecerá sin duda alguna el número de los devotos de nuestra amantísima Madre, y se enervorizarán en su amor los que ya merecen el nombre de tales.

Por estas razones, Ilmo. Señor, creo no hay ningun inconveniente, antes sí muchas ventajas, en que V. S. I. otorgue el conveniente permiso para la publicacion de la presente traducion.

Tal es mi humilde juicio, *salvo meliori.*

Vich, 17 de Enero de 1878.

B. E. A. de V. S. I. su súbdito y Capellan,

ANDRÉS DURAN,
pbro., prof. de Sag. Teol. en el Seminario.

En vista de la favorable censura que antecede concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse en castellano la obrita estrita en italiano con el título «Il Mese Di Maria Santissima», y recomendamos su lectura á todos los fieles.

Vich, 3 de Enero de 1878.

PEDRO, *Obispo de Vich.*

Por mandado de S. S. I. el Obispo, mi Señor,

DR. PABLO OLIVA Y SOLER, *Pbro. Secretario.*

ÍNDICE.

	Pág.
<i>Prólogo del autor.</i>	3
<i>Dia I. Necesidad de la devocion á Maria Santisima.</i>	7
<i>Dia II. En que consiste la devocion á Maria.</i>	14
<i>Dia III. Maria Madre de Dios.</i>	20
<i>Dia IV. Humidad de Maria Santisima.</i>	27
<i>Dia V. Virginidad de Maria Santisima.</i>	34
<i>Dia VI. Santidad de Maria.</i>	40
<i>Dia VII. Maria Santisima modelo de oracion.</i>	46
<i>Dia VIII. Hermosura de Maria.</i>	55
<i>Dia IX. Maria es la criatura mas amada de Dios.</i>	59
<i>Dia X. Sigue el mismo argumento.</i>	64
<i>Dia XI. Maria amó á Dios mas que ninguna otra criatura.</i>	70
<i>Dia XII. Amor de Maria para con nosotros.</i>	77
<i>Dia XIII. Continúa el mismo asunto.</i>	82
<i>Dia XIV. Continúa el mismo asunto.</i>	89
<i>Dia XV. Poder ilimitado de Maria.</i>	96
<i>Dia XVI. Maria abogada poderosa de todos.</i>	102
<i>Dia XVII. Maria abogada misericordiosa de todos.</i>	109

ALBUM DE FELICITACION
DE LA
ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA
A S. S. EL SUMO PONTÍFICE LEON XIII.

El plazo señalado á los Srs. Socios para devolver la hoja que les fué remitida, que terminó el dia 19 de Marzo se prorroga hasta el dia de Pascua, 21 de Abril. Las hojas devueltas forman ya un regular volúmen, pero SERIA DE IMPORTANCIA SUMA que en esta demostracion de fé, adhesion y cordial afecto para con la augusta persona del nuevo Vicario de Jesucristo, no dejase de figurar ninguno de los nombres de los que pertenecen á esta mariana asociacion. Con este objeto se prorroga el indicado plazo y se publica esta advertencia en las cubiertas del presente opúsculo, para que fácilmente llegue á su conocimiento.

Véase la pagina 64 de los Anales.